

Proceedings of the Desert Laboratory

Tucson, AZ

Editado por el Desert Laboratory en Tumamoc Hill
2018

Desert Laboratory on Tumamoc Hill
Contribución No. 2, EDICIÓN EN ESPAÑOL

CAMPOS DE FUEGO

Breve narración histórico-fantástica
de una expedición a la región volcánica
de El Pinacate, Distrito de Altar, Sonora

Una novela por
Gumersindo Esquer

Hermosillo, Sonora, México

Enero, 1928

Editado por: Benjamin T. Wilder
Proceedings of the Desert Laboratory
DESERT LABORATORY ON TUMAMOC HILL
UNIVERSITY OF ARIZONA

Proceedings of the Desert Laboratory

© 2018 Desert Laboratory on Tumamoc Hill, University of Arizona

Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste / Secretaría de Cultura

Cuarta reedición 2019

© FORCA Noroeste

Todos los derechos reservados

Editor: Benjamin T. Wilder

Contribución No. 2 edición en español

Campos de fuego Breve narración histórico-fantástica de una expedición a la región volcánica de El Pinacate, Distrito de Altar, Sonora

Autor: Gumersindo Esquer

Imágenes: William K. Hartmann; todos los derechos de las imágenes © su autor

Diseño y corrección: Amanda González Moreno • amandagonzalezm@yahoo.com

La versión digital de este libro se encuentra disponible en: www.tumamoc.arizona.edu

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni transmitida con fines comerciales sin el permiso del editor o de los autores, al menos que le sea permitido por ley. El uso es libre para fines educativos o de investigación.

ISBN 978-0-999-7029-2-5

Publicada por: The Desert Laboratory on Tumamoc Hill, University of Arizona e Instituto Sonorense de Cultura

Para visitar o conocer más sobre la Reserva de la Biosfera El Pinacate:

Website: <http://elpinacate.conanp.gob.mx/>

Contacto: pinacate@conanp.gob.mx

Km. 52 Carretera Federal No. 8, Sonoyta-Puerto Peñasco, Ejido Los Nortenos, Municipio de Puerto Peñasco, Sonora. A.P. 125, C.P. 83550

Ediciones en español © 1928, 1985, 2013, 2019

Edición en inglés © 2018

Hecho en México

Printed in Mexico



Fondo Regional para la
Cultura y las Artes del Noroeste



FONDO REGIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DEL NOROESTE

ESTADOS

Baja California

Manuel Felipe Bejarano Giacomán

Director General del Instituto de Cultura de Baja California y

Coordinador General del Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste

Baja California Sur

Christopher Alexter Amador Cervantes

Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

Sinaloa

Papik Ramírez Bernal

Director General del Instituto Sinaloense de Cultura

Sonora

Mario Welfo Álvarez Beltrán

Director General del Instituto Sonorense de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria

Esther Hernández Torres

Directora General de Vinculación Cultural

Galia Vianka Robles Santana

Directora General del Centro Cultural Tijuana



Fondo Regional para la
Cultura y las Artes del Noroeste



BAJACALIFORNIA
ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE BAJA CALIFORNIA



ISIC



INSTITUTO SONORENSE
DE CULTURA



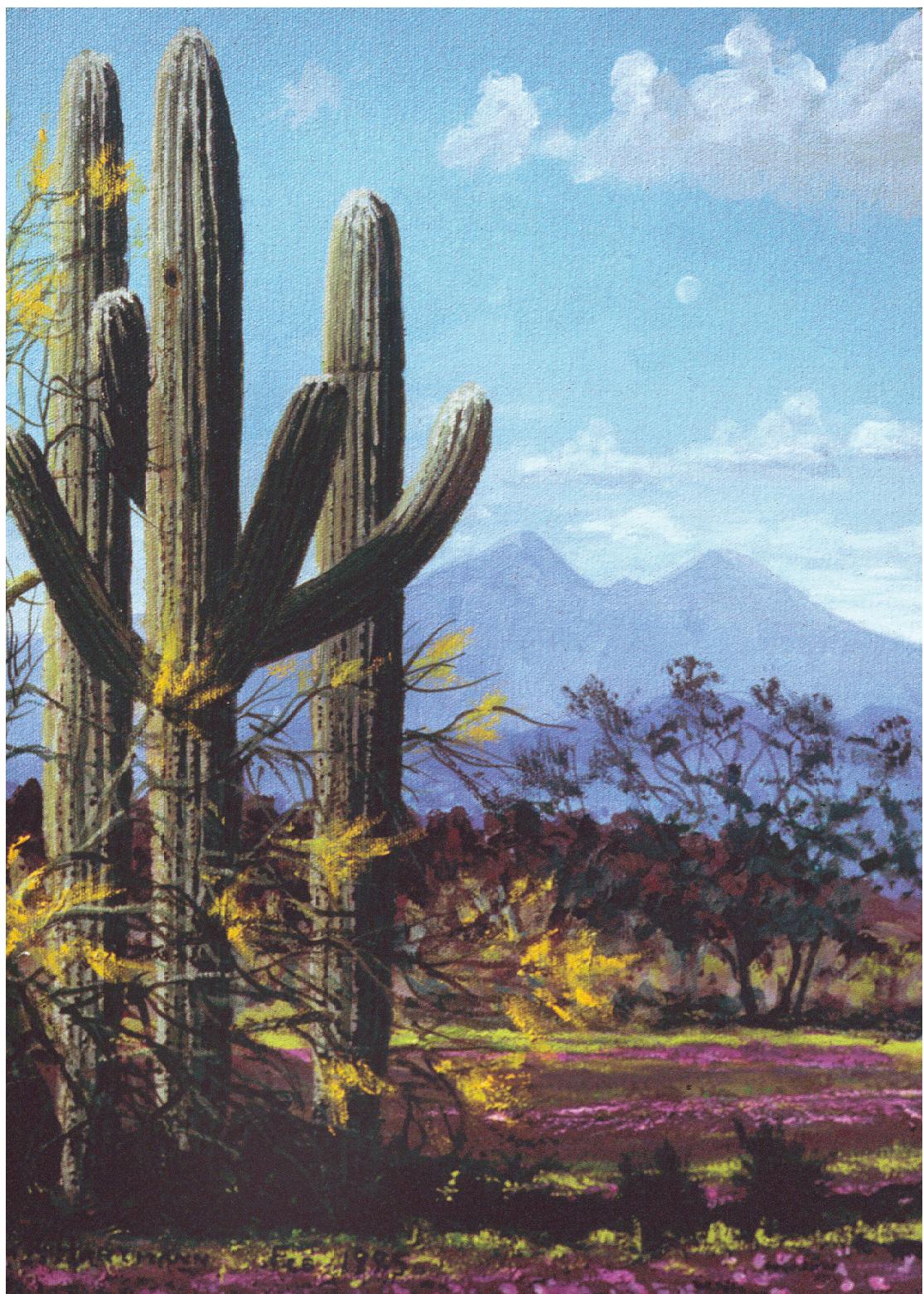
Centro Cultural
Tijuana



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Dedicado a los amantes del corazón del desierto



Vista de dos conos de cenizas que forman la cima de las montañas del Pinacate. El cono de la cima real, el Pico Pinacate, tiene una elevación reportada de 1,238 metros sobre el nivel del mar, y su compañero el Pico de Carnegie, le llega muy cerca. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico).

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos en particular a Josué Barrera Sarabia, Diane Boyer, Bill Broyles, Alberto Búrquez Montijo, Stella Cardoza, Exequiel Ezcurra, Steve Figueroa, Ana Luisa Figueroa Caranza, Federico Godínez Leal, Gayle H. Hartmann, William K. Hartmann, Steve Hayden, Elaine Owens, Joan E. Scott, y muchos más, quienes defienden a de El Pinacate e hicieron posible esta publicación.

ÍNDICE

PRÓLOGO, 2018	XVIII
<i>Campos de Fuego</i>	
CAPÍTULO 1 * El temor de Rafaelito	1
CAPÍTULO 2 * El Cerro Colorado	9
CAPÍTULO 3 * El descubrimiento de Ramón	23
CAPÍTULO 4 * Un pueblo sepultado	35
CAPÍTULO 5 * Un encuentro inesperado	41
CAPÍTULO 6 * De sorpresa en sorpresa	53
CAPÍTULO 7 * Una clase en las entrañas de la tierra	65
CAPÍTULO 8 * Otros encuentros inesperados	77
CAPÍTULO 9 * La sierra de El Pinacate	97
CAPÍTULO 10 * La llegada de otro expedicionario	111
CAPÍTULO 11 * Nuevos compañeros...	123
CAPÍTULO 12 * El regreso	139
PRÓLOGO DE ADALBERTO SOTELO, 1928	147
NOTAS DE LA TRADUCCIÓN	151
Comentarios de Irwin Hayden, 1964	
Las múltiples ediciones y traducciones de Campos de Fuego, 2018 — Gayle Harrison Hartmann	
GUMERSINDO ESQUER OF SONOYTA: <i>A Mexican Jules Verne in the Footsteps of William Hornaday</i> por William K. Hartmann, Gayle Harrison Hartmann y Guillermo Munro Palacio	
ACERCA DEL ARTISTA	175



Uno de los edificios del Laboratorio del Desierto en Tumamoc Hill, con la vista de Tucson al fondo. Desde aquí, el primer director del Laboratorio del Desierto, Daniel T. MacDougal, exhortado por el naturalista y escritor de viajes, William Hornaday, organizó una expedición en 1907 al complejo volcánico de El Pinacate. Ésta, a su vez, condujo a la grandiosa novela de 1928 publicada aquí. El edificio central fue construido en 1906. El edificio que se muestra aquí, un laboratorio de química, fue construido en 1915 y fue reconstruido en su estilo original en 1940 tras un incendio. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 2014).

PRÓLOGO

El descubrimiento, asombro, júbilo, incertidumbre. Estos sentimientos fluyen por las venas de científicos y exploradores ante el precipicio de territorios desconocidos. Un entusiasmo desenfrenado por el descubrimiento permea cada página de *Campos de Fuego* de Gumersindo Esquer, una fantástica exploración del Campo Volcánico de El Pinacate. La surreal narración de Esquer nos recuerda que en cada esquina del Desierto de Sonora se presentan oportunidades para mostrar el boyante deleite por el descubrimiento, en ambos lados de la frontera entre México y Estados Unidos.

Se le ha llamado repetidamente a la región del Pinacate como el corazón del desierto; algo que se puede ver fácilmente en imágenes satelitales; ellas muestran la accidentada y negra topografía que hace cabeza al Golfo de California. Las vastas áreas de lava y arena rebosan con extraordinarias plantas y animales en un escenario que pareciera casi de otro mundo, el cual sin embargo ha albergado a humanos por casi catorce mil años. Manos, metates y machacadores giratorios utilizados para procesar comida silvestre, antiguos senderos incrustados en el pavimento negro del desierto y enigmáticas entalladuras—esculturas de roca a una escala que puede ser interpretada mejor desde lo alto— todo ello revelan un paisaje transitado y habitado por personas mucho antes de tiempos de la escritura. Los hombres antiguos decían que su deidad Iitoi vivía aquí en la cima del Pinacate, e historias tanto míticas como históricas abundaban en cada rincón de este paisaje lleno de cultura.

Esta misteriosa región fue descrita por primera vez por escrito en 1690 por el misionario jesuita Eusebio Francisco Kino y su ayudante Juan Mateo Manje. En un viaje a esta cima volcánica, Kino la llamo Santa Clara, y desde las alturas Kino pudo ver tan lejos como la zona norte del Golfo de California y el delta del Río Colorado, afirmando que Baja California no era una isla sino una península. Desde entonces, las tierras y aguas de alrededor del área de El Pinacate han sido nombradas, mapeadas y estudiadas por exploradores, cartógrafos y científicos.

Bien conocida por los nativos del desierto, especialmente por los Hia-Ced O'odham —Hombres de la Arena— la región fue consagrada en la literatura en 1907. Fue en ese año cuando el botánico Daniel T. MacDougal, primer director de la recién creada institución de Carnegie, el Laboratorio del Desierto en Tumamoc Hill, con vistas a Tucson,

Arizona, convenció a William T. Hornaday (zooólogo, conservacionista y conocido escritor de viajes de la época) a que organizara una expedición al misterioso Pinacate.

Con un mapa casi en blanco en mano, la invitación de MacDougal a Hornaday no pudo ser rechazada. Trabajando desde el Laboratorio del Desierto, reunieron a un equipo de originales personajes, incluyendo el *mil usos* inglés Godfrey Sykes (quien había construido el domo para el famoso observatorio de Percival Lowell en Mars Hill, en Flagstaff), un guardabosques tejano y el de vez en cuando agente del orden público de Arizona, Jeff Milton, el fotógrafo John Phillips, y tres más. En la mañana del dos de noviembre de 1907 el equipo salió rumbo a El Pinacate, donde exploraron por un mes, recolectando especímenes y mapeando rasgos geográficos por primera vez, incluyendo cráteres de un kilómetro de ancho. Asignaron nombres a muchos de ellos, tales como el cráter MacDougal, el cráter Sykes, las montañas de Hornaday, el Phillips' Butte y el pico de Carnegie. Sus exploraciones y hallazgos fueron detallados en el jovial y entretenido libro de Hornaday de 1908, “Campamentos de desierto y lava”.

Gumersindo Esquer, maestro, poeta, escritor y residente de Sonoyta estaba fascinado por el carácter de las zonas limítrofes, tal como se retrata en el ensayo biográfico que se encuentra más adelante en este volumen. El pueblo mexicano fronterizo de Sonoyta, a lo largo del entonces perene Río Sonoyta había sido una confluencia para aventureros y sus historias desde hace tiempo, un lugar donde se embarcaban o regresaban de El Pinacate y el Gran Desierto. No es difícil imaginar cuántas historias —de peligro, épicas y seguramente algunas exageradas— habían sido compartidas entre cervezas y *bacanora*. El misterio y belleza de El Pinacate eran su “patio trasero” y claramente habían cautivando su imaginación y despertado en él un anhelo por escribir el libro que ahora sostienen entre sus manos.

Campos de Fuego es una narración de aventura y exploración escenificada en el remarcable paisaje de El Pinacate. Sólo un área tan espléndida podría contener una semi-real y semi-imaginada red de cuevas de tubos de lava, túneles con entierros de indígenas y sacerdotes españoles, fauna como tigres y fósiles de mamuts, ruinas de la Misión Perdida de los Cuatro Evangelistas y un tesoro enterrado de doblones de oro.

Publicada por primera vez en 1928, con reimpresiones en 1985 y en 2013, la novela de Esquer continúa siendo una gema poco conocida de la literatura del suroeste. Su manuscrito ha persistido con la ayuda de su familia y de diversas generaciones de aficionados del Desierto de Sonora, pero hasta ahora sólo había estado disponible en

español. Irwin Hayden, padre del reconocido arqueólogo del Pinacate Julian Hayden, llevó las palabras de Esquer al inglés. Este manuscrito, tanto como el original de Esquer, ha recorrido un camino fascinante, pasando de las manos de Julián a Gayle Hartmann y William Hartmann y después a Bill Broyles, quien se acercó a Ben. Por décadas ha estado esperando a ser traducido.

Ahora, es lo apropiado que el Laboratorio del Desierto y el Instituto Sonorense de Cultura presenten ediciones gemelas de Campos de Fuego, en inglés y en español, para su disfrute.

Los Pinacates continúan imponiéndose en el imaginario del Desierto de Sonora. Es una de las más exitosas Áreas Naturales Protegidas de México y es Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. Esta área ha sido reconocida por su increíble valor universal, y cualquiera que explore su interior puede llegar a descubrirlo. Es una región que de inmediato abre las puertas al descubrimiento, las sorpresivas maravillas que llenan las páginas de las obras de Hornaday y Esquer son palpables desde el primer instante que uno llega a esta tierra de arena y lava.

Tal vez más que nada, la novela de Esquer nos recuerda la importancia de atrevernos a entrar y explorar lo desconocido; que tan sólo una pizca de curiosidad nos puede motivar a ver lo que yace bajo la arena; y que el llegar al otro lado de la montaña conlleva a más que una experiencia personal. Conlleva a un entendimiento, a momentos que de otra manera permanecerían sin realizar, conectando con vecinos a lo largo de fronteras metafóricas y físicas, y a una apreciación más profunda del mundo en el que vivimos.

Esperamos que esta fantástica travesía les inspire a su propia exploración, tanto mental como física.

Benjamin T. Wilder, Josué Barrera Sarabia, Gayle H. Hartmann,
William K. Hartmann y Bill Broyles

Tumamoc Hill, Tucson, Arizona
Agosto de 2018



Camino en el Desierto de Sonora. El Desierto de Sonora, tanto en el lado de la frontera mexicano como el estadounidense, está delineado por muchos angostos senderos en el desierto. Un camino así pudo haber sido el que los héroes de la novela de Esquer tomaran, ya que según la narración, salieron de Sonoyta a lo largo de la frontera actual en 1926. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 2005).

CAPÍTULO I

EL TEMOR DE RAFAELITO

Voy a trasladar a mis lectores al apartado pueblo de Sonoyta, perteneciente a la municipalidad de Caborca, del Distrito de Altar, estado de Sonora. Sonoyta no es otra cosa que un oasis en el centro del desierto, donde es digna de verse y de admirarse la hermosa cinta de plata del pequeño pero inagotable río que por el lado norte atraviesa la población de este a oeste hasta perderse sus aguas en los infranqueables médanos de arena que existen en la parte oriental de la abrupta serranía de El Pinacate, a muchos kilómetros más allá de La Salada, con rumbo siempre al Golfo de California.

Sonoyta está situado 32° de latitud norte y a los 113° de longitud oeste del meridiano de Greenwich; el clima, debido a no sé qué fenómenos meteorológicos, es variadísimo, siendo extremado el calor en el verano y excesivo el frío en el invierno, con bruscos cambios de temperatura en las dos estaciones intermedias.

El Little River, como nombran los norteamericanos al pequeño río, fecunda con sus lindas las terrenos planos que existen en sus dos márgenes, donde cualquiera puede observar los pequeños sembrados de maíz, trigo, frijol, vides, higueras, granados; la mirada se deleita con los hermosos panoramas de aquellos campos cubiertos de verdura.

Sonoyta, como hemos dicho al principio, no es otra cosa sino un oasis en medio del desierto, ya que no podemos llamar de otra manera a toda la parte noroeste del interminable Distrito de Altar, cubierta en su extensión por inacabables médanos de arena, sólo interrumpidos de vez en cuando por las escarpadas crestas de las montañas de El Pinacate en donde, a no dudarlo, existe la región volcánica más importante de mi país, ignorada hasta este día por los hombres de ciencia.

Quisiera hacer una descripción completa de esas montañas así como de los grandes tesoros que encierran para los amantes del estudio y observación de la naturaleza; hablar de todo separadamente, diciendo cuánto pudiera del resultado de mis visitas a esos lugares; pero como todo ello está tan ligado con la expedición organizada en Sonoyta para explorar esas regiones desconocidas, iré hablando poco a poco de todo, conforme se vayan presentando los acontecimientos.

En Sonoyta, en una de las cantinas situada en la calle principal del pueblo, propiedad del señor Reyes O. Carrasco, se hallaba un grupo de gente contando chistes y anécdotas la noche del 10 de octubre de 1926.

Aquello era un mentidero, como se dice vulgarmente. Como todo el grupo estaba *arrancado*, nadie se acordaba de tomar cerveza helada, tequila, vino de higos o granadas, ni otra clase de venenos que se expenden en esta clase de establecimientos; todos se limitaban a contar charras, entiéndase mentiras, en las que todos querían sobresalir.

Entre el grupo pude anotar a los siguientes personajes: señor Reyes O. Carrasco, Francisco Jáquez, a quien también llamaré El Chileno, Rafael L. Vega, José Salazar hijo, Manuel D. Astorga, Domingo Quirós, Regino Celaya, Manuel Parra, Arturo Quirós y quien esto escribe.

A los pocos momentos de charla, se agregaron los hermanos Abelardo y Antonio López. Cuando los chascarrillos y chistes estaban en su apogeo, fueron interrumpidos por la llegada de tres personajes. Ellos eran el señor Luis Blázquez, segundo ingeniero geólogo de la Comisión Hidrológica del Estado de Sonora, dependiente de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo; el señor Manuel Larios, ingeniero agrónomo de la Comisión Nacional Agraria, dependiente de la Secretaría de Agricultura y Fomento, con comisión en Sonora, y finalmente el tercero, el señor Ramón Gil Samaniego, Procurador de Pueblos en el Estado de Sonora, dependiente de la misma Secretaría de Agricultura y Fomento.

Siendo los dos primeros ciudadanos conocidos de quien esto escribe y conterráneo el último, luego de las presentaciones de rigor, el contenido se hizo más general.

Como era natural, aquellos tres personajes traían, a no dudarlo, alguna comisión oficial qué cumplir en la localidad, y tratando de averiguarla de una manera discreta y prudente, se supo después de pocos minutos que venían al resolver asuntos de terrenos de la tribu pápago, indígenas que desde tiempo inmemorial pueblan estos apartados lugares.

Al poco rato, aprovechando el contenido que se notaba en la generalidad, el señor ingeniero Larios, haciendo uso de la palabra, se expresó de la manera siguiente:

—Señores, por primera vez tengo el gusto de visitar este lugar en el desempeño de una comisión oficial que se nos ha conferido tanto al señor ingeniero Blázquez y al señor Ramón Gil Samaniego, como a mí. Pero al desempeño de esta comisión empezaremos a dar principio dentro de un mes por ciertas dificultades con que hemos tropezado y tendremos que permanecer por todo ese tiempo sin negocio alguno en la localidad. En vista de lo expuesto y para aprovechar el tiempo en lo posible, propongo a todos los presentes lo que sigue: mucho es ya lo que he oído hablar en Sonora de la gran importancia que encierra la región volcánica de El Pinacate y, como es natural, de muy buena gana desearía conocerla ahora que estamos tan cerca de ella.

También deseo dedicarme, al igual que mis compañeros, los señores Blázquez y Samaniego, al ejercicio de la caza, en fin, a verificar un viaje de estudio y de recreo ya que disponemos de un mes antes de desempeñar la comisión que aquí nos trajo. Por lo dicho, en nombre de mis compañeros y en el mío propio, tengo el gusto de invitar a ustedes para que nos acompañen, si lo desean. Quienes estén de acuerdo den un paso al frente.

Como fue muy grande el entusiasmo que despertó entre los presentes la proposición del señor ingeniero Larios, ninguno de nosotros quedó sin dar un paso al frente.

—Celebro muchísimo que mi proyecto haya merecido la aprobación general —dijo el ingeniero—, y aceptamos con el mayor gusto su compañía. Como ya sé lo que son estos viajecitos por terrenos áridos y lo que cuestan, me permito consultarlos sobre los medios de conducción y las distancias que habrá que recorrer.

—¡Los acompañaremos en la forma que se acuerde! —dijo Reyes Carrasco.

—¡Sí!, iremos en automóvil, a caballo, en mulas, en burros, a pie...! —gritaba Rafaelito Vega, dando saltos de gusto como un muchacho.

—Pues que se discuta la manera de que el viaje se efectúe lo más cómodo y económico posible, añadió Domingo Quirós.

—¡Viva El Pinacate! —gritaba un individuo del pueblo, brincando de gozo fuera de la cantina.

Con este motivo, y como en una cámara de representantes, hubo serios debates sobre el asunto, terminando por acordar unánimemente que el viaje sería a caballo; que se llevarían tres carros chicos con provisiones para un mes, además de una docena de asnos para la conducción de agua en los lugares desiertos.

Un aplauso general resonó en el interior de la cantina al conocerse el acuerdo final. Como en el caso de que hablamos se trataba nada menos que de una expedición de un mes, se hicieron verdaderos milagros en los preparativos. En los dos días siguientes se había arreglado todo de la manera más satisfactoria pues en Sonoyta casi todos los vecinos tienen caballos, carros y mulas. En la madrugada del día 13 de octubre todo estaba listo para la partida.

Bajo el álamo grande de la calle principal de Sonoyta se veía un grupo de caballos ensillados y tres carros bien repletos de provisiones, de tendidos, de armas de fuego, de todo lo que constituye, en fin, la impedimenta de un grupo de excursionistas.

Reyes O. Carrasco ya iba delante por el camino de Santo Domingo, arreando una docena de burros cargados con botes vacíos que producían un ruido infernal.

Como chapulines que saltan a los elotes tiernos en las cañas del maíz, así brincó todo aquella gente a las monturas de los caballos únicamente para la conducción de las provisiones.

Veinte minutos más tarde, una larga línea de polvo que se divisaba por el occidente indicaba a las personas del pequeño poblado que los excursionistas tomaban ya el camino que conduce a las montañas de El Pinacate.

La expedición hizo un pequeño alto en la ruinosa hacienda de Santo Domingo por iniciativa del señor ingeniero Manuel Larios, quien manifestó deseos de hacer allí algunos estudios y llevar a cabo observaciones que estimaba de importancia.

Gracias al barómetro del señor ingeniero Blázquez pude saber en esos momentos que la hacienda de Santo Domingo está situada a una altura de 328 metros sobre el nivel del mar.

Ambos profesionistas se pusieron a discutir sobre las formaciones de terreno, recogiendo de la superficie algunos ejemplares de granito, pizarras, ónix y otras rocas que allí abundan con el fin de enriquecer la colección del Instituto Geológico Nacional. Hicieron en seguida algunas anotaciones en sus libros de apuntes, reanudándose la marcha poco después.

A las doce horas, arribamos a Quitovaquita, punto situado en la línea internacional, para hacer alto allí, tomar alimentos y dar descanso a las cabalgaduras.

No dejó de llamar la atención a los ingenieros Larios y Blázquez la pequeña laguna que corta en dos la línea internacional: una mitad del vaso dentro de Estados Unidos y la otra mitad dentro en nuestro país.

La laguna se forma gracias a un hilillo de agua que nace en los cerros inmediatos, lo que confirmó al ingeniero Blázquez la existencia de agua artesiana en aquellos sitios.

¡Cosa más rara: agua artesiana en medio del desierto!

A las catorce horas, los excursionistas continuaron la marcha con rumbo al occidente pasando, ya tarde y sin novedad digna de anotarse, por Agua Dulce y La Salada, para hacer alto en Los Pocitos donde se resolvió por unanimidad pasar la noche.

Cuando se llegó a este último lugar serían las dieciocho horas; la marcha era muy lenta debido a las frecuentes detenciones de los ingenieros que estudiaban y observaban cuanta roca hallaban a su paso. Los chistes y las bromas de buen gusto estaban en su apogeo.

La doble fila de carpas de lona, fue situada en la margen derecha del seco río, y el total de los expedicionarios, ya cansados de tanto reír, fueron a ocupar sus respectivos lechos para conciliar el sueño. El único que dilató más para dormir fue Manuel D. Astorga

quien llevaba consigo una botella de vino de higos secos, especie de veneno que se fabrica en Sonoya. De vez en cuando, apuraba un trago del contenido de la botella y entonaba un canto que sólo él entendía. El pobre Astorga se entusiasmaba con el sonecito, y mucho más cuando escuchaba los ronquidos de bajo profundo que a los cuatro vientos lanzaba Reyes O. Carrasco, creyendo que alguien “le hacía segunda”. Por fin, al vencerlo el sueño guardó silencio.

Serían las veintitrés horas, cuando casi todos los excursionistas fuimos despertados por dos rugidos espantosos cuyos ecos repitieron las cercanas montañas.

La obscuridad era completa, y no se veían los objetos a tres pasos de distancia. Las hogueras estaban apagadas. Los rugidos se repetían. Dos asnos que se hallaban atados muy cerca del lugar donde Rafaelito y el Chileno dormían, a fuerza de jalones reventaron los cabestros de credas y dejaron oír sus estrepitosas carreras.

—¡Los leones! ¡Los leones, señores! —exclamó Rafaelito lleno de pánico dando un gran salto sobre una “ejea” o palofierro, ocultándose entre el espeso follaje, sin importarle lo curvo ni lo agudo de las espinas de aquel árbol del desierto.

—¡Señores, los leones! —gritó a su vez el chileno Jáquez, dando otro enorme brinco a las puntas de un mezquite, de donde quedó prendido como los monos de los circos.

El resto de los excursionistas nos pusimos en guardia, requiriendo las armas con la prontitud que el caso exigía.

—¡Mis armas! ¡Denme mis armas! —gritaba Rafael desde el palofierro.

Igual grito repetía el Chileno. Pero, ¿y quién iba a darles armas en aquellos momentos de confusión, con una noche tan obscura, oyendo sin cesar cada vez más cercanos los rugidos de las fieras? ¿Sería, además, tan grande el temor que se había apoderado de aquel par que ni de recoger sus armas se acordaron?

Regino Celaya y Reyes Carrasco, armados de fusiles Springfield desechados por el ejército norteamericano, trajeron de acercarse al lugar de donde provenían los rugidos.

Dos puntos luminosos en medio de aquella obscuridad denunciaron a Celaya la presencia de una fiera. Apoyó sobre su hombro la culata del Springfield, y apuntando en la dirección que creyó conveniente, disparó el arma.

La fiera quedó herida pero no fuera de combate porque, dando un gran salto, fue a situarse bajo el palofierro donde precisamente se ocultaba Rafaelito, sin acallar sus espantosos rugidos.

Carrasco, por su parte, hizo fuego al acaso sobre la otra fiera aunque sin resultado alguno pues sólo consiguió que este león fuera a refugiarse bajo el mezquite donde se escondía el Chileno.

—¡Ah! ¡Si tuviera mi pistola escuadra 45! —decía Vega.

—¡Si tuviera mi Winchester 30-30! —decía el Chileno.

Rafael ya sentía en las plantas de sus pies el calor del aliento del león y los ojos se salían de sus órbitas. Repentinamente se escuchó otra detonación. Era Manuel Astorga que disparaba esta vez contra la fiera pues la bala fue a incrustarse en el duro tronco de un árbol del desierto.

La fiera, acosada ya, dio un salto al palofierro, y Rafaelito, para no recibir una caricia del felino, brincó al suelo arenoso, quedando el león en el lugar que él ocupaba antes. Entonces, el temor de Vega se trocó en ira. Violentamente corrió al sitio donde tenía su montura, y tomando una larguísima reata, con ayuda de un palo puso al león el dogal al cuello, atando el otro extremo de la reata al tronco del árbol. Después picó los hijares de la fiera con el palo. El león dio un salto y su cuerpo quedó meciéndose en el espacio, pues sólo tocaba el suelo con las patas traseras.

Los dos ingenieros y Ramón Gil Samaniego, ya un poco repuestos del susto, dieron rienda suelta a la risa, al ver aquella ocurrencia.

No terminó así aquella fiesta.

Rafaelito se apoderó en seguida de un palo muy macizo, y, ¿quién lo creyera?, se ocupó de dar de garrotazos al animal así colgado hasta dejar su cuerpo convertido en un costal de huesos.

Entre tanto, Carrasco, Celaya y Arturo Quirós habían dado buena cuenta del otro león sobre el que hicieron infinitas descargas hasta dejarle la piel convertida en una criba. ¡Bien caro pagó el primer león a Rafaelito los momentos de terror que lo hizo experimentar entre el follaje del palofierro!

Como era natural, después de lo acontecido ya nadie pudo dormir. Las hogueras volvieron a encenderse para alejar la obscuridad reinante, y los cadáveres de los leones, fueron arrastrados por Carrasco y Celaya hasta cerca del fuego.

Entonces pudimos ver todos que se trataba de dos hermosos ejemplares de puma o león americano de una corpulencia fuera de lo común.

Del otro, aunque tenía la pelleja convertida en cedazo, se utilizó la carne que gustó mucho a los excursionistas.

Como todo buen ranchero, Rafael se ocupó de quitar la grasa a la carne de los leones porque, según él, el “unto de león” tiene mil virtudes curativas.

Al amanecer, algunos excursionistas ya traían a las bestias fugitivas, las habían alcanzado por el camino de Sonoyta.

Ramón Gil Samaniego, los dos ingenieros y Pepe Salazar, no hallaban qué hacer de gozo pues habían pensado que se interrumpiría la expedición por falta de animales de carga, de tiro y de silla.

Después de tomar el alimento por la mañana, se renovó la caminata a las ocho horas, tomando el rumbo de El Cerro Colorado.



Vista a través del interior del cráter de Cerro Colorado, el primer cráter encontrado por la expedición de Esquer. Los rojizos peñascos dan su nombre al cráter. Esta vista vespertina mira hacia el oeste desde un cráter secundario que interrumpe el borde de la caldera principal y revela lechos inclinados de depósitos volcánicos en la ladera, aquí en un primer plano. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 1974).

CAPÍTULO II

EL CERRO COLORADO

Como a unos diecisésis kilómetros de Los Pocitos, con dirección aproximada de oeste, 15° norte, se divisa la cumbre de una montaña de escasa elevación aunque muy ancha en su base.

El color rojo predomina en sus faldas y, quizá debido a esta circunstancia, se le ha dado el nombre de Cerro Colorado. Tanto por el lado sur cuanto por el occidente de esta montaña la planicie enteramente horizontal; está cubierta en su totalidad de una capa de roca negra, eruptiva y en extremo porosa. No es otra cosa que lava de la región volcánica que allí empieza.

Aquella capa o manto tiene un espesor que varía de diez hasta cincuenta metros, abarcando una superficie de muchos millares de hectáreas. Tratar de atravesar aquel manto de lavas es tarea imposible pues es como pisar sobre filos de cuchillos.

Desde a varios kilómetros de distancia de El Cerro Colorado, nuestros caballos hollaron con sus cascos las arenas volcánicas. Cuando nos acercamos a la montaña, el espectáculo fue sorprendente.

Por el lado norte del cerro, se ve una inmensa capa de arena volcánica y todas de un espesor incalculable. El Cerro Colorado, a cuyo pie nos encontrábamos ya, elevaba el espacio, imponentes y majestuosas sus crestas de lavas, como el coronamiento de un cráter gigantesco.

¡Salud! ¡Salud, tres veces, Atalaya del Desierto!

¡Salud, mudo testigo de horribles cataclismos! Al contemplar el panorama que presentas, la idea vaga errante imaginando edades pretéritas y la horrible conmoción terrestre que hizo cambiar de forma tu mole de coloso!

¿Tu erupción fue, antes que el hombre poblara la tierra?

¡No! quizá existan sepultados bajo tus interminables capas de lavas y de cenizas, pueblos de origen desconocido!

¡Quizá en tiempo no lejano, hombres amantes de la ciencia vengan a estudiarte y a arrancar el secreto que encierras!

Aunque la llegada al Cerro Colorado se llevó a cabo a muy temprana hora, los ingenieros Larios y Blázquez y el Procurador de Pueblos Ramón Gil Samaniego, no quisieron pasar

de allí, disponiendo permanecer en aquel lugar el tiempo necesario para llevar a cabo multitud de estudios y observaciones.

Los animales fueron despojados de sus cargas, las carpas fueron instaladas en los lugares más convenientes y los profesionistas se pusieron a discutir el orden en que deberían de llevar a cabo sus investigaciones.

Ramón Gil Samaniego estaba contentísimo y gozaba con el panorama que tenía ante su vista.

Permítaseme un paréntesis:

Conozco a Ramón Gil Samaniego desde la infancia. Originario como el autor de estas líneas de la ciudad de Álamos, de esta mi amada Patria Chica, y amigos desde nuestra más tierna edad, siendo además, condiscípulos, he tenido oportunidad de conocerlo muy a fondo. Era el Judas en la escuela. La sincera amistad y el cariño que le profeso, hará que calle algunas cosas por no ofender su modestia. Tras muchos años de no verlo he venido a encontrarme con él en Sonoyta y a confirmar que Ramón es el mismo de siempre. Enthusiasta por todos los negocios, es capaz de dar cien mil arremetidas, muy especialmente tratándose de labrar la tierra y de sembrar hasta higuerillas pues es muy rara la vez en que no cargue en sus bolsillos cuando menos dos kilogramos de estas semillas.

También es mi deber recordar que el ingeniero Larios, a quien he tenido el honor de conocer desde el año de 1918, es un correcto caballero.

Su acrisolada honradez no tiene límites. Como empleado federal es una joya pues siempre tiene por norma el cumplimiento del deber. Siempre risueño, siempre contento, jamás le falta un lenguaje que cautiva a sus oyentes. Es la bondad personificada.

En cuanto al ingeniero Blázquez, aunque sólo lo he visto poco tiempo y lo he acompañado en dos excursiones en viajes de estudio, también debo decir que por sus finas maneras, por su amena conversación, por su educación esmerada y muchas otras cualidades que le adornan, a no dudarlo, es otro honorable caballero.

Jamás he acostumbrado lisonjear a nadie y al referirme en tales términos a los tres personajes que acabo de citar, sólo cumple con el deber de hacer justicia a quienes la merecen.

Aquí ciervo el paréntesis para continuar la interrumpida narración.

Aunque la hora era muy temprana y todos estábamos ansiosos de escalar la cima del volcán del Cerro Colorado y bajar al fondo de su cráter en caso de ser posible, se acordó descansar el resto del día ya que no mediaba apuro alguno, para emprenderla al día siguiente hasta las crestas de tobas y de lavas.

El resto del día y de la noche pasó sin novedad digna de anotarse, salvo la música infernal que producían los aullidos de millares de coyotes que pueblan aquellos desiertos lugares; pero ningún excursionista hizo caso de los alaridos de los perros salvajes.

Muy de mañana la expedición en masa, perfectamente armada y llevando tal o cual aparato científico, la emprendió para la cima del volcán a donde arribamos una hora y media después.

Tan escasa es la elevación del Cerro Colorado que, parados en la cima, el barómetro del ingeniero Blázquez marcó una elevación de 675 metros sobre el nivel del mar.

Su base inmensa afecta la forma de un hexágono irregular y cubre una superficie de muchos millares de hectáreas. Es algo así como una pirámide hexagonal truncada, cubierta por todos lados de un betún colorado y ya queda dicho que quizás de ahí le viene su nombre.

El cerro está agrietado por todas partes y muestra al observador sus profundas aber turas como señal inequívoca de una formidable conmoción terrestre. Por el norte y poniente se ven sus faldas totalmente cubiertas de arenas volcánicas.

Aquello es imponente, máxime si el observador se asoma al cráter colosal y experimenta la “atracción del abismo”.

Jamás podré describir la sensación que allí se experimenta!

Se calculó por los ingenieros Larios y Blázquez que la circunferencia del cráter sería como de dos kilómetros, con una profundidad variable. En el fondo hay arenas y tierra a no dudarlo, pues la vegetación allí existente se ve desde la cima.

Aunque el descenso al fondo se podía llevar a cabo por las partes más accesibles, nadie lo intentó por los peligros que imaginaron, aunque en realidad no los hay.

Desde la cumbre se domina perfectamente la inmensa llanura situada al norte y occidente del cerro, cubierto enteramente de lavas, que amenaza con sus agudos filos al osado que intente hollarlas con sus plantas.

Al parecer, el Cerro Colorado es una continuación de la cordillera de El Pinacate que se levanta majestuosa por el sur, también en gran parte cubierta de lavas.

Más a lo lejos y en distintas direcciones se ven los médanos de arena, terror de los viajeros que se aventuran a cruzarlos en sus caminatas para San Luis, Río Colorado, último lugar poblado que por el noroeste tiene el inmenso Distrito de Altar.

Apenas se distingue desde la cumbre del Cerro Colorado por el sur y poniente una cinta azul, de trecho en trecho, que no es otra cosa que las aguas del Golfo de California.

La vegetación es escasa en extremo. ¿Qué vegetación puede haber en aquellos médanos de arena y en esas grandes superficies cubiertas totalmente de lava?

Muy cerca del volcán solo se ven algunas plantas, como la gobernadora o hediondilla, el chamizo, la galleta forrajera, sin faltar los cactus, como el sahuaro, la choya y la cina, entre otros.

Parecía como si ambos ingenieros leyeron en aquellos campos de lava y se dieran cabal cuenta de lo que allí aconteció en las edades pretéritas. Pero con eso no quedábamos conformes muchos excursionistas y deseábamos, como era natural, alguna ligera explicación de lo que allí había pasado.

El ingeniero Blázquez, especialista en geología, adivinando la idea que cruzó por la mente de algunos expedicionarios, se encargó de la cátedra de aquel día.

—¡Señor Vega! —exclamó—, ¿y trae usted su pequeña caramañola?

—¡Oh, sí! —contestó Rafael mostrando al ingeniero una diminuta cantimplora.

—¿Tiene agua suficiente y cierra bien el tapón?

—El agua llena poco más de la mitad del recipiente y el tapón cierra herméticamente, como si fuera una válvula —contesta Rafaelito.

—Es bastante el agua. ¿Y si su pequeña caramañola se perdiera en un experimento, no lo sentiría usted mucho?

—¡Oh, no, de ninguna manera!

—¡Bien! venga la caramañola.

Rafael entregó al ingeniero el pequeño recipiente. El profesionista cogió unas ramas secas que amontonó en el sitio que le pareció más a propósito, procediendo en el momento a encender una hoguera, en cuyo centro colocó la cantimplora de Rafaelito.

Todos contemplábamos aquel experimento a una respetuosa distancia. Como era natural que sucediera, a los pocos minutos, el agua, en parte convertida en vapor, salía por el mal ajustado tapón. Pero hubo un momento en que el cuerpo gaseoso se dilató tanto que, siendo insuficiente los desajustes del tapón para darles salida, hizo que estallara el depósito y que el agua hirvierte se esparciera por diferentes partes.

Era el resultado que todos esperábamos.

—Ahora yo desearía —dijo el ingeniero—, que el señor Vega, que se ha vuelto todo ojos, nos explicara por qué causas ha hecho explosión la caramañola. Tiene la palabra.

—¡Oh! —exclamó Rafael, dándose palmaditas en el pecho—, la explicación que se pide es bien sencilla. Todos los cuerpos tienden a dilatarse, a hacerse grandes, a ensancharse con el calor. Y el agua, que también es un cuerpo, al sentir los efectos del calor, al convertirse en vapor, o mejor dicho, al pasar del estado líquido al gaseoso, ha aumentado de volumen incuestionablemente, y no siendo suficiente el desajuste del tapón para dar salida a los gases, esta es la causa que determinó esa explosión que acabó con mi pobre

caramañola. Ahora recuerdo con este motivo que una cosa igual me sucedió una vez con el radiador de mi automóvil. Viajábamos El Chileno y yo de Caborca para Sonoyta, el camino estaba en pésimas condiciones. El motor se calentó en extremo y el agua hervía dentro del radiador. El tubo de escape de gases se tapó, a no dudarlo, y como el tapón del radiador cerraba perfectamente, no tuvo más remedio que estallar, rociándonos la cabeza con el agua hiriente.

Todos dimos rienda suelta a la risa al conocer aquella aventura.

—Pues bien —dijo el ingeniero—, imaginén ustedes que la tierra o globo en que habitamos, no es otra cosa que un gran recipiente en cuyo interior hay nada menos que materia en estado de ignición. Ahora dígame, ¿qué sucedería con nuestro gran recipiente si los gases, altamente dilatados por tan elevada temperatura, carecieran de alguna salida?

—¡Temblaría frecuentemente la tierra! —dijo Astorga.

—Que podría estallar, como sucedió con mi pobre caramañola —dijo Rafael.

—Como estalló el radiador de tu Ford —exclamó El Chileno.

—¡Bravo! —prorrumpió Arturo Quirós, celebrando la ocurrencia. ¿Podremos decir, señor Ingeniero, que un volcán es una montaña que arroja lavas, cenizas, piedras, etcétera, etcétera?

—Seguramente, señor Quirós, y por lo tanto evitan esas salidas, esos escapes de gases, los temblores de tierra que, de otra manera, serían más frecuentes...

—¿Y por qué no revienta este cascarón que habitamos? —interrumpió a su vez Reyes Carrasco.

—La explicación es sencilla —contestó el ingeniero—. Los volcanes terrestres y submarinos, porque también los hay bajo las aguas del mar, son algo casi como las válvulas de seguridad de un caldero, cuando los gases interiores de la tierra se dilatan excesivamente, buscan salida y la encuentran por las partes más debilitadas de la corteza terrestre, no sin antes sentirse grandes conmociones y de oírse fuertes ruidos subterráneos, conmociones que en la mayoría de los casos son de fatales resultados.

Millares de seres han perdido la vida por esas causas. Al salir los gases las rocas fundidas y las arenas y cenizas forman grandes cráteres como el que tenemos a la vista, así como profundísimas grietas como las que pueden ver ustedes con solo dirigir la mirada por las faldas de este cerro. Muchísimo es lo que tengo que hablar a ustedes sobre estos fenómenos terrestres, pero lo haré más adelante, cuando lleguemos a lo verdaderamente importante de esta región volcánica.

Acabó de hablar el ingeniero terminando también por de pronto aquella especie de lección objetiva que costó una caramañola a Rafaelito. Entonces los ingenieros se ocuparon de otras cosas más serias.

Durante dos horas consultaron los aparatos científicos, tomaron muchas fotografías de los lugares más interesantes e hicieron cuantas anotaciones creyeron necesarias en los memorándum.

Mientras los ingenieros se ocupaban de estos trabajos, un grupo de excursionistas capitaneados por Ramón Gil Samaniego la emprendió contra un rebaño de antílopes o berrendos que divisaron al pie del Cerro. Gil Samaniego no se cambiaba ni por Mr. Roosevelt en aquellos momentos.

Salazar, el Chileno, los hermanos López, Carrasco, Quirós y Celaya también gozaban del placer de la caza. ¡Catorce berrendos fueron víctimas de las balas expansivas de aquellos adiestrados tiradores!

Era de extrañar que Rafaelito no se hallara entre los cazadores y fue que divisó por otro rumbo distinto, una partida como de quince jabalíes o puercos montaraces y fue corriendo a darles la batida de ordenanza.

Vega se encarnizó a tal grado con el ganado porcino que acabó con todos, no sin que antes estos animales le destrozaran a mordiscos sus botas norteamericanas.

Todo el producto de la caza fue llevado al campamento en medio del contento más general. La provisión de carne duraría muchos días. Quien no haya gustado la carne del antílope o berrendo ignora lo que es cosa buena y sabrosa, tratándose de alimentos.

Durante la operación de la “destazada”, se acabó uno en meras probaditas. Excitaba el apetito la sola vista de aquella carne entreverada de gorduras. Cuando más entretenidos estábamos los excursionistas en la preparación de la carne, llegó al campamento Manuel Parra con un cimarrón o borrego salvaje lazado de los cuernos, retorcidos a manera de tirabuzón.

Aquel animal era de una talla extraordinaria.

—Aquí les traigo este chivito —dijo Parra—. Lo acabo de lazar y no me la “recargo”.

Todo el mundo soltó la risa ante la presencia de aquel tocayo, como le llamó la generalidad.

La daga acerada de Regino Celaya dio buena cuenta de las yugulares del cimarrón, y esto vino a aumentar la provisión de carne.

La cabeza, que ostentaba enorme encornadura, fue recogida por Ramón Gil Samaniego, quien manifestó deseos de prepararla y hacer donación de ella al Museo de Historia Natural.

Con tanto subir y bajar del cerro, con tanta carrera de los trabajadores ocupados en la caza y preparación de la carne, casi todos los expedicionarios estábamos fatigados, por lo que nos recogimos temprano, prometiéndonos dormir a pierna suelta para emprenderla al día siguiente en busca de cosas qué ver y qué admirar.

Al día siguiente, los ingenieros manifestaron deseos de no abandonar aquel lugar todavía. Quedaba mucho trabajo pendiente así como practicar un reconocimiento en el campo de lava o malpaisal, como se le llama vulgarmente.

Como, efectivamente, no había motivo alguno justificado para festinar tanto aquel viaje, todo el mundo estuvo de acuerdo en que se empleara allí todo el tiempo que fuera necesario.

Muy de mañana la emprendimos para el campo de lava muy próximo al Cerro Colorado. La caminata se hizo esta vez a pie ya que se trataba de andar dos kilómetros cuando más, para llegar a las orillas de aquella formidable capa negra. En menos de una hora se recorrió esa distancia, y cuando hubimos llegado, nos dimos cuenta de que aquella capa o manto de roca enteramente fundida tenía un espesor de más de quince metros en aquella parte.

En otros lugares, el espesor es mucho mayor. Casi media hora empleamos para poder escalar una altura de veinte metros solamente, pasando por sobre aquellos filos de cuchillos.

Muchos de nosotros resultamos con ligeras heridas en las manos y en los pies, pero subimos al fin. Entonces contemplamos el panorama más digno de admiración que imaginarse pueda.

Aquella llanura de lava, si así puede llamarse, se extendía interminable por el sur, y por el poniente la limitaba una lejana serranía formada por otros colosos que ostentaban sus elevados cráteres cubiertos de arenas y cenizas.

Todo aquel inmenso campo está pintado como con negro humo. Allí impera el negro absoluto. La porosa lava con sus agudos filamentos hería sin cesar los pies de los expedicionarios a pesar del calzado. La superficie estaba agrietada en todas direcciones, y continuar la marcha entre tantas concavidades e irregularidades de aquel piso de vidrio negro, era una aventura en extremo peligrosa.

Los ingenieros lo comprendieron así y ordenaron la contramarcha, lo que hicimos con todo gusto. Todos guardábamos el mayor silencio y parecía como que meditábamos. ¿Quién iba pues a mover los labios ante aquel espectáculo tan imponente que ofrecía la naturaleza?

Todos salimos de allí con el calzado hecho pedazos por la lava. Fracasó pues el reconocimiento de aquel campo oscuro, no por falta de voluntad de ambos ingenieros ni de ninguno de los demás excursionistas, sino por los peligros que ofrecía.

En efecto, aventurarse por aquella superficie erizada de filos y surcada por profundas grietas era una temeridad. Sólo se consiguió tomar varias fotografías de aquellos sitios mientras que los ingenieros hicieran algunas anotaciones en sus libros de memorias.

Poco tiempo después estábamos todos de regreso en el campamento en medio del mayor mutismo. Por fin, don Abelardo López, rompió el silencio.

—Descansemos por ahora —dijo—, y si ustedes lo desean yo los guiaré por ese campo negro. Conozco varias partes por donde se puede entrar y nos internaremos más de dos kilómetros por el manto de lava. Por donde yo digo no está tan agrietado y la capa no presenta tantas irregularidades filosas. Creo que podremos caminar un buen trecho y ustedes podrán recorrer y examinar cuanto quieran. Lo haremos después del medio día si les parece.

—¡Aceptamos! —exclamaron los ingenieros y varios expedicionarios.

—Usted será nuestro guía, señor López, confiamos en sus conocimientos del terreno —dijo Ramón Gil Samaniego.

—Allá lo veremos con el nuevo guía! —dijo el Chileno, riendo.

A la hora que a López le pareció más conveniente, el grupo se puso en marcha, tomando un rumbo distinto al de en la mañana. Después de caminar a pie como tres kilómetros rumbo al poniente, don Abelardo se paró frente al grueso manto de lava. El espesor de la capa sería allí como de veinte o más metros, y la masa fundida estaba tan compacta que no presentaba las porosidades de la que ya conocíamos. El ascenso por allí era fácilmente accesible ya que las lavas no se hallaban quebradas, más bien semejaban vidrio que, al ser herido por los rayos solares, hacía que los haces de luz fueran a dar por reflexión a nuestra vista.

Varios excursionistas al avanzar por aquella planicie obscura y pulimentada, se cayeron, pero ninguno resultó dañado. Como media hora sin parar se caminó por aquel campo negro pero esta vez con rumbo al sur, ya que por ese lado era más fácil la marcha. La vegetación escasa de por sí, allí había desaparecido como por obra de encantamiento y los expedicionarios, entusiasmados con aquel panorama, no pensaban en hacer alto. Pero la naturaleza lo había dispuesto de otra manera.

Repentinamente, la marcha se detuvo al atravesarse una ancha y profunda grieta. Frente a donde hizo alto el grupo, tendría una anchura de quince metros. Eran sus

paredes tan obscuras y compactas que semejaban un inmenso vidrio negro quebrado. Su profundidad y longitud eran incalculables.

—¡No se desmoralicen, señores! —exclamó don Abelardo—. Esta grieta no tiene la misma anchura en todas partes y hay un lugar en que podemos franquearla con sólo dar un paso, ¡síganme ustedes!

Y don Abelardo continuó la marcha al sureste seguido de la comitiva.

—Yo quiero llevarlos —dijo dirigiéndose a los profesionistas—, a unas cavernas inmensas que existen bajo este manto de lavas. Muy pronto estaremos allá y nos sobrará tiempo para verlas.

A poco andar y cuando menos lo esperábamos, notamos que el nivel del manto negro descendía más y más en todas direcciones en un radio como de un kilómetro, yendo a converger sus planos inclinados a un punto que muy bien pudíramos llamar el centro de aquel colosal embudo.

Pronto llegamos a ese centro y nos dimos cuenta de la existencia de un hoyo casi circular en su boca, la que medía un diámetro de siete metros. Aquella especie de pozo no estaba a plomo, y tenía, según nos manifestó el Ingeniero Blázquez, una inclinación de 45° de la vertical.

—Aquí dentro —dijo don Abelardo señalando aquella bocaza—, creo que encontraremos algo que sorprenderá a ustedes. Como mi mayor deseo era traerlos hasta aquí, he venido provisto de velas suficientes para que practiquemos una exploración en las entrañas mismas de esta capa de vidrio negro. Podemos entrar, si lo desean y cuando ustedes gusten —agregó dando a cada quien una vela.

Carrasco, Parra, Vega, Salazar y casi todos los excursionistas nos rehusábamos a entrar, pretextando que dentro podría haber fieras. Por fin, los ingenieros se animaron al igual que Gil Samaniego y con ellos el resto de excursionistas; así empezó el descenso a las entrañas mismas de aquel grueso manto.

Caminamos como doscientos metros, siguiendo siempre un plano inclinado. El piso, aunque inclinado como lo dijimos, era muy firme y en ocasiones escalonado. Repentinamente, aquel espacio tan limitado por las paredes de cristal se abrió para permitir ver una caverna inmensa, una cueva colosal. Todos estábamos asombrados ante aquellas maravillas de la naturaleza. Los ingenieros, con todo y sus conocimientos, estaban contagiados del mismo mal.

El ingeniero Blázquez consultó su barómetro. El aparato marcó una altura de 370 metros sobre el nivel del mar. No obstante la profundidad a que nos hallábamos, la temperatura era agradable. Ni frío ni calor.

Los profesionistas iban a dedicarse ya a sus estudios y prácticas, pero fueron interrumpidos, al oírse un gran ruido, algo así como carreras de animales, proveniente al parecer, del fondo de aquella caverna gigantesca.

—¡Las fieras! ¡Los leones! —gritaba Rafael, buscando la salida de aquel antro obscuro—. ¡Bien decía yo que no entráramos!

Nadie pensó en defenderse, porque no hubo lugar para ello. Aquel ruido lo hacía una numerosa partida de cimarrones que allí se estrechaba. Al mirar las luces y oír nuestras voces el rebaño se espantó, emprendiendo veloz carrera por el único lugar de salida que tenían y que era nada menos que aquel por donde nosotros habíamos penetrado. Al ser atropellados por la partida espantada, la mayoría de los excursionistas fueron derribados y lastimados aunque ninguno de gravedad.

Todos prorrumpimos en grandes carcajadas y cuando hubo pasado el tremendo susto, nos percatamos demasiado tarde de que se trataba de inofensivos borregos salvajes.

La idea de que en la caverna pudiera haber leones u otras fieras fue desechada de plano, puesto que acababa de ser abandonada por los cimarrones.

Un penetrante olor a excremento de murciélagos denunciaba la existencia de grandes cantidades de guano. Blázquez era de opinión de que las luces de las velas eran sumamente peligrosas dentro de aquella caverna, porque podían inflamarse gases y otras substancias combinadas allí por la acción de la naturaleza, indicando también el nitrógeno y otros; pero al parecer, aquel peligro resultó ficticio, ya que no hubo desgracias que lamentar.

Mientras los ingenieros practicaban reconocimientos, el intrépido Gil Samaniego y otros excursionistas, al avanzar por el fondo de la caverna, descubrieron al mucho andar que ésta casi se cerraba dejando sólo una pequeña abertura que daba paso a otra gruta de mayores dimensiones.

—¡Ingenieros! ¡Esa no es más que la antesala! ¡Vengan para acá! —decía Ramón Gil Samaniego.

—Se ha encontrado usted algo? —interrogó Larios.

—¡Sí! Hemos encontrado otra caverna mucho mayor. Esa no vale la pena. ¡Vengan a ver ésta!

Ante aquel llamado tan lleno de entusiasmo, los que atrás quedábamos no pudimos menos que acudir con prontitud.

A poco andar por un lecho cubierto de estiércol de murciélagos, se estrechaba aquella caverna más y más al grado de que las paredes laterales casi se tocaban y a duras penas daban paso a dos hombres marchando de frente.

Por las luces distinguimos el grupo que formaban Ramón Gil Samaniego y demás acompañantes. Al llegar a donde ellos estaban pudimos notar una cosa que nos llenó de admiración. Las paredes laterales se abrieron en ángulo de 90°. El techo o bóveda, se elevó a muchos metros de altura, y el piso, cesando en su declive tan marcado, abandonó la inclinación presentándose en esta vez casi a nivel y como de vidrio que reflejaba las luces de las velas.

El fenómeno era más notable en la bóveda de esta nueva e inmensa caverna, pues debido a las infinitas concavidades del “encapille”, como dicen los operarios de minas, aquel “cielo” si que parecía estar cubierto de estrellas. Ramón Gil Samaniego creyó soñar. No faltó quien recordará de los cuentos de *Las mil y una noches*. El espectáculo no era para otra cosa. Astorga. Vega, el Chileno, Carrasco, Celaya, y todos, en fin, éramos “puros ojos”.

A los dos ingenieros que nos acompañaban, parecía no llamarles la atención todo aquello que al parecer ya esperaban. Todo lo examinaban a su paso y leían en las rocas fundidas como en las páginas de un libro.

Observaban todo con gran detenimiento y hacían frecuentes anotaciones en sus memorándum pero, de vez en cuando, no podían menos que confesar su admiración, contaminados de la impresión de la generalidad.

En efecto, ¿quién es el hombre, por sabio que sea, que no se sorprenda, que no se admire, al encontrarse en las entrañas mismas de un campo de lava, de una caverna de más de una milla de longitud, de bóvedas elevadísimas, como adornadas con millones de diamantes cuyas facetas reflejaban la luz a las mil maravillas?

Aquel espectáculo sí que era soberbio, imponente. La obra de la naturaleza que allí vimos jamás podrá ser ni siquiera medianamente imitada por el hombre.

Gil Samaniego que, entre paréntesis, es el hombre más curioso que existe debajo de las estrellas, quería saberlo todo, averiguarlo todo, ver y palpar cuanto se le ponía por delante, así es que, acompañado de Astorga y de Carrasco, se le miraba escudriñar por los vericuetos de aquella caverna colosal.

Los ingenieros tomaron algunos ejemplares de las, rocas fundidas para donarlas al Instituto Geológico Nacional. Todos los demás acompañantes estábamos como “tontos en vísperas”, mirando aquella maravilla de la naturaleza.

Rafaelito Vega era todo ojos, y estaba tan impresionado que no podía ni hablar.

—¿Qué pasa con usted, señor Vega? —interrogó el ingeniero Blázquez.

—Pues... casi nada, señor ingeniero. Yo creo que usted, como hombre entregado por completo al estudio, debe de comprender lo que me pasa. Por más que hago esfuerzos por

comprender a medias siquiera lo que aquí sucedió, me resulta del todo imposible. Para mí, esta es una empresa bien difícil... y...

—No lo es tanto, señor Vega, y ya tengo anotado en mi libro dar a ustedes algunas ligeras explicaciones sobre este asunto, pero un poco más adelante, y esto será cuando lleguemos a un gran cráter que, según el decir los hermanos López que nos sirven de guías, está situado como a cuatro kilómetros de una tinaja de agua, la que lleva por nombre Tinaja de los Pápago. Tengo verdaderos deseos de conocer ese cráter que, según me dicen, es gigantesco.

—¡Enorme! —exclamó don Abelardo López—, y tan profundo como no se lo imaginan ustedes!

Habíamos descendido mucho seguramente, pues el barómetro marcó 170 metros sobre el nivel del mar. Repentinamente escuchamos los fuertes llamados de Ramón Gil Samaniego:

—¡Ingenieros! ¡Ingenieros! ¡Vengan por acá los dos y también cuantos estén con ustedes! ¡He hecho un gran descubrimiento! ¡Esto es importantísimo! ¡Vengan pronto!

¿Qué descubrimiento hizo pues, para que así le llamara la atención y manifestara tanto entusiasmo?

Lo veremos en el capítulo que sigue.



Vista desde el campamento de Cerro Colorado hacia el suroeste en la dirección que tomó el grupo de Esquer cuando se dirigían hacia los escurrimientos de lava de El Pinacate. La vista, que mira a través de una playa, la cual (en esta primavera en particular), se había inundado por inusuales lluvias y estaba rebosante de vegetación. Los conos cilíndricos gemelos de El Pinacate se ven a la distancia. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 1992).

CAPÍTULO III

EL DESCUBRIMIENTO DE RAMÓN

—¡Ingenieros! ¡Ingenieros! ¡Vengan por acá los dos y también cuantos estén con ustedes! ¡He hecho un gran descubrimiento! ¡Esto es importantísimo! —gritaba Ramón Gil Samaniego desde el fondo de aquella caverna.

El entusiasmo de Ramón era patente. Veamos lo que había pasado.

Hemos dicho que Ramón Gil Samaniego es el hombre más curioso y tenaz que existe debajo de las estrellas. Es capaz de ir hasta la luna si es que con ese viajecito puede salir de alguna duda. Esta vez, acompañado de Astorga, Regino Celaya, Pepe Salazar y Reyes Carrasco, exploraba el fondo de aquella caverna que parecía no tener límites. Cada quien iba provisto de una vela encendida.

Repentinamente, Ramón que iba delante, dio un grito de sorpresa. Sus pies habían tropezado con algunos objetos de procedencia artificial. Muchos arcos, flechas, rodelas de piel, vasijas de barro cocido, molcajetes y otros utensilios de piedra labrada, estaban diseminados en el pavimento, algunos de ellos ya casi cubiertos por el guano de murciélagos que en aquel lugar era menos abundante.

Entonces fue cuando Ramón, no pudiendo contenerse, gritó a los ingenieros y nos llamó a todos. Cuando llegamos, con gran admiración nos dimos cuenta de todo aquello.

—¿No tenía usted conocimiento de la existencia de estas cavernas en las lavas? —preguntó el señor ingeniero Larios a don Abelardo López que nos servía de guía.

—Sólo conocía yo la primera cueva que hemos pasado, pero las dos últimas no, —contestó López—, y es una gran novedad para mí como lo es para ustedes, así como todos estos objetos que estoy viendo diseminados por aquí y por allí...

—¡Huesos! ¡Huesos humanos! —exclamó Regino Celaya observando las concavidades de la caverna situadas a la izquierda de nosotros.

El descubrimiento de Ramón así como el de Celaya era importantísimo. Lo que teníamos a nuestra vista, nos decía con luz meridiana, es que aquellas regiones estuvieron habitadas hace muchos siglos.

Los ingenieros lamentaron no poder tomar fotografías de lo que veían delante por medio de las explosiones de magnesio de lo que no iban provistos. Se conformaron pues con seguir explorando el fondo del antro y no sin grande asombro de su parte pudieron a su vez descubrir otros objetos de los que no pertenecen al hombre en estado salvaje.

Entre otros despojos humanos, se hallaron otras cosas consistentes en ornamentos sacerdotales, otros religiosos, casi destruidos por la acción de tantísimos años, cristos de bronce, sandalias usadas por frailes en épocas remotas y otras muchas curiosidades, así como otros objetos de arte, como cuadros al óleo, candelabros, etcétera, etcétera, todo relacionado con asuntos de iglesias.

—¡Compañeros! —exclamó Ramón Gil Samaniego, saliéndole el entusiasmo hasta por los ojos—. El descubrimiento que hemos hecho es de suma importancia para la Historia antigua de nuestra patria! A no dudarlo, esta región estuvo habitada por indígenas de una raza desconocida, y los utensilios que aquí vemos, tales como los arcos, flechas, vasijas de barro y piedra labrada, así como los restos humanos perfectamente conservados sobre la roca fundida, nos lo dicen, sin lugar a la menor duda. Los restos de sacerdotes, porque no son otra cosa esos despojos humanos, indudablemente que son más recientes, y es probable que se trate de frailes españoles que hayan venido a estos apartados lugares a propagar la religión cristiana entre las tribus salvajes, fundando misiones en distintos lugares.

—Estoy contentísimo de este descubrimiento —dijo Blázquez—, y celebro mucho que el señor Gil Samaniego se haya expresado en los términos que acabamos de oírle. Opino al igual que él y también que los demás seguramente. Se ve pues con toda claridad, que, después de la terrible erupción de estos volcanes, esta vasta región estuvo habitada por alguna tribu semisalvaje, y que sacerdotes españoles estuvieron aquí para propagar la religión entre los moradores de estos lugares. Es seguro que establecieron misiones, siguiendo la costumbre de aquella época, pero... y antes de la erupción tan formidable, ¿estuvo esta región habitada?

—¡Misterio! ¡Misterio! —murmuraba Reyes Carrasco.

—No es un misterio, mi querido amigo —decía el ingeniero Blázquez—, y ya verá usted cuán pronto nos vamos a cerciorar, fundándonos en hechos positivos. Todo es cuestión de un poco de estudio y de observaciones. Veamos que hay por aquel rumbo...

La exploración continuó. Aparecieron nuevos objetos que continuamente llamaban la atención de los excursionistas: poco tiempo después, yendo de sorpresa en sorpresa, se pensó en salir a la superficie, no sin antes cargar cada quien con cuanto pudo. Ramón Gil Samaniego cargó con el esqueleto de un fraile, perfectamente conservado. Carrasco cargó con otro de indígena. Celaya y Vega se apoderaron de todas las flechas y arcos que pudieron. Salazar y Astorga llevaban unas vasijas de barro cocido y molcajete de piedra; y así, cada quien, sin excepción alguna tomamos alguna cosa qué llevar a la superficie. Siete horas habíamos empleado en exploraciones, y cuando salimos a la superficie del campo

de lava, ya era noche, pues habíamos entrado allí mucho después del medio día. Todos hacíamos comentarios sobre el descubrimiento de Ramón proponiéndonos volver al día siguiente con más brios y mejor preparados para proseguir en nuestras investigaciones.

Una vez en el campamento, cada quien colocó en el suelo los objetos que trajo consigo; luego nos dispusimos a tomar algún alimento.

Recuerdo que en toda la noche fue imposible conciliar el sueño. Cada quien se imaginaba que al día siguiente iba a ser el autor del importantísimos descubrimientos.

Celaya, Carrasco, Quirós, Vega, Parra y Salazar, afirmaban que de la segunda ida volverían ricos, pues suponían que podría haber también tesoros ocultos, monedas de oro y plata de diferentes formas y valores, de las que trajeron los frailes españoles.

Los ingenieros participaban del contento general, por lo que pasamos la noche sin cerrar un momento los ojos y sin cesar de oírse las voces de todos y de lo que se tenía pensado hacer al día siguiente.

Al amanecer, el esqueleto que sacó Ramón Gil Samaniego estaba desarmado con la osamenta diseminada por el suelo. Fue que Ramón paró el esqueleto contra el tronco de un palofierro, y como sopló un fuerte noroeste toda la noche, quizás al moverse alguna rama del árbol, derribó el esqueleto, desarmándose al caer.

En cuanto al que extrajo Reyes Carrasco, tuvo la precaución de extenderlo en el suelo y nada le sucedió.

La variedad de objetos traídos por Vega, Quirós, Parra, Salazar, Celaya y demás acompañantes, fue admirada en pleno día por la multitud. Las risas de todos se dejaron oír al contemplar los descarnados cráneos de los esqueletos y sus largas extremidades. Aquellos despojos parecían de gigantes. Gil Samaniego y los dos ingenieros determinaron armar el esqueleto lesionado y empacar los dos lo mejor posible para hacer donación de ellos al Museo de Historia Natural.

El resto de los objetos encontrados, también fueron sentenciados a sufrir la misma pena.

A la hora fijada o sea las seis de la mañana, el grupo expedicionario, a excepción de don Antonio López, quien prefirió quedarse cuidando el campamento, marchó más decidido que nunca, a arrancar los secretos a las cavernas existentes en aquellos mantos de lava.

Los excursionistas iban en esta vez muy bien preparados y resueltos a ir hasta el centro de la tierra si fuese preciso. Por lo que pudiera suceder, se llevó provisión de alimentos para dos días. Serían las ocho de la mañana cuando el grupo llegó a la boca de las cavernas para luego dar principio al descenso por aquel plano inclinado.

Media hora después, ya todos estábamos frente a los despojos humanos y demás objetos que habíamos encontrado la noche anterior.

Cada quien se dedicó entonces a la búsqueda de nuevas cosas que pudieran encontrarse, y eran de verse grupos de tres o cuatro excursionistas tomando distintos rumbos, y de oírse sus voces de sorpresa cada vez que lograban hallar algo que llamara la atención.

Algunos expedicionarios no se equivocaron en sus cálculos. Bastantes monedas de oro y plata de figuras bien extrañas fueron encontradas cerca de los despojos, y todo el mundo estuvo de acuerdo en cederlas al Museo de Historia.

Carrasco, Celaya y el Chileno se habían separado de los demás; formaban un grupo aparte y exploraban por otro rumbo.

Vega y Astorga, traspaleaban el guano, creyendo encontrar tesoros de los frailes. Salazar amontonaba los objetos hallados en un lugar indicado por los ingenieros, quienes los clasificaban, haciendo anotaciones en sus memorándum.

El grupo que formaban Carrasco, Celaya y el Chileno, como ya lo dijimos, se separó de los demás, explorando a lo lejos, distinguiéndose apenas las luces de las velas.

Sigamos a este grupo.

Celaya llamó la atención de sus compañeros, sobre una grieta vertical abierta en la lava, como de metro y medio de anchura y de una altura incalculable.

Aquella grieta, en efecto, era para llamar la atención. A ella se dirigieron los tres.

—¿Avanzamos? —preguntó el Chileno.

—Seguramente —contestó Reyes Carrasco, y poniéndose delante, invitó a sus compañeros a seguirlo. Al entrar a la grieta, se les unió Manuel Parra, que los buscaba para explorar con ellos.

Los cuatro se internaron por aquella abertura y caminaron más de cincuenta metros entre las paredes de vidrio negro, enteramente paralelas, con el piso en declive y una inclinación aproximada de 20° de la horizontal. El piso era duro, pues la lava estaba muy compacta.

Con gran asombro de los cuatro, aquellas paralelas paredes hasta cincuenta metros, o poco más, se abrieron en ángulo recto casi, dando campo a otra espaciosa caverna, quizás más grande que las anteriores.

El piso de lava terminó al entrar a esta tercera cueva y apareció otro arenoso, como médano, o quizás arena volcánica.

Repentinamente, y cuando sólo habían caminado unos cuantos metros por aquel lecho de arena, el Chileno Jáquez dio un grito de sorpresa...

—¡Miren allí! —dijo, señalando con el índice un punto cercano.

Se acercaron sus acompañantes al lugar y vieron que un animal gigantesco, saliendo de entre la capa de arena muy ligeramente, y completamente carbonizado, estaba allí. Casi todo aquel esqueleto estaba reducido a cenizas. Celaya descubrió otro animal semejante, algo retirado del primero, cuyos despojos calcinados salían a duras penas del lecho medanoso.

Los cuatro calificaron este descubrimiento como muy importante, resolviendo regresar y rendir parte de él al resto de la expedición, lo que hicieron en seguida.

Los ingenieros Blázquez y Larios seguidos de la comitiva y guiados ahora por el gigantesco Reyes Carrasco, se encaminaron a la tercera gruta o caverna recién descubierta.

Las luces reflejaban en el interior de los abovedados, al igual que en la cueva anterior, siendo la nueva de mucho mayores dimensiones.

El piso marcó solamente 130 metros sobre el nivel del mar.

—¡Si seguimos con este descenso, muy pronto estaremos bajo el nivel del mar —dijo el Chileno.

—¡El piso de lava terminó ya! —exclamó Salazar, y ahora pisamos arenas finísimas, iguales a las del médano exterior!

—En efecto —añadió el ingeniero Larios—, esto no es otra cosa sino médano igual al de fuera. Sigamos investigando...

—¡Esto es sorprendente, maravilloso! —interrumpió Blázquez—. Yo conozco las cavernas de Cacahuamilpa, entre México y Guerrero, y, aunque aquello es digno de admirarse, lo que tenemos a la vista es superior. Aquellas cavernas se deben a otras formaciones y no son de estas dimensiones.

—¿Y cómo es —preguntó Rafaelito—, que al correr esta formidable capa de lava, dejó estas oquedades, estos enormes abovedamientos y concavidades, y el cuerpo ónix no se unió debido a la...?

—Ya hablaré a ustedes de eso —dijo interrumpiendo el ingeniero Blázquez.

—¡Sí! —exclamó Reyes Carrasco—. Usted como geólogo tiene la palabra.

Entretanto, un grupo de excursionistas se ocupó de extraer el esqueleto casi convertido en cenizas del primer animal gigantesco que descubrió el Chileno. Los huesos calcinados al ser tocados se convertían en polvo.

En un hueco a manera de tajo o zanja sobre el lecho medanoso, descansaba el inanimado esqueleto de aquel coloso del desierto.

Al igual que este esqueleto, el otro también fue exhumado en lo posible.

Según la opinión de los profesionistas Blázquez y Larios ambos esqueletos eran de megaterios o mastodontes, especie de elefantes colosales que en épocas muy remotas abundaban a no dudarlo en estas áridas regiones.

—Lo que yo no me explico —decía Arturo Quirós, es cómo la masa de lava no cubrió de una manera completa toda la región del subsuelo y dejó estas tres enormes cavernas.

A Vega y a Celaya también les parecía aquello inexplicable.

El ingeniero geólogo Luis Blázquez, comprendiendo lo que todos anhelábamos se apresuró a darnos algunas ligeras explicaciones.

—¡Acá, todos! —dijo, llamándonos a su lado.

Cuando le rodeamos, nos invitó a tomar asiento en el lecho arenoso.

—¿Quién de ustedes conoce y ha visto funcionar una fundición de metales? —preguntó.

—¡Yo! —contestó prontamente Rafael—. He visto algunos hornos de fundición de metales en Estados Unidos.

—¡Bien! Aceptado que usted los conozca por haberlos visto algunas veces. Una vez separadas las pastas de valores que contenían las rocas fundidas, el resto, o sea la escoria, “grasa”, como la llaman los obreros fundidores, es tirada en lugares más o menos alejados de los hornos, ¿verdad?

—Precisamente —contestó Regino Celaya—. Y a propósito de esto, yo conozco en este Distrito cuatro o cinco de esos “graseros”. Uno de ellos está cerca de El Bánori.

—Yo conozco tres “graseros” más que se hallan en las cercanías de El Plomo, —dijo el Chileno.

—Perfectamente. Ahora, diga usted, señor Jáquez, ¿ha tenido alguna vez en sus manos algún pedazo de esa “grasa”?

—¡Oh, muchas veces!

—¿Y qué particularidades le ha notado usted? ¿La “grasa” que ha tenido en sus manos, ha sido compacta y no le ha notado porosidades notables?

—La “grasa” que yo he visto —dijo el Chileno—, ha mostrado porosidades en todos sus contornos y en su interior, porque la he quebrado para verla y examinarla bien. Estas concavidades o porosidades han sido de figuras y tamaños muy diferentes.

—Ahora —dijo Blázquez—, el señor Vega, que ha visto, según nos acaba de decir, cómo funcionan los hornos de fundición de minerales en Estados Unidos, nos va a indicar qué cosas emplean los norteamericanos en las revolturas o mezclas que hacen a los minerales, para provocar la pronta y más perfecta fusión de las rocas.

—Poco, muy poco es lo que he visto de eso —contestó Vega—; pero sí puedo decir que a los minerales de plata, plomo, oro, cobre, etcétera, etcétera, se les extendía en copos de regular espesor sobreponiendo otros copos de cal cruda, cuarzo algunas veces, tepustetes o minerales de hierro, sendrados o escorias, así como también se intercalaban algunas capas de carbón, ya mineral o vegetal. Algunas veces, la porción de carbón era reducida al mínimo, debido a que, según el decir de los encargados de los hornos, los metales por fundir, contenían grandes porcentajes de azufre.

—¡Eso! ¡Eso es! —exclamó el ingeniero Blázquez—. El azufre abunda en grandes cantidades en el globo terrestre y facilita, al inflamarse, la fusión de las rocas. Estos pues, ya contienen sus propios “fundentes”, en gran parte de los casos y de bien poca cantidad de carbón se hace uso para provocar una buena fusión de las rocas. Pues bien: ahora imagínense ustedes el globo que habitamos, cuando toda su superficie exterior e interior ¡era sólo un cuerpo ígneo! ¿Qué sería aquello? Con el transcurso de muchos centenares de miles de años, el enfriamiento originó las primeras capas de materias fundidas, y después de esas capas vinieron otras, y otras muchas, hasta llegar a las que pisamos, pero nuestro globo tiene aún en su interior fuego, mucho fuego, debido a las substancias minerales en ignición por la acción inflamatoria de las grandes cantidades del azufre y otros productos naturales.

—¡Caramba! —interrumpió Reyes Carrasco—, según esas teorías ¿estaremos acaso parados sobre el cascarón de un huevo?

—¡Sí, señor Carrasco! Acepto esa comparación que viene al caso de que hablamos, pero de un huevo cuyas yemas son lavas hirviéntes! Las materias en ignición muchas veces provocan la fusión de las capas inmediatas debido, como ya lo dije, a las grandes porciones de substancias azufrosas, de cal, de cuarzos, de minerales de hierro, etcétera, y que no son otra cosa que grandes ayudas para la gran fundición, a que ya se ha referido nuestro amigo Vega. Imagínense pues ustedes a nuestro globo convertido en una gran fundición, de esas que ha visto Rafael, y que ha salido de la escoria o grasa en esas fundiciones; en la enorme de que hablamos se llama volcanes, y lo que llamamos grasa aquí se llama lava, exactamente, así como lo oyen ustedes, pero... ¡Qué fundición tan grande! ¡Sólo la pared lateral describe una circunferencia de cuarenta millones de metros exteriormente. ¡Esto es asombroso!

—¿Y cuál es la medida en metros de la circunferencia máxima interior de esas paredes? —interrogó Carrasco.

—¡Amigo mío! —contestó el ingeniero Blázquez—, me pone usted en un duro aprieto y no podré contestar categóricamente a su pregunta. El cálculo acerca de la medida de

esa circunferencia interior, sería meramente imaginativo, como lo es cuanto se basa en meras suposiciones. Bástenos saber, y nos conformaremos con ello por ahora, que la tal circunferencia debe ser de colosales dimensiones, pero incalculables aún.

—¿Y las capas o mantos de lava como el que estamos explorando, ¿por qué presentan tantas porosidades? —interrogó Pepe Salazar.

—Indudablemente eso se debe al aire atmosférico —contestó el ingeniero— que se encierra en tales porosidades, ocupando como todo cuerpo un lugar que en este caso debería de llenar la roca fundida. En las pequeñas fundiciones, la “grasa” presenta tales porosidades en pequeño también; pero en los inmensos campos de lava o “grasa” salidos de la enorme fundición de que hemos hablado, esas porosidades toman tamaños inauditos, colosales, debido al aire caliente encerrado en ellos y esto ha originado, a mi juicio, la formación de estas cavernas que por ahora han llenado a ustedes de admiración. En algunas partes, el aire caliente, se ha dilatado, al grado de partir las capas de lava, formándose a su vez esas profundas grietas que surcan la superficie en todas direcciones. No se puede explicar de otra manera...

—¿Luego, existen bajo este manto negro otras cavernas? —interrogó Domingo Quirós.

—¡Muchas! muchísimas, con toda seguridad; algunas, como las tres que hemos visitado, presentan aberturas por donde puede entrarse a ellas, pero estoy seguro de que por aquí mismo hay otras totalmente cerradas. Ya he ofrecido a ustedes darles algunas explicaciones sobre estos fenómenos terrestres, y no crean que he olvidado mi ofrecimiento. Lo haré más delante, cuando lo juzgue más oportuno, como ya les he dicho. Por ahora, seguiremos en nuestras investigaciones, para lo que creo estarán ustedes dispuestos, ¿verdad?

—Ordene usted, ingeniero! —exclamó Manuel Parra, lleno de entusiasmo.

—Trataremos de extraer algo de los restos de ese mastodonte —dijo Blázquez, señalando el esqueleto colosal hallado por el Chileno.

La operación era laboriosa, y todos nos pusimos en obra. Entre Manuel Parra y Reyes Carrasco, arrancaron como pudieron, los dos enormes colmillos de la mandíbula superior de aquel esqueleto colosal.

Aunque algo dañados, no lo estaban lo bastante para que se destruyeran al contacto de las manos. Se trajeron además algunos otros huesos, los que fueron cuidadosamente depositados por el Ingeniero en el piso arenoso.

El megaterio hallado por Celaya también fue exhumado en parte y seleccionados algunos huesos de los menos expuestos a destruirse. Los colmillos del otro esqueleto, estaban en peores condiciones; no obstante, también fueron recogidos por el ingeniero.

Se tomaron además, al paso por la segunda caverna, otra infinidad de objetos que juzgaban los excursionistas de importancia.

—Abrigo la creencia —dijo el ingeniero Larios—, de que esta región estuvo habitada por el hombre antes de la erupción de estos volcanes, y busco datos para fundar mi sospecha.

—Yo soy de igual opinión —añadió Blázquez—, y como usted, compañero, también hago las indagaciones del caso.

—¡Pues yo no sólo lo sospecho sino que lo aseguro! —gritó admirado Reyes Carrasco, mostrando un cráneo humano en cada mano, los que exhumó de un lugar de aquel fondo arenoso.

Aquellos cráneos eran de un tamaño fuera de lo común. Parecían pertenecer a una raza de gigantes.

—¿Quién sería el Adán de nuestro continente? —preguntó Blázquez, repitiendo la interrogación de un sabio historiador. No existe ya la menor duda, la lava ha terminado, y el nuevo nivel lo determina el lecho arenoso. No sería extraño que también hallemos restos de vegetales. Nuestro último descubrimiento es de la mayor importancia para la Historia Patria. Antes de la erupción de estos volcanes la región estuvo habitada como lo demuestra la existencia de restos humanos bajo el manto de lavas y sepultados en estas arenas.

—¿No serán éstos los gigantes, los quínames de que nos habla la Historia? —preguntaba Astorga.

—Nadie puede asegurarlo —contestó Larios—, pero sí sabemos ya con certeza que esta zona estuvo poblada en épocas remotísimas, antes de estas formidables erupciones, por hombres de una talla gigantesca.

Mientras tanto, Carrasco, en vista de su descubrimiento, acompañado en esta vez por el Chileno, y Manuel Parra, se ocupaba de remover la arena y exhumar más restos.

Se logró la exhumación de un esqueleto completo, el que estaba sepultado a cinco pies bajo la arena. Los fémures, los húmeros, las tibias y demás huesos de aquel esqueleto eran de un tamaño fuera de lo común.

No faltó quien afirmara que aquel esqueleto no era de un ser humano; pero examinando detenidamente se vio que sí lo era.

No había duda. Esta región estuvo habitada por gigantes. ¡Los quínames, los quínames! —decía Astorga saltando de gozo.

Aquel esqueleto medía exactamente tres metros de largo. Además, este no era caso aislado pues los dos cráneos hallados primeramente por Carrasco, alejaban toda idea de casos de aislamiento.

A partir del descubrimiento, los ingenieros dedujeron que esta vasta región del Distrito de Altar estuvo poblada hace millones de años por animales gigantescos. Que la vegetación era exuberante y finalmente, que también estuvo poblada por el hombre antes, mucho antes de la erupción de los volcanes. Que muchos siglos después de la erupción razas de salvajes volvieron a poblarla y que, posteriormente, misioneros españoles llegaron tratando de propagar la religión cristiana entre los bárbaros.

Después, como lo veremos, los ingenieros no se equivocaron en sus apreciaciones.

Los excursionistas, fuertemente impresionados por lo que vieron, así como por lo que sólo suponían, salieron luego de muchas horas a la superficie cargando con todo cuanto se pudo.

Las clasificaciones de los nuevos objetos hallados quedaron a cargo de los ingenieros, a quienes considerábamos los guías científicos de la expedición.

Ningún objeto se escapó de sufrir el más detenido examen. Ni una sola anotación dejó de hacerse en los memorándum. Toda la expedición estaba en extremo entusiasmada por todo lo que había visto y palpado.

¡Cuántos de nosotros soñábamos con tesoros ocultos en aquellas cuevas! ¡Qué entusiasmo aquél! ¡Todos, sin excepción alguna, estábamos asombrados hasta lo indecible! Lo que habíamos visto no era para otra cosa.

Los chistes estaban en su apogeo. Como nos hallábamos ya cansados y habíamos llevado provisiones suficientes para pasar dos días o más, se dispuso pasar la noche sobre el manto negro, considerando que don Antonio López se había quedado cuidando el campamento...

Poco tiempo después, todos los expedicionarios dormíamos sobre una cama de vidrio negro.



Vista de escurrimientos de lava ásperos (a distancia intermedia entre los árboles palo verde con floración amarilla) desde la ladera de peñascos de lava oscura y ceniza. Esta vista fue pintada en la primavera de 1992 en lo que se conocía entonces como el campamento del cono de mayo (ahora conocido como campamento tecolote) con las puntas de la cima de El Pinacate en el fondo. Se muestran algunas de las zonas cubiertas de lava que supuestamente cruzó la expedición de Esquer después de que salieran de Cerro Colorado. La vista incluye otro fenómeno volcánico: ceniza lanzada a la estratosfera por la erupción del volcán de Pinatubo de Filipinas en 1991, la cual produjo un tenue halo luminoso alrededor del sol, visible en muchas partes del mundo. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico).

CAPÍTULO IV

UN PUEBLO SEPULTADO

A la mañana siguiente, el contento del grupo expedicionario no reconocía límites. Ramón Gil Samaniego era el más entusiasmado.

Todos, sin excepción alguna, manifestábamos deseos de entrarle muy duro al trabajo del día, siguiendo el plan trazado por los ingenieros, en busca de nuevos descubrimientos. Una hora más tarde, todo el mundo se encontraba en el interior de la tercera caverna, cuyo pavimento o piso, como ya lo hemos dicho era medanoso.

El fuerte calor de la hirviente lava, aunque el abovedado era de grande elevación, había trocado casi en cenizas cuantas materias orgánicas encontró a su paso, como si hubiera sido un inmenso horno.

Los excursionistas se propusieron hacer algunas excavaciones en el blando piso para saber lo que ocultaba puesto que Carrasco había encontrado huesos humanos el día anterior, además de los esqueletos de los mastodontes hallados por Regino Celaya y el Chileno Jáquez.

Con improvisadas barretas de madera dura de que nos proveíamos antes de entrar a la caverna, empezamos a practicar las primeras excavaciones. Todos guardábamos el mayor silencio dedicados con ahínco a aquel trabajo voluntario.

Los ingenieros también trabajaban en los lugares que ellos juzgaban de más importancia. Naturalmente que Carrasco, Jáquez y Manuel Parra, quienes formaban un grupo que trabajaba aparte, a la media hora de afán ya tenían un tajo en la arena como de un metro y medio de anchura, ocho de largo y dos de profundidad.

Resultaron ser los mejores trabajadores, según opinaron los ingenieros. Repentinamente, la barreta de madera de Manuel Parra tropezó con un cuerpo duro. El sonido que produjo aquel choque, llamó la atención de los presentes.

El caso no era para otra cosa. Los tres procedieron con el mayor cuidado a la excavación para saber de qué se trataba. No tardó el grupo en descubrir un enorme loza de piedra blanca, al parecer cantera, o bien alguna otra roca de formación sedimentaria.

Aquella loza media dos y medio metros de longitud por uno de anchura, con un espesor como de veinte centímetros. La roca estaba perfectamente labrada; los grabados en la superficie, hechos a cincel tal vez, presentaban algunos signos a manera de jeroglíficos. Tanto Carrasco como Parra y el Chileno Jáquez, se sorprendieron mucho con el hallazgo.

—¡Es dinero lo que hay aquí dentro! —decía Jáquez.

—¡Sí! —decía Manuel Parra—. ¡Aquí está el dinero!

—¡No! ¡No son valores! —decía Carrasco—. Yo soy de opinión que se trata de un cadáver!

Entre aquellos tres hombres de fuerzas hercúleas movieron la piedra colosal y vieron que no era sino la tapa de una gran caja, también de la misma roca labrada.

Aquella caja de roca no mostraba la más pequeña abertura en sus lados ni en el fondo, y guardaba un esqueleto, mejor dicho, un cadáver momificado.

La amarillenta y reseca piel estaba apergaminada y adherida a los huesos. Los cabellos de la cabeza y de la luenga barba eran enteramente canos. Se trataba pues de un anciano cuyo cadáver fue allí sepultado, y permaneció por muchos siglos, hasta que dio con él la tenacidad de Manuel Parra.

—¡Acá se ve la cabecera de otro cajón de piedra! —exclamó el Chileno, indicando un lugar sospechoso.

¡Ni duda que es otro ataúd! —dijo Carrasco—, examinaremos por allí!

Los tres se pusieron en obra. En otra caja semejante a la anterior y con otros jeroglíficos, apareció el cadáver de otro anciano, al parecer de igual edad que el exhumado anteriormente. Ambos cadáveres pertenecían a hombres blancos, y de una estatura muy fuera de la común en la época actual. Mientras tanto, los demás excursionistas habíamos hecho trabajos semejantes y descubierto cadáveres humanos bajo una capa más o menos gruesa de arena. Aquello era algo así como un cementerio.

Vega, Salazar, Celaya, Carrasco y Astorga, que trabajaban separadamente, descubrieron algunas paredes bajo la capa de arena, quizás los restos de alguna casa, donde encontraron en el interior de las ruinas algunos cadáveres de distinto tamaño y en diferentes posiciones.

Como tres o cuatro horas después de duro trabajo, en vista de los descubrimientos hechos hasta esos momentos, ambos ingenieros hicieron en sus libros las siguientes anotaciones.

“Que la zona que se explotaba estuvo habitada por el hombre mucho antes de la erupción de los volcanes.

“Que la raza de individuos que constituía aquella población era blanca y su estatura mucho mayor que la del hombre en la actualidad.

“Que la población que habitó esta gran zona fue destruida por completo y reducida a cenizas en su totalidad, como lo comprobaban los descubrimientos verificados hasta el día, debido a los formidables temblores de tierra y a la erupción de

innumerables volcanes, sin sobrevivir un solo individuo perteneciente a esa raza.

“Que tales hombres estaban bastante civilizados y que empleaban los jeroglíficos para entenderse, como se comprobaba con aquellos dos ataúdes de roca labrada con signos en sus tapas; que usaban telas para cubrirse, las que tejían extrayendo productos de las plantas.

“Antes de que esta raza de hombres blancos poblara estas regiones, todo el campo de esa zona estuvo invadido por el mar, como podían comprobarlo los inmensos médanos de arena bajo el manto de lava y fuera de él.

“Antes de que eso sucediera, el hoy Golfo de California no existía y la Baja California estaba unida a Sonora.

“Que debido a un cataclismo la tierra se abrió en anchísima y profunda grieta, precipitándose a llenarla las aguas del Océano Pacífico, con lo que se formó desde esas épocas remotas lo que ahora es el Golfo y la Península y que, al bajar el nivel de las aguas por acción de las fuertes conmociones terrestres, quedaron al descubierto esos inacabables médanos de arena que se ven en la actualidad”.

Algunas otras anotaciones hicieron los ingenieros en sus memorándums, todas de suma importancia; luego se dispuso que aquellas cajas de piedra y sus respectivas tapas con jeroglíficos, así como los cadáveres que contenían, no fueran tocados: que muy pronto se daría cuenta a la superioridad correspondiente de descubrimientos tan interesantes para que se nombrara una comisión competente de hombres de saber que estudiaran lo que ya habíamos visto, formulando las conclusiones del caso.

Con todo ello estuvo de acuerdo el grupo de excursionistas; no obstante, se dispuso que continuáramos en nuestras investigaciones buscando nuevas cosas. Y así lo hicimos dado el grande entusiasmo de que estábamos poseídos.

Rafaelito y Domingo Quirós, sin duda más impresionados que el resto de la comitiva, sostenían una conversación interesante.

Salazar, Celaya y Reyes Carrasco, así como el que esto escribe, escuchábamos aquel diálogo:

—Oye, Vega —decía Domingo—, no me cabe la menor duda de que esta región de Sonora estuvo habitada por una tribu salvaje después de la erupción de los volcanes y que también estuvieron por aquí algunos frailes españoles o portugueses, como ya lo hemos visto al practicar el reconocimiento en la segunda caverna. Los arcos, las flechas, así como los utensilios de barro cocido no indican otra cosa, al igual que los ornamentos sacerdotales y huesos humanos encontrados.

—Que esta región estuvo habitada en aquellas remotas edades, nadie lo duda —añadió

Rafael—, y los ingenieros son de la misma opinión; pero lo que no he podido explicarme aún es cómo fue que antes de que el salvaje habitara esta región, estos mismísimos sitios, antes de la formidable erupción, estuvieran poblados por hombres civilizados y de raza blanca.

En efecto, eso es de llamar la atención y lamento que no podamos averiguar más sobre este asunto. También hemos encontrado en esta cueva colosal, sepultados en la arena, restos de animales gigantescos, que han dado en llamar megaterios los ingenieros. Yo abrigaba la creencia de que esos paquidermos colosales vivieron en la tierra en una época muy anterior a la del hombre...

—Pero los hechos han venido a sacarte del error en que vivías. Ya has visto los huesos de esos animales confundidos con los restos humanos.

—¡Si, los he visto, pero eso no quiere decir que aquellos y éstos hayan existido en la misma época...

Aquel diálogo fue interrumpido por fuertes gritos que se escucharon en otro lugar de aquella caverna. El ingeniero Blázquez lanzaba aquellos gritos.

—¡No la maten! ¡No la maten! —decía alzando la voz.

El ingeniero Larios estaba a su lado. Era que Astorga y Manuel Parra se habían encontrado con un objeto al parecer de figura cónica, con una base circular como de medio metro de diámetro y otro tanto de altura. En todos sus contornos se observaban algo así como anillos negros y rojos.

Manuel Parra creyó que se trataba de alguna vasija de barro cocido y pintada a colores por los antiguos pobladores de la región.

Astorga fue a coger aquella figura que también, como Parra, había tomado por una vasija de barro y sufrió un gran chasco.

Aquel bulto no era otra cosa que una culebra de las llamadas ilamacoa o corúa, la que al ser tocada por la mano de Astorga, despertó de su letargo, extendiéndose como de tres metros y medio de longitud y como veinte centímetros de diámetro en la parte más gruesa.

Se trataba de un animal inofensivo que se alimentaba con insectos y roedores. Inútil es decir que Astorga fue a dar a diez metros de distancia.

Parra, cuando supo de qué se trataba empuñó un palo que le servía de barreta, disponiéndose a matar a la infeliz serpiente. Los ingenieros, que se hallaban cerca, se dieron cuenta de lo que intentaba hacer Manuel Parra, siendo entonces cuando se oyeron los fuertes gritos del ingeniero Blázquez.

—¡La mataremos, señor ingeniero! —decía Astorga.

—¡No! Es un animal inofensivo y ningún daño nos hace. ¡No la maten!

El ingeniero Larios decía lo mismo que su colega, y adelantándose unos pasos, cogió viva aquella culebra que condenó a enriquecer la colección del Museo Zoológico Nacional.

—¡Cuidado, señor ingeniero! —dijo asustado aún Astorga. ¡Esa culebra puede morderlo!

—¡No le temo! —dijo Larios.

Y como ya queda dicho, cogió el reptil sin el menor temor, destacando las espirales que formaba la serpiente que con sus anillos apretaba más y más los brazos del ingeniero Larios.

Detallar, describir cosa por cosa todo lo que se encontró en esta caverna es una tarea poco menos que imposible. Los ingenieros, y con ellos todos los expedicionarios, considerando en lo que vieron, estuvieron de acuerdo en que allí, bajo una inmensa bóveda de lava y a pocos metros de profundidad en aquel médano de arenas, existía un pueblo entero sepultado.

Entonces, el ingeniero Blázquez ordenó el regreso a la superficie y que cada quien cargara con cuanto pudiera llevarse a cuestas.

Infinidad de objetos fueron extraídos de aquella tercera caverna, para ser donados al Museo Nacional. Por tres días continuaron aquellas excavaciones. Al quedar al descubierto, siempre bajo el lecho medanoso de la tercera caverna, algo así como paredes, o mejor dicho, muros derruidos que al parecer eran de casas muy semejantes a las construidas por el hombre en la época actual, los ingenieros disiparon toda duda.

¿Qué razas, pues, de hombres blancos, bastante civilizados y de talla gigantesca, habitaron estas regiones en las edades pretéritas?

¿Su existencia sería prediluviana?

¿Vendrían del Asia, cuando el antiguo continente estuvo quizá unido al nuestro? ¿Y por qué raza blanca?

¿Y en tal caso, si ambos continentes formaban uno solo en las edades pretéritas, cuántos pueblos habría sepultado bajo las aguas del Océano Pacífico?

¿Quién es el que puede asegurar que los archipiélagos del Japón, Filipinas y las Islas del Hawaii, no sean sino el coronamiento de altísimas montañas, que debido a inauditas conmociones terrestres, a tremendos cataclismos, se hundieran en gran parte, y que esas inmensas porciones de tierra aparezcan hoy cubiertas por las aguas del más grande de los Océanos?

Ambos ingenieros meditaban en voz alta sobre todo aquello mientras guardábamos silencio. Había tantas cosas qué preguntar que hubiéramos sido una molestia para los dos profesionistas.



Vista a través del cráter Elegante en el lado centro-este del complejo volcánico El Pinacate. Este cráter, no descrito específicamente por Esquer, es muy similar al de Sykes, en el lado noroeste, el cual pareciera ser al que el grupo de Esquer desciende. El Elegante mide aproximadamente 1.4 km de ancho y tiene 250 metros de profundidad y el de Sykes es de aproximadamente 1 km de ancho y tiene 210 metros de profundidad. Diferentes fuentes ofrecen valores que difieren ligeramente. En esta vista, una erupción imaginaria está ilustrada en la cima de El Pinacate. Una erupción es uno de los pocos fenómenos volcánicos que no reporta haber visto el grupo de Esquer, pero está basado en la tradición oral del pueblo de O'odham, que cuenta que su dios, el hermano mayor I'itoi, creó una vez un enorme fuego en la cima de El Pinacate. Siguiendo el espíritu de Esquer, la pintura fue hecha durante un viaje de campo de la Universidad de Arizona, donde hicimos un inmenso esfuerzo (sin éxito) de convencer a los estudiantes de que, mientras caminaban en dirección opuesta, no se habían dado cuenta de la erupción. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 1988).

CAPÍTULO V

UN ENCUENTRO INESPERADO

Poseída de un contento, de un entusiasmo sin límites, la expedición abandonó aquel campo de sorpresas, válgame esta designación, tomando todos por el camino del maipaizal, una angosta pero interminable vereda que toma a partir del campo que abandonamos el rumbo del noroeste.

El malpaizal no es otra cosa sino un campo de muchas leguas de extensión cubierto totalmente de lavas y arenas volcánicas. El angosto sendero que tomamos pasa por aquel inmenso campo, atravesándolo en casi toda su extensión de sureste a noroeste; las lavas, aunque filosas y sumamente quebradas, se hallan semicubiertas por las arenas volcánicas, lo que remarcada la angosta vereda que tomamos.

Por ambos lados del estrecho camino, se ven sahuaros o cactus gigantes, ocotillos o melenas de judío o cabelleras del diablo, como atinadamente les llamó el ingeniero Blázquez a estas plantas semileñosas que no son sino una variedad del torote pitillo, muy conocido en el sur del Estado de Sonora. También notamos la abundancia de la planta denominada gobernadora o hediondilla o la galleta forrajera, viéndose también algunos ejemplares de choya de distintas variedades.

A las diez de la mañana, el grupo de excursionistas hizo alto en un punto denominado El Galletal para dar descanso a las cabalgaduras y bestias de carga y para tomar alimentos.

Los ingenieros lamentaron no poder visitar unos enormes cráteres que se divisaban a la izquierda del camino que llevábamos, pero se propusieron hacerlo de regreso como veremos en su oportunidad.

Cuando llegamos a El Galletal, aproximadamente situado a la mitad entre el Cerro Colorado y la Tinaja de los Pápagos, no dejó de llamarnos la atención ver atados a la vera del camino unos ocho caballos ensillados.

—Alguien, quizá otra expedición se nos ha anticipado, dijo Domingo Quirós.

—Veremos quiénes son pues tengo noticias de que estos sitios son muy frecuentados por americanos y por cazadores furtivos,—dijo Salazar.

Nos acercamos todos y Carrasco dio un grito de sorpresa. No se trataba de gente desconocida, sino de viejos sonoytenses que iban en nuestra búsqueda.

Los que por allí hallamos luego, eran: don Isauro Quirós, don Miguel Ramírez, don Francisco Bedoya, don Ramón Parra, don Arcadio Buelna, don José Salazar padre, que acababa de llegar de visita a Magdalena, don Ramón Sotelo y el terrible Nacho Alegría.

—¡Ustedes han querido comerse solos el mandado! —dijo don Ramón Parra—. No se dignaron invitarnos a esta expedición que hemos juzgado de gran interés. No pudimos resistir al deseo de explorar también estos lugares y hemos formado otro grupo para darles alcance a la brevedad posible, lo que hemos conseguido al fin.

—¿Van ustedes a expedicionar en grupos por separado? —interrogó Carrasco.

—¡No! Hemos venido a incorporarnos a ustedes y, considerando que pasarían por este lugar, aquí hemos determinado esperarlos. En fin... a estamos reunidos...

—¡Vivan los nuevos compañeros! —gritó Rafaelito.

—¡Vivan! —contestamos todos.

Por demás está decir que el contento se hizo más manifiesto con la llegada de aquel refuerzo.

El pequeño alto se hizo grande con este motivo y más cuando cada quien comunicó a los nuevos compañeros de expedición lo que se había encontrado en las cavernas visitadas.

Don José Salazar padre, era todo oídos. Cada afirmación, cada explicación de los ingenieros, llamaba fuertemente su atención. Puede decirse que no perdió una sola palabra de aquellas pláticas que escuchaba con sumo interés.

—¿Ha visitado usted estos lugares en otras ocasiones, señor Salazar? —interrogó el ingeniero Blázquez.

—¡Sí! Por tres veces los he visitado, y aunque no he encontrado algo todavía que llame la atención, no desisto de mi empeño. He oído hablar mucho sobre antiguas misiones, y muy principalmente sobre la de Los Cuatro Evangelistas, ubicada en estos sitios, de la que he logrado obtener datos que estimo verídicos. Van tres veces que he venido expresamente en busca de esta misión que creo existe, como ya dije, y si no la he encontrado ha sido por las dificultades con que he tropezado por falta de agua en este desierto y por carecer de buenos guías; y por último, la desorientación como consecuencia natural por no conocer el terreno que se pisa; pero no desisto, y creo firmemente que tal misión existe sepultada entre los médanos de arena.

—¡Sí! ¡Sí, señor Salazar! —replicó el ingeniero Blázquez—, sí existe, y pruebas de ello hemos tenido nosotros al encontrarnos en una caverna con ornamentos sacerdotales y despojos humanos pertenecientes a frailes españoles misioneros que sin duda alguna

vinieron a estos lugares a propagar la religión entre las tribus salvajes. Hace usted muy bien, al sostener la existencia de esa misión y creo en esta vez daremos con ella.

Por su parte, el ingeniero Blázquez lejos de desmoralizar a don José en sus proyectos lo animaba más y más, por lo que nuestro buen amigo, el señor Salazar, estaba contentísimo. ¡Ahora sí que no se apartaría de aquel ingeniero!

¡El sí, que, como hombre de mucho conocimiento y en posesión de aparatos científicos, podría hallarlo todo!

Pero don José Salazar padre, también se equivocaba esta vez.

Sin dejar de creer en la existencia de la misión de Los Cuatro Evangelistas, que según los mapas está oculta en las montañas de El Pinacate, hay ocasiones en que los mejores proyectos, las mejores teorías más o menos fundadas, fracasan lastimosamente ante los insuperables obstáculos que opone la naturaleza.

Salazar padre sostenía que la citada misión se hallaba a corta distancia de dos cerritos casi iguales cuyas cimas salían a duras penas de los gruesos médanos de arena. Estos cerritos estaban aislados de otras cordilleras y se distinguían en el horizonte, desde donde nos hallábamos, en dirección noroeste. Todo el cuerpo expedicionario resolvió acompañar a don José en su gira por aquellos lugares, después de visitar lo más imponente de la región volcánica.

Terminó de momento la conversación pues Rafaelito, que al parecer se había apropiado de la cocina en unión de don Miguel Ramírez, nos llamaba a comer, anunciándonos que "la mesa" ya estaba servida.

Acudimos con gusto, pues casi estábamos en blanco debido al ligero desayuno que por la mañana habíamos tomado.

El sabroso café, la superficialmente reseca pero interiormente jugosa panela de apoyos, la mantequilla, la carne de berrendo, todo eso bien arreglado, fue puesto a la vista por Rafaelito para excitar el apetito del grupo.

Cuando más conformes estábamos engullendo aquellos manjares tan ricamente presentados por Rafael, una partida de ganado vacuno salvaje y bravo, pasó como un ventarrón por sobre el banquete.

El ganado del desierto es sumamente bravo a veces y de esta cualidad era el que nos acometió. Un gran susto se apoderó de todos los presentes con aquella acometida, con aquel ataque tan repentino; Carrasco ya se figuraba mirarse ensartado en los cuernos de alguno de aquellos bichos.

Todos brincamos como pudimos a los árboles más cercanos, y sólo los cocineros y el Chileno quedaron de pie firme.

Pude ver que un toro colorado huaco o aguilillo la emprendió contra Rafaelito mientras que por otro lado una enorme vaca negra con ojos de fuego pretendía acabar con Miguel Ramírez.

Otro toro puntal, barroso amarillo, le hacía la corte al Chileno.

Don Miguel Ramírez daba vueltas y más vueltas a un tronco seco de mezquite, para escaparse de las acometidas de la maldita vaca prieta que pretendía acabar con él.

Sin duda que el ganado aquel era de lo muy bravo, puesto que no quería abandonar el campo.

Rafaelito, a guisa de torero, sacó algunas vueltas al toro aguilillo, pero al hacer una de esas piruetas, todos le vimos por los aires como lanzado con una catapulta. El toro había introducido uno de sus cuernos por entre ambos muslos de Rafael y dando una fuerte y repentina sacudida de cabeza, lanzó a Rafaelito a quince metros de distancia.

Aquél no fue más que un gran susto para Rafael, porque resultó ileso de la cometida.

La vaca negra no abandonaba a don Miguel Ramírez, y el toro aguilillo se encargaba de entretener al Chileno.

—¡No te lo comas, toro! —gritaba Manuel Parra desde las ramas de un palo verde.

Los bravos animales se cansaron al fin pero ninguno abandonó el campo.

Por fin, don Ramón Parra, que llevaba unas chaparreras de cuero de res sin curtir, y por tanto muy sonadoras al doblarse, se las quitó y las arrojó sobre un novillo capirote que tenía casi debajo. ¡Santo remedio! Aquellas chaparreras produjeron un gran ruido al chocar sobre el lomo del novillo que espantado corrió estrepitosamente.

El susto contaminó al parecer a los demás animales salvajes, porque todos, dando tremendos saltos y reparos, abandonaron el campo en precipitada fuga.

El Chileno estaba verde y Rafaelito de color amarillo.

Los dos ingenieros y Ramón Gil Samaniego, estoy seguro que no daban ese susto por todo el oro del mundo.

—¡Qué cosa más fácil para espantar el ganado bravo! —dijo Blázquez.

—En efecto —dijo don Isauro Quirós—, y de ahí el adagio que dice que sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—¡Abajo todos! dijo el Chileno, o ¿es que todavía tienen miedo?

—¿Y tú nos dices eso? —interrogó a su vez Pepe Salazar—, ¿acaso desapareció ya de tu cara el verde amarillo?

Aquella corrida de toros en medio del desierto, no fue ni siquiera medianamente buena, no por la mala calidad del ganado de lidia, sino por la pésima condición de los toreros.

La comida, interrumpida por la inesperada acometida de aquel ganado bravo, se volvió a reanudar, no sin que algunos expedicionarios tuvieran que preparar nuevos platillos.

Dos horas después, la expedición debidamente reforzada con nuevos miembros se puso en marcha caminando siempre al noroeste. Al oscurecer llegamos a un arroyo cuyo lecho está formado por arenas y grandes pedruscos negros.

Habíamos caminado ese día unas diez leguas y el manto de lava apenas principiaba. Estábamos ya en el arroyo donde se encuentra la Tinaja de los Pápagos, un hueco o vaso grande formado en la lava del lecho del arroyo, de varios metros de profundidad.

La tinaja estaba llena de agua.

Como ya lo dijimos, nos encontrábamos apenas al principio del manto no obstante la distancia recorrida.

¿Hasta dónde, pues, la superficie del terreno estaba cubierta con aquella capa de azabache?

Al norte y al oeste, se divisan desde aquel punto los grandes volcanes. Su elevación es insignificante si se compara con sus basamentos formidables y con la circunferencia y magnitud de sus cráteres espantosos, totalmente ennegrecidos.

El arroyo donde nos hallábamos, no obstante ser peñascoso, tiene arboleda más o menos grande por ambas márgenes un poco más abajo del punto donde está la tinaja.

Allí se acordó pasar la noche y permanecer en el lugar unos cuatro o cinco días en busca de nuevas sensaciones.

Pudimos ver al día siguiente por la mañana que no había sólo una tinaja, sino varias. Una de ellas, la más grande quizás, y también la más profunda, es la que lleva el nombre de Tinaja de los Pápagos.

Esta tinaja o tanque no es otra cosa que una profunda oquedad practicada por la naturaleza en la lava; se llena con el agua de crecientes y permanece así durante muchos meses. Ningún animal bebe agua allí, pues lo impide lo resbaladizo de aquel piso negro.

Las otras tinajas o tanques de que hemos hablado, no se presentan tan inaccesibles y son frecuentadas por animales que muy pronto consumen el agua que llegan a contener.

Parados en el borde de aquel arroyo, mejor dicho, de aquella abertura practicada en la roca fundida, el señor Salazar padre y el que esto escribe divisamos a un grupo de nuestros compañeros.

Nos dirigimos al grupo formado por los dos ingenieros, Gil Samaniego, Carrasco, Jáquez, Celaya y don Isauro Quirós.

Allá, a lo lejos, con rumbo al norte, se distinguía otro grupo numeroso formado por el resto de los excursionistas.

—¡Qué espectáculo más imponente! —exclamó el ingeniero Larios divisando a cierta distancia el cráter de un enorme volcán.

—Señores! ¡Vamos —dijo el ingeniero Blázquez—, y lleguemos hasta la cumbre de ese coloso! Y si es posible bajemos hasta su fondo. Nuestros compañeros van ya adelante. ¡En marcha, señores!

El ingeniero, uniendo la acción a la palabra, tomó el rumbo indicado.

El gigantesco volcán se distinguía a cuatro kilómetros de distancia y aunque íbamos a pie, muy pronto arribamos a la falda por el lado sur del volcán.

Esta falda se presentaba enteramente cubierta de arenas volcánicas y teníamos qué ascender por aquel plano inclinado como de 70° de la horizontal, y flojo en extremo al pisarlo. En ocasiones nuestros cuerpos se hundían hasta las rodillas en la arena de aquel volcán, pues son incontables los tuceros que allí existen.

El ascenso, pues, se presentó difícil pero nuestra obstinación venció los obstáculos. Mi demeritada pluma no puede describir la sensación que experimentamos cuando llegamos a la cima.

El borde donde quedamos parados sólo medía tres metros de anchura. Teníamos a nuestra espalda una falda arenosa muy inclinada y por nuestro frente, a dos pasos, un abismo de más de medio kilómetro de profundidad.

El cráter de este coloso, de una circunferencia perfecta, como trazada con un compás, tiene un diámetro de más de 1500 metros, según cálculos de los ingenieros, y en cuanto a su profundidad, me quedo corto al decir que es de medio kilómetro.

¡Allí sí que se experimenta la sensación, denominada “atracción del abismo”! Cualquier pisada en falso resulta peligrosísima.

¡Imaginen los lectores aquel inmenso hueco cilíndrico, con paredes de vidrio enteramente a plomo.

¡De ser verdad la existencia del infierno de que nos habla el padre Ripalda, este volcán no puede menos que ser una de las guardias de Satanás!

Allá, en el fondo de aquelantro, se ven los cactus gigantes llamados sahuaros del tamaño de una diminuta tachuela.

A no dudarlo, hay tierra en aquel fondo, como lo denuncia la vegetación que se ve desde la cima del cráter.

Imposible decir qué clase de plantas habrá en aquel fondo negro pues sólo se distingue un verde follaje.

Caminamos como seis kilómetros por aquella muralla de lavas, sin que ésta aumentara el estrecho paso, y como se trataba de una circunferencia perfecta, volvimos después de dos horas al punto de partida.

El espesor del muro fundido es igual en todas partes y las paredes del cráter por todos lados son verticales; por detrás, las faldas arenosas presentan igual inclinación por los cuatro rumbos.

Aquel enorme volcán simulaba la forma de un colosal cono truncado, ¿qué digo? de un gigantesco embudo invertido.

¡Qué naturaleza tan caprichosa!

¡Ya los lectores se imaginarán la cantidad de materias en ignición que salieron por aquella bocaza formidable!

¡Más de una legua de circunferencia!

¡El sistema nervioso es atacado allí por una extraña sensación!

Recuerdo que muchos excursionistas, al avanzar por aquel filo, nos cogimos de las manos o de tal o cual piedra saliente.

El ingeniero Blázquez tomó la palabra.

—¡Señores! —dijo—. En la planicie que se ve al sur de este volcán, vamos a instalar nuestro campamento por algunos días ya que necesitamos de algún tiempo que será empleado en estudios y observaciones. Tenemos cerca el agua de la Tinaja de los Pápagos y yo les prometo que haremos aquí importantísimos descubrimientos. ¿Están de acuerdo?

Contestamos afirmativamente ya que considerábamos a los dos ingenieros como los guías científicos de la expedición.

Bajamos a la planicie designada por el ingeniero y, como lo dispuso, abandonamos el campamento de la Tinaja de los Pápagos para establecerlo media legua más al norte, rumbo al volcán.

Cuatro horas después, ya debidamente instalados, tomábamos alimentos en el nuevo campamento. A Carrasco, Celaya, don Ramón Sotelo, Vega, Jáquez y Salazar se les notaba aún cierto temblor. Sus nervios experimentaban todavía la sensación de la “atracción del abismo”.

Cada quien se forjaba proyectos de lo que pensaba poner en práctica.

La tarde de ese día se dedicó a la caza, que fue abundante pues en la región abunda el antílope y el cimarrón o borrego salvaje.

Por una precaución de Rafaelito, se encendieron grandes hogueras dizque para ahuyentar a las fieras, las que allí no se conocen, a no ser que tenga como tales a los millares de asnos salvajes que pululan por aquel inmenso desierto.

Los burros salvajes en cantidades fabulosas, atronaban el espacio con sus rebuznos y ya nos tenían fastidiados.

A la mañana siguiente, armados todos y provistos de lo necesario, la emprendimos hacia la cima del cráter, a donde llegamos como una hora después, ya que la montaña no es alta y estaba ahora muy inmediata.

Notamos que Carrasco, Vega y Gil Samaniego cargaban con una carpa de lona y un hacha de mano. Nosotros creímos que iban a fijarla en la cumbre para tener sombra, y no hicimos aprecio.

Apenas llegamos, los ingenieros se entregaron a sus estudios y observaciones, dando ocupación en esto a un buen número de expedicionarios.

Don Isauro Quirós, don José Salazar padre, don Ramón Sotelo y don Ramón Parra, sentados en un verdadero banco de vidrio negro, platicaban y hacían comentarios sobre lo espantoso de aquella erupción y admiraban la obra de la naturaleza. De vez en cuando, don José Salazar se fijaba en el noroeste por donde alcanzaba a divisar dos puntos negros que sobresalían de los médanos de arena.

—¡Allí están los cerritos que busco! —se decía—. ¡Ya daré con ellos, no pueden ser otros!

A una distancia como de doscientos metros de aquella circunferencia enorme, por su borde, se distinguía un grupo de excursionistas y un bulto blanco enrollado. El grupo lo componían ahora Gil Samaniego, Carrasco, el Chileno, Vega y Regino Celaya.

El bulto blanco, no era otra cosa que la carpa que habían traído del campamento.

—¿Qué estarán haciendo aquellos destornillados? —interrogó don Ramón Sotelo—.
¿Vamos a verlos?

—Vamos, —contestaron los demás.

Cuando hubieron llegado, se dieron cuenta de que Gil Samaniego armaba ocho grandes varejones de ocotillo a manera de esqueleto de paraguas.

—¡Hum! —exclamó Quirós—, van a poner sombra.

—¡Seguramente! —dijo Parra.

La carpa de lona fue extendida por Carrasco sobre aquel armazón improvisado, asegurándola a los largos varejones de ocotillo con alambre que llevaban.

En efecto, a poco rato, quedó algo así como una figura de paraguas. Entonces, Gil Samaniego, dirigiéndose a los demás, se expresó así:

—¡Señores! Yo no soy hombre que retrocede ante obstáculo alguno cuando me propongo salir con una idea. He resuelto explorar el fondo de este cráter a como se pueda

y lo hago como tres y dos son cinco. He construido este gran paraguas valiéndome de una de nuestras carpas, lo que viene a resultarme aquí un excelente paracaídas para bajar al fondo. Es suficiente para dos o tres personas; con que... si alguno quiere acompañarme en el viajecito... A lo práctico.

—¡No! No hará usted eso! —dijo Quirós.

—¡Eso equivale a un suicidio! —dijo don Ramón Sotelo.

—¡No lo permitiremos! —dijo Parra.

—¡Pues vean si pueden impedirlo! —dijo Gil Samaniego, cogiendo el palo de aquel inmenso quitasol y dando un brinco al abismo.

Todos cerramos los ojos para no ver el funesto desenlace. Los ingenieros y demás excursionistas nos dimos también cuenta de aquel acto temerario y volvimos el rostro instintivamente. Luego de un instante, asomamos el rostro pasado para ver lo que había sucedido al compañero de aventuras. Lo distinguimos aún en el aire, descendiendo lentamente con el auxilio de aquel paraguas colosal.

En efecto, para Ramón resultó un magnífico paracaídas. Finalmente, después de un lento descenso, llegó al fondo, cayendo casi en el centro de aquella baja circunferencia.

Apenas se distinguía a Gil Samaniego como si tuviera media pulgada de altura. Con el auxilio de los gemelos, el ingeniero Larios notó que Gil Samaniego, nos convidaba a bajar; advertía que nada temíramos y que el paracaídas funcionaba a las mil maravillas; que no había corrientes de aire que pudieran voltear el aparato improvisado.

Entonces, la sensación de “atracción del abismo” nos abandonó por completo. El miedo que experimentamos fue a dar muy lejos de nosotros y resolvimos seguir al compañero de aventuras al fondo del volcán.

Corrimos todos a donde estaban las carpas, las derribamos cargando con todas ellas y con buena cantidad de provisiones, nos pusimos a construir diez paracaídas más, valiéndonos de los varejones de ocotillo que por aquel lugar abundan y de pedazos de alambre, iguales todos al construido por Gil Samaniego, en lo que Reyes O. Carrasco y Regino Celaya resultaron profesores.

La operación fue laboriosa pero se vencieron todos los obstáculos. Cuatro horas después, diez enormes paracaídas estaban debidamente listos para que pudiéramos descender al fondo del cráter. Carrasco y Celaya, apoderándose de uno de aquellos aparatos improvisados y poniéndolo vertical, se cogieron con ambas manos de la intersección de los varejones de ocotillo, dando un salto al abismo.

No hubo novedad alguna, los vimos descender lentamente hasta llegar a caer como a diez metros del lugar donde estaba Gil Samaniego. Ante aquel ejemplo, cogimos un

aparato de aquellos cada par de excursionistas y, dando el brinco de ordenanza, experimentamos la sensación del que “flota en el vacío”, y más cuando el descenso era tan lento debido a la gran porción de aire que oponía resistencia al descenso.

El paracaídas donde viajaban don Ramón Sotelo y don Ramón Parra dilató mucho para llegar al piso más bajo dado que dichos señores emplearon para construir su paracaídas la lona más grande, por lo que naturalmente el aire oponía más resistencia al descender el aparato.

Hubo un momento en que la gravedad se anuló, debido a la oposición del aire, que inflaba hasta casi reventar la carpa de lona. Calculamos que aquel aparato descendía con una lentitud igual a tres metros por minuto en ciertas partes. Por fin, todos nos estrechamos al llegar al fondo. Ninguno sufrió ni el más ligero arañazo.

El ingeniero Larios felicitó calurosamente a Gil Samaniego por haber sido el improvisador de aquellos aparatos.

—¡Nunca le faltan recursos a un hombre de talento! —decía Ramón Gil Samaniego—, dándose golpecitos en el pecho, con cierto aire de satisfacción.

—Ahora falta que el mismo Gil Samaniego, —dijo el ingeniero—, que tan notable inventor nos ha resultado, vaya estudiando la construcción de otro aparato para ascender, ya que no tomamos eso en consideración al bajar a este abismo.

—Eso ya lo veremos, dijo Gil Samaniego. Ahora, lo que nos interesa es curiosear, examinar con el mayor detenimiento cuanto tenemos a la vista.

El ingeniero Blázquez, parado en el centro de aquel bajo círculo, estimó un diámetro de más de 1400 metros. El barómetro fue consultado y se vio que aquel fondo tenía sólo 80 metros sobre el nivel del mar. Se hicieron algunos cálculos sobre la altura y ambos ingenieros estuvieron de acuerdo en que del fondo hasta la cima había una distancia mayor de 500 metros.

El fondo, enteramente circular, era plano y como nivelado. La vegetación es allí como la de fuera, pues se ven sahuaros, choyas, nopalos, hediondilla o gobernadora, mezquite y algunas plantas trepadoras.

La arena volcánica predomina en el fondo, y por las orillas de aquella inmensa circunferencia abundan los pedruscos de lava. Las paredes, o mejor dicho, la única pared circular, porque no es más que una sola, estaba enteramente a plomo por todas partes.

Aquella bocaza era pues, colosal. Para que el lector pueda tener una idea, imagínese el agujero que dejaría un cilindro perfecto, de bases paralelas, de circunferencia mayor de 4500 metros por cuando menos 700 de altura, según rectificaciones que se hicieron en los cálculos.

Puede asegurarse que pecamos de cortos al señalar tales dimensiones, pero nos ponemos en el cálculo más bajo. De lo anterior, ya se podrá deducir la inaudita cantidad de lava que salió de aquella hornaza y de otro volcán más grande aún que se ve inmediato y del que hablaremos en seguida.

Todos creíamos soñar ante aquella nueva maravilla de la naturaleza. Los ingenieros no pudieron identificar la roca. Uno decía que se trataba de granito u ónix, otro que de pórfido o deorita, pero ninguno fundaba sus afirmaciones.

En efecto ¿Qué identificación cabía hacer en aquellas rocas reducidas a vidrio? Los ingenieros, según pude observar, hicieron esta anotación en sus memorándums: “La roca de este volcán no puede identificarse debido a la perfecta fusión”.

Los profesionistas hubieron pues de conformarse con recoger algunos fragmentos de aquellos pedruscos para enriquecer las colecciones del Instituto Geológico Nacional.

Que se trataba de rocas primitivas, no cabía la menor duda, pero, como de éstas existen varias clases, no se pudo establecer la clasificación o identificación definitiva quizás por falta de laboratorio químico para analizar aquellas lavas.



Vista desde el eje noroeste de las lavas de El Pinacate, viendo hacia el oeste hacia distantes dunas de brillante arena del Gran Desierto de Sonora. Aquí, el grupo de Esquer parece haber discutido cruzar las arenas para llegar al Golfo de California. A la distancia, al centro izquierda, se ve uno de los oscuros escurrimientos de lava periféricos (relativamente fresco). Incienso, con sus característicos racimos hemisféricos de flores amarillas, salpican el paisaje. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, primavera de 1977).

CAPÍTULO VI

DE SORPRESA EN SORPRESA

Grandes partidas de cimarrones o borregos salvajes se veían en aquel fondo, pero como ninguno llevaba armas consigo ya que se abandonaron en la cima del volcán al descender en los paracaídas improvisados, nadie pensó en dedicarse a la caza, viéndose a los cimarrones correr por aquella gran circunferencia, al pie de las paredes verticales.

¿Cómo habían entrado allí aquellos animales? ¿Por dónde bajaron hasta el fondo?

De pronto, todo parecía un misterio.

Para Rafaelito, aquellos momentos eran de desesperación, pues ya se le figuraba acabar con aquellas partidas de chivos como acabó con los jabalíes en las vertientes del Cerro Colorado.

A Carrasco, a Celaya, al Chileno y a Quirós “se les iban los ojos” al contemplar aquellos animales sin tener un arma a la mano con qué cazarlos.

Hubo que renunciar a la idea de la caza, porque, aún suponiendo que se hubieran llevado armas, ¿cómo se iban a sacar de aquellas profundidades las piezas cazadas? Esto era imposible, y al considerarlo así, cada quien se dedicó a curiosear alrededor de aquella formidable circunferencia de lavas; por lo que decían estos personajes, el volcán en cuestión no tenía cuate.

Después de tres horas nos reunimos los excursionistas en el sitio donde se hallaban los paracaídas improvisados, y hasta entonces pensamos en nuestra espantosa situación, en medio de aquel fondo, a más de medio kilómetro de profundidad y sin medio alguno de salida.

¡Aquella situación, sí que era verdaderamente horrible!

Nos faltaban Carrasco, Ramón Gil Samaniego, Manuel Parra, el Chileno y don José Salazar padre, para estar todos reunidos.

Por más de dos horas los esperamos en vano, y no podíamos distinguirlos en parte alguna de aquel inmenso redondel. Esto vino a alarmarnos más y más.

¿Por dónde se habían ido?

¿Por dónde habían volado?

Aquellas paredes estaban a plomo y no presentaban grietas en ninguna parte, por donde pudieran haberse extraviado.

¿Dónde estaban y qué les había pasado?

La incertidumbre en que nos hallábamos no reconocía límites. El asunto no era para otra cosa. Después de esperar por mucho tiempo, resolvimos cada quien ir en su busca por distintos rumbos de aquel fondo para reunirnos nuevamente en el punto de partida con las novedades que adquiriéramos. Así lo hicimos.

Formando grupos, nos dedicamos a buscarlos por todo el interior del cráter, con un afán que no puede describirse. Transcurrieron tres horas antes de reunirnos en el punto de partida. Todos con la misma novedad: los compañeros no aparecían.

Esto, como es natural, nos desmoralizó por completo. No habiendo grieta alguna ni en el fondo, ni en aquellas paredes de vidrio, era preciso convenir en que a nuestros compañeros se los había tragado la tierra.

Ahora bien, por lo que se refiere a los que allí quedábamos, ¿cómo nos la íbamos a componer para salir de aquel antro? Ante la pérdida de nuestros compañeros de aventuras, así como por la falta de agua, sin esperanza de auxilio alguno, los ingenieros, y con ellos todo el resto de la comitiva, pensábamos en el suicidio.

Este mal nos contaminó a todos. Era preferible, antes que sufrir los rigores de la negra mano del destino, muchísimo más negra que la lava de aquel volcán.

—Esto es —dijo el ingeniero Blázquez—, lo que sucede en todos los casos al obrar de un modo tan precipitado, sin medir las consecuencias de un acto de temeridad, como lo es el haber bajado a este averno, sin antes haber asegurado cómo saldríamos.

—Ahora —dijo Larios— los comentarios salen sobrando ya. Estamos cogidos en la trampa y sin esperanzas. Yo convengo en que cuando ya no encontremos ese auxilio que tanto vamos a necesitar en breve, antes que sufrir una muerte lenta y horrible, nos colguemos de los mezquites que hay aquí. Pero... antes de morir, yo pregunto: ¿dónde están los perdidos y qué fue de ellos? ¿Por dónde se fueron?

—Pues eso mismo nos preguntamos todos —dijo don Isauro Quirós—, pero en vano nos resulta averiguarlo.

—La última vez que los vi fue por allí —dijo don Ramón Sotelo, señalando un peñasco de lava.

—Los huellaremos —dijo Rafaelito—. Es posible que les encontremos el rastro.

—¡No! Sale sobrando esa medida —dijo don Ramón Parra—. Sobre lava no se pinta huella alguna.

—Es cierto —dijo Rafael, desconsolado.

—Esperaremos esta noche antes de atentar contra nuestra vida, dijo don Ramón Parra, y si para mañana al nuevo día no aparecen... entonces ya sabremos lo que tenemos qué hacer...

—Sí —contestamos todos—, ya sabemos...

Nos encontrábamos muy tristes por lo acontecido, y como ninguno llevaba agua y sólo comestible, el suplicio de la sed lo empezamos a sentir de una manera horrible.

Ya muy avanzada la noche de ese día negro para todos, nos acostamos sobre un lecho de arena volcánica.

Ninguno movía los labios para nada. Se consumieron infinidad de cigarrillos, para divagar un poco, sin conseguirlo.

¿Quién iba a conciliar el sueño?

Como a las diez de la noche se oyeron ruidos extraños subterráneos.

—¿Han escuchado? —interrogó algo sorprendido el ingeniero Blázquez.

—¡Sí! —contestamos todos.

—¿No han oído ruidos, muchos ruidos debajo de la tierra?

—¡Como no haga nueva erupción el volcán, ahora que estamos aquí! —dijo don Miguel Ramírez.

— ¡Ah! ¡No! —dijo el Ingeniero Larios. Ningún calor se siente y la temperatura es agradable. Además, el terreno no sufre sacudimiento alguno. No hay qué pensar por lo tanto en erupciones y desechemos esa idea.

—¡Aquí está el dinero! dijo una voz que salía de debajo de la tierra, muy cerca de donde nosotros estábamos.

El asombro fue general. La voz se oyó perfectamente. Oímos otras voces imperceptibles y ruidos extraños bajo el suelo en que nos hallábamos.

—¿Qué cosas pasan aquí! —exclamó Astorga. Yo tengo miedo...

—Yo también —dijo Ramírez.

—Y yo —añadió don Ramón Parra.

—¡Y todos! —exclamó don Isauro Quirós—. Aquí pasan cosas inauditas. ¡Este volcán está habitado seguramente por demonios!

—¡Calma, señores! —ordenó el ingeniero—, no hay que creer en cosas sobrenaturales y hay que buscar a todo una explicación que satisfaga...

—¿Pues entonces, qué es esto? —interrogó don Ramón Sotelo.

—Pronto lo sabremos, seguramente —contestó a su vez el ingeniero Larios—. ¿Acaso ya nos olvidamos de los compañeros perdidos? ¿Quién nos asegura que no sean ellos los que hacen ese ruido?

—Pero suponiendo que ellos sean, ¿por dónde se metieron, cuando no hay ni siquiera una abertura por donde pase un mosco?

—¡No! No creo que sean ellos —decía Rafaelito, quien estaba recargado sobre un peñasco de lava.

Con grande sorpresa de todos, vimos a Rafael dar un salto inmenso, como quizás no habrá dado otro en su vida pues salvó con el brinco una distancia no menor de diez metros. Todos nos levantamos para ver qué sucedía, y qué motivaba aquel enorme salto.

—¡Auxílienme, señores! —decía Rafaelito lleno de pánico—, ¡miren allí bajo la piedra negra! Alguien, sin ser ninguno de ustedes, me dio un jalón de las botas!

Volvimos el rostro todos para el lugar que indicaba Rafael y vimos en la base de la piedra fundida, un pequeño agujero por donde apenas podía pasar un hombre, avanzando pecho en tierra.

Por allí sacaba la cabeza el mismísimo Reyes Carrasco, quien venía caminando por debajo de la tierra y arrastrándose como una lagartija. Carrasco, al llegar al punto de salida y ver allí a un hombre parado, sin saber quién era, le dio un fuerte tirón de las botas, ocasionando a Rafael un tremendo susto que lo hizo saltar diez metros, como ya lo hemos dicho.

Rafael se repuso y Carrasco salió de aquel agujero como una iguana. Tras él, también como cachorros, salieron uno por uno todos los demás.

Nosotros, que ya los considerábamos perdidos para siempre y habíamos decretado nuestro suicidio general por no perecer desesperadamente, ante la llegada de los perdidos, fuimos embargados por el contento más grande que imaginarse pueda.

—¡Me siento en extremo feliz de volver a verlos! —dijo Blázquez—, pero la felicidad no es completa jamás en la tierra. Ahora nos quedan dos problemas que resolver, y son el del agua y el de la salida de este antro.

—Pues delos usted por ya resueltos del modo más satisfactorio —dijo con gran gozo Manuel Parra—. Agua y salida hemos hallado, y no necesitamos que se inventen nuevos aparatos para elevarnos a la cumbre del volcán.

—Si, dijo Ramón Gil Samaniego, todo eso ya está resuelto.

—¿Pero cómo es eso y qué fue de ustedes en tanto tiempo? —interrogó el ingeniero Blázquez. ¿Cómo es que han venido a salir aquí, precisamente al sitio donde nos hallamos reunidos?

— Esas son muchas preguntas —dijo Carrasco—, y no podremos contestarlas todas de momento, puesto que con sólo acompañarnos se dará usted cuenta de todo. Hemos visto cosas sorprendentes y hemos entrado por el mismo lugar en que hemos salido. Si ustedes se hubieran fijado en nuestras huellas nos hubieran encontrado.

—Hemos huellado por muchas partes —dijo Quirós—, pero aquí no, es cierto.

—Ahora —dijo Ramón Gil Samaniego—, lo que resta por hacer es dormir el tiempo que nos queda de la noche; al aclarar la aurora del nuevo día haremos poco más grande este agujero en sólo una longitud de dos metros pues de allí en adelante es anchísimo de frente. Por ahora no queremos decirles qué es lo que vimos y qué descubrimientos hicimos, para que ustedes la lleven con nosotros.

—¡Yo ya me imaginaba encontrar todo esto y mucho más! —dijo el ingeniero Blázquez—, pues las obras de la naturaleza son sorprendentes.

Cuando amaneció, pudimos, observar bien aquel agujero, accesible sólo a las iguanas. No nos explicábamos satisfactoriamente cómo era que Carrasco, Manuel Parra, Gil Samaniego, el Chileno y don José Salazar padre, hubieran pasado por allí.

Como habíamos estado tan distraídos el día anterior, observando las paredes de vidrio negro de aquel antro, no nos percatamos que aquellos cinco personajes de nuestra historia se apartaron y se metieron en aquel agujero.

Con muy poco trabajo aquel hoyo se hizo grande, lo suficiente para dar paso franco a un hombre, de pie. Al poco trecho, ya no hubo necesidad de trabajar más, porque la naturaleza nos brindó un amplio camino con un piso de cristal negra pulimentado.

Volvimos de nuevo al punto donde habían quedado los paracaídas improvisados, los desarmamos y, cargando con todo, tomamos aquel camino subterráneo llevando esta vez por guía a Manuel Parra.

Los conocimientos del terreno de los señores López allí fracasaron, pues si bien era cierto que conocían el exterior a las mil maravillas, no podían saber de ninguna manera que había en el subsuelo; pues ni siquiera se lo imaginaban.

Nuestra sorpresa no reconoció límites al avanzar por aquella maravillosa galería de vidrio oscuro, de piso casi horizontal, con sus paredes laterales como a cuatro metros una de la otra, con la bóveda más o menos elevada, y todo aquel conjunto reflejaba la luz a las mil maravillas. Por todas partes, de arriba, de abajo, a la derecha, a la izquierda, el fenómeno de reflexión era perfecto. Aquello era como un gran túnel, cubierto por todas partes de un lienzo negro con incrustaciones de diamantes y pedrerías de distintos colores.

¡Buenos chascos se llevaron algunos excursionistas, al acercarse e intentar arrancar algunas de, aquellas piedras preciosas!

Las variaciones de la posición del sujeto al acercarse, el cambio en la visual quizá, debido al acercamiento, era motivo suficiente para que la “piedra preciosa”, vista ya de manera diferente opacara su brillo sorprendente, y sólo presentaba en realidad el saliente de algún fragmento de lava con facetas que al ser heridas por la luz en determinadas direcciones, provocaban el fenómeno de la reflexión.

Más de cuatro kilómetros caminamos por aquel túnel construido por la caprichosa naturaleza, notando, con gran asombro de nuestra parte, una corriente de aire que casi nos apagaba las pequeñas luces que llevábamos.

Todos estuvimos de acuerdo en que la corriente de aire de aquella negra galería bajo las lavas, nos conduciría a un punto de salida a la superficie. El trayecto de los cuatro kilómetros recorridos, estaba alfombrado de cristal. Tuvimos la suerte avanzar por aquel riquísimo pavimento, que jamás lo tendrían en sus palacios los potentados de la tierra.

A la hora de marcha por aquella galería subterránea, para nuestra sorpresa, fuimos a salir precisamente al fondo de otro cráter igual, o si se quiere, de mayores dimensiones que el anterior, aunque de forma ovalada.

—¡Salimos de las llamas para caer en las brasas! —dijo Rafaelito lleno de desaliento.

—¡Hemos caminado mucho para dar con otra guarida del diablo! —dijo don Abelardo López.

—¡No, señores! —replicó Manuel Parra que servía de guía—. Hasta a caballo se puede salir de aquí. Además, tenemos agua en todas las concavidades de las lavas, como si fueran pequeñas tinajas

Al cerciorarnos de lo que señalaba Manuel Parra, muy grande fue nuestro contento, y ya no hubo tensión alguna.

Viendo pues que allí había agua en abundancia y que podíamos salir cuando nos pareciera conveniente, los ingenieros dispusieron que se armaran allí las carpas de lona y que el campamento se instalara en el fondo mismo de este nuevo volcán, y así se hizo.

Con gran facilidad algunos expedicionarios escalaron la cima, aseguraron los caballos para después regresar al campamento por todas las armas y demás objetos que permanecían en las faldas arenosas del primer volcán.

Cuando regresaron nos hallamos llenos de entusiasmo y pensábamos no abandonar este cráter en muchos días.

Aunque la provisión de carne era todavía abundante. Celaya, Carrasco, Rafaelito, Salazar y Manuel Parra propusieron dar una batida a los cimarrones que habíamos visto en el primer volcán.

¡Aquellos sí que resultó una verdadera hecatombe para los pobres borregos salvajes!

Después de media hora de caza, una docena de ellos estaban muertos. Cada quien se echó a cuestas un par.

Sólo Carrasco y Celaya, cargaron con tres cada uno. ¡Y conste que aquellos animales pesan hasta cinco arrobas cada uno!

¿A quién se le ocurre caminar con una carga tan pesada, más de cuatro kilómetros por aquella galería, hasta llegar al campamento situado en el fondo del segundo volcán?

¡Estos gallos sí que no tenían cuates. ¡Ellos y solo ellos podían haber cargado con tres "cimarrones" cada uno!

El resto, se encargó de destrozarlos. Ramón Gil Samaniego se apropió de todas las cabezas de aquellos animales para enriquecer las colecciones del Museo Zoológico. ¡Pobre Ramón! Todo quería donar al Museo!

El que esto escribe, se percató de que Astorga y don Abelardo López nos llamaban desde uno de los vericuetos de este nuevo averno, si así puede llamarse.

—¡Vengan! ¡Vengan por acá! —decían.

Un grupo de excursionistas caminó a toda prisa al lugar donde se oían voces, y cuando estuvieron allá, notaron los presentes que López y Astorga estaban a la orilla de un abismo en el interior de otro abismo, como lo era aquel volcán.

Este era una especie de pozo como de diez metros de diámetro, a plomo como dos metros, siguiendo después con una inclinación muy pronunciada.

También el ademe de este pozo era de vidrio negro, enteramente liso, y el paso por ellas era imposible, a no ser con el auxilio de fuertes cables.

Aquella profundidad parecía no tener fin, pues algunas piedras fundidas que allí fueron arrojadas, descendían con gran velocidad, como lo indicaba con toda claridad el sonido que producían al chocar con las paredes, sonido que iba apagándose conforme se alejaba la piedra hasta que se extinguía por completo.

Ninguno de los presentes, ni el terrible Ramón Gil Samaniego que parecía el más resuelto, se atrevió a entrar por aquel hoyano.

Se abandonó la idea de explorar el pozo en vista de los peligros que ofrecía. No había necesidad de hacerlo pues quedaban muchas cosas por venir y admirar en aquel volcán.

Por demás está decir que se formaron grupos de tres o cuatro excursionistas, ávidos de encontrar nuevos motivos de admiración dentro de aquel redondel, y esta vez todos portaban sus armas.

Uno de estos grupos lo formaban, Carrasco, Gil Samaniego, Manuel Parra y el Chileno, quienes, al parecer, les agradaba andar separados de los demás.

Otro grupo se veía por rumbo opuesto y lo formaban don Isauro Quirós, Ramón Parra, Miguel Ramírez, José Salazar padre, Nacho Alegría y Domingo Quirós.

Vega y el resto de excursionistas optamos por explorar otros lugares con los ingenieros. Como se ve, todos estábamos ocupados en trabajos de exploración.

Por el rumbo que habían tomado Carrasco y demás que le acompañaban, el piso era arenoso y se podía avanzar sin dificultad alguna, no siendo así por el lado que eligieron Quirós y sus compañeros de aventuras.

Por esta parte, el piso era en extremo variable, pues tan pronto se vela cubierto de lava como de arena volcánica, presentándose la marcha llena de obstáculos.

El grupo formado por los ingenieros y demás acompañantes, no se decidió a inspeccionar lugares alejados, y se dirigió a dos pequeñas eminencias formadas por lavas, que estaban en uno de los focos de aquel óvalo formidable.

Rafaelito notó una gran abertura en medio de dos peñascos negros y repentinamente dio un grito.

—¡Ingenieros, éstas son guardias de Satanás! ¡Vengan acá!

Cuando nos acercamos, observamos una profundísima grieta a la que podía bajarse hasta una especie de saliente que formaban las lavas.

Los ingenieros acordaron que nos uniéramos todos los excursionistas, y juntos exploráramos aquel abismo que, al parecer, nos llevaría hasta el centro de la tierra.

Una hora larga pasó antes de poder reunirnos.

Rafaelito estaba como asustado, asegurando que nunca se imaginaba que pudieran existir cosas semejantes.

Todos realmente estábamos llenos de miedo, pero habiéndonos asegurado los ingenieros que no correríamos ningún peligro y de que allá, muy en el interior, encontraríamos cosas muy dignas de interés, nos decidimos a caminar con ellos al mismísimo centro de la tierra.

Nos habíamos equivocado en lo relativo a los obstáculos que creíamos encontrar al descender ya que bajamos sin dificultad hasta llegar al saliente de que hemos hablado, caminando siempre sobre un pavimento de vidrio negro muy firme.

Al llegar al saliente que dejaron las lavas del volcán, estando sólo a 45 metros sobre el nivel del mar, avanzamos saliente rumbo al sur oeste, teniendo a nuestra derecha un insondable abismo de una anchura que no se puede calcular.

Como media hora o más caminamos de este modo tan peligroso. Una corriente de aire nos indicó que había alguna otra salida al exterior.

Repentinamente, y cuando más absortos nos hallábamos contemplando esta maravilla de la naturaleza, fuimos a salir al fondo de otro cráter, no tan profundo como el anterior, de unos trescientos metros cuando mucho pero en cambio con una circunferencia de casi el doble de tamaño de los ya conocidos.

—¡La séptima guarida de Judas! dijo Rafaelito.

—¡El Cazo mocho! dijo Regino Celaya.

Con mucha facilidad pudimos salir de este volcán a la cima del cráter, pues tenía accesos por varios lados.

De arriba, pudimos observar la enorme cantidad de lava que arrojó esta montaña. Todo el campo está inundado por las lavas en una superficie que abarca muchos kilómetros cuadrados. Podíamos ver que aquel torrente ígneo, formando caprichosos oleajes, llegó hasta el Golfo de California, lo que hacía suponer que parte de dichas lavas en parte sepultadas bajo los espantosos médanos de arena.

—¡Ahora! ¡Ahora la explicación que nos debe, señor ingeniero Blázquez,—dijo Celaya, señalando al sureste una larga serranía.

¡Oh, no! Aún no es tiempo. ¿Ve usted la cumbre de aquella cordillera? —dijo a Celaya, señalando al sureste una larga serranía.

—Sí, dijo Regino, es la cordillera de El Pinacate, a donde vamos a ir según lo acordamos.

—Pues bien —replicó el ingeniero—, yo adivino que también existen en esas montañas grietas interminables y oquedades espantosas; que los fenómenos que aquí tuvieron lugar se repitieron en estos lugares por infinidad de años originando cambios radicales en la corteza terrestre. Así pues, cuando escalemos esa alta sierra y estemos en la boca de algún abismo de los muchos que creo que allí existen, allí sí que les daré una lección objetiva.

—No se equivoca usted, señor ingeniero —dijo don Antonio López—; pues en la nueva cumbre de la montaña existe un despeñadero de lavas que con dificultad da paso a un abismo cuya magnitud no puede calcularse. Allí sale aire como del interior de la tierra.

—¡Ya lo creo —se apresuró a contestar el Ingeniero Larios—, y esto no deja ni la menor duda, que gran parte de estos innumerables volcanes, están comunicados en el interior por medio de grietas o galerías subterráneas, debido acaso a la terrible commoción sufrida.

Admirados los excursionistas no hallaban qué hacer ante tanta maravilla de la naturaleza.

Proseguimos de sorpresa en sorpresa.

El Ingeniero Blázquez, a quien como ya creo lo dijimos, reconocíamos como guía científico de la expedición, se mostraba impaciente y hasta adivinábamos que quería darnos órdenes de continuar la marcha con rumbo al sureste del volcán para dedicarse al estudio de algo que le llamó la atención.

Después de un recuento, sólo nos faltaban dos excursionistas: Reyes O. Carrasco y Manuel Parra.

—¿Pero, dónde se metieron estos hombres? —decía el ingeniero impaciente—. Hay que decir al señor Parra, quien ya nos ha dado buenos sustos, que no se separe de nosotros en adelante. Son innumerables los peligros que se corren al aventurarse dos hombres solos por esas galerías y parece que no se dan cuenta de los mismos peligros; ¡qué hombres éstos! Aunque por la galería de vidrio por donde ha poco caminábamos, no vi ninguna otra comunicación que se uniera o se apartara, es seguro que el parecito perdido anda haciendo observaciones y comentarios. Así me lo supongo.

—Si usted, lo desea, iremos tres de nosotros a llamarlos —dijo Rafaelito.

—¿Cómo no? Vayan ustedes y vuelvan con ellos pronto, pues deseo reconocer algunos otros puntos este mismo día y anotar en mis libros algunas observaciones.

Rafael, acompañado, por don Ramón Parra y por el Chileno, fue a buscar a los perdidos, pero tampoco volvieron.

Una hora después, otro grupo formado por Arturo Quirós, Abelardo y Antonio López fueron a buscar a todos los extraviados. Todo fue inútil porque este nuevo grupo tampoco volvió.

Los ingenieros estaban alarmadísimos puesto que nadie volvía.

—¿Se habrá tragado el volcán a nuestros compañeros? —interrogó Ramón Gil Samaniego.

—¡Señores! —dijo Blázquez dirigiéndose a todos los que estábamos presentes—. Personalmente voy a ver qué es lo que sucede. No me es posible soportar tanta estar con tanta incertidumbre. Tengo la seguridad de que nuestros compañeros están perdidos dentro de las malditas galerías subterráneas que seguramente abundan y que no pudimos notar. Eso es todo. Yo llevo aparatos científicos con la ayuda de los cuales no es posible extravío alguno, así es que salgo desde luego en su busca.

—¡Vamos todos con usted! —dijo Ramón Gil Samaniego—. ¡A contramarcha, señores; o volvemos con todos nuestros compañeros o todos nos quedamos en el fondo del volcán! ¡En marcha, señores!

La disposición era terminante y no había lugar a pensar más sobre el asunto. Quizá nuestros pobres compañeros correrían peligro en aquellos momentos y precisaban auxilio.

Contramarchamos, pues, por el camino ya conocido, y al no encontrar ninguna grieta ni galería desconocida sino la misma que ya nos era familiar, fuimos a dar, como era natural, al volcán que ya nos era conocíamos.

A la salida a su fondo arenoso, buscamos huellas de nuestros compañeros.

Sólo pudimos ver allí huellas que habíamos dejado al entrar, pero ninguna de salida.

Aquello nos alarmó bastante. Nuestros compañeros estaban perdidos dentro de alguna galería desconocida cuyo paso no podíamos encontrar.

—¿Habrán perdido pie y se habrán ido al abismo por el borde de esta galería resbaladiza? —dijo Larios.

—¿Pero, es posible que todos hayan ido a parar al abismo? —interrogó Blázquez—. Eso no puede suceder. Volvamos atrás, y ahora, de regreso examinaremos la pared de lava de la izquierda y veamos si hay alguna abertura, alguna grieta por donde se hayan colado...

Así lo hicimos fijándonos en los menores detalles de aquel antro. Casi ya al salir al fondo del cráter del último volcán descubierto, don Isauro Quirós dio un grito de sorpresa. Cuando volvimos el rostro para saber de qué se trataba, Quirós nos mostraba con el índice un hacinamiento o montón formado con el calzado de nuestros compañeros perdidos. A muy corta distancia se veía una oquedad, en la que antes no nos habíamos fijado debido a la gran obscuridad reinante, disipada esta vez por la linterna eléctrica del señor Ingeniero Larios.

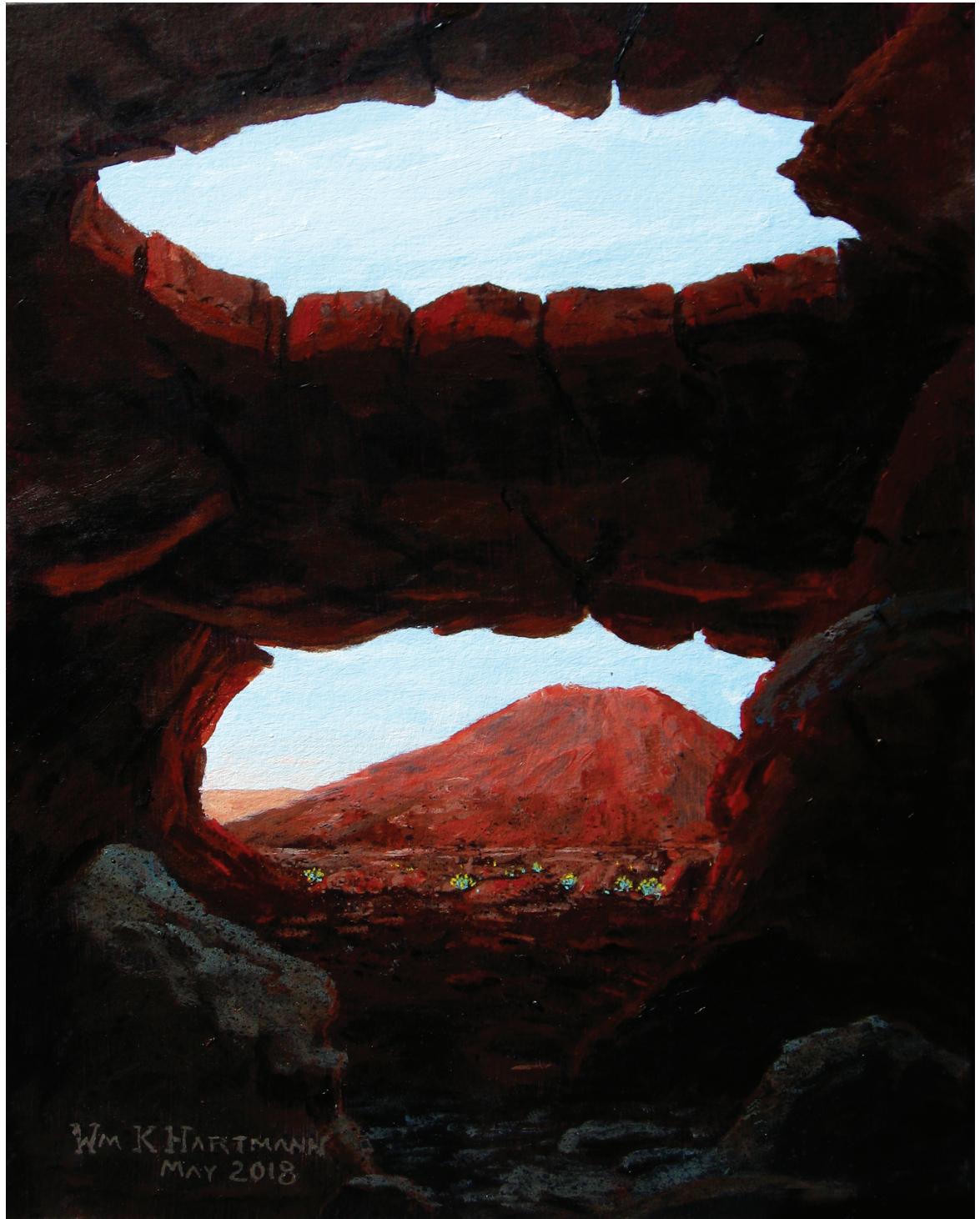
—Ahora me lo explico todo —dijo el Ingeniero Blázquez—; nuestros compañeros exploran las entrañas de la tierra. El piso es resbaladizo y por lo tanto, sumamente peligroso y aquí nos han dejado el calzado para indicarnos que se hallan dentro y que ésta es la entrada. Los dos últimos grupos que vinieron en busca de Parra y de Carrasco, seguro que se les unieron y exploran todos juntos. Esto es en realidad lo que sucede, y ahora lo que resta es que todos vayamos a los lugares por donde ellos están, pues el peligro no ha desaparecido, ¿con que...?

—¡Adelante! —dijo el Ingeniero Larios—, y que nuestro calzado aumente el montón que ya aquí existe.

No había otra cosa qué hacer, ya que el piso no permitía el uso de calzado de ninguna especie.

Afortunadamente, el piso no ofrecía peligro alguno para los pies desnudos, ya que se trataba de un pavimento de vidrio negro, perfectamente pulido y brillante.

Diez minutos después, todos nos hallábamos descalzos. Lo que allí nos sucedió lo veremos en el capítulo que sigue.



WM K HARTMANN
MAY 2018

En un tubo de lava. Los tubos de lava se forman cuando la superficie del escurrimiento de lava se enfria y forma una corteza de roca sólida encima del escurrimiento. Luego, si el escurrimiento sale por entre la cubierta de roca en la cuesta en declive, todo el escurrimiento de lava puede fluir dejando tras de sí un conducto vacío, que a su vez forma una cueva en forma de tubo. No es poco común que partes del techo del tubo se colapsen, formando "ventanas" abiertas en el techo. En esta vista estamos parados frente a una ventana justo como la anteriormente descrita, viendo hacia la boca abierta del tubo. (Creación hecha con recuerdos de visitas a la cueva de Itoi [un tubo de lava cercano a la cima de El Pinacate] y tubos de lava de Hawái por William K. Hartmann sobre acrílico, 2018).

CAPÍTULO VII

UNA CLASE EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

Como queda dicho en el capítulo anterior, ya todos descalzos nos internamos por aquel agujero en seguimiento de nuestros compañeros perdidos.

¡Maravilla sorprendente! ¡Había que ver para admirar más y más, aquella obra de la naturaleza!

Aquel camino hermosísimo, con una ligera inclinación, nos condujo no sé hasta dónde. A veces, los ingenieros se detenían para consultar sus aparatos e instrumentos y orientarse por vericuetos que no sospecharían muchos hombres de ciencia.

Quizá caminamos más de cinco kilómetros por aquel camino de vidrio. La anchura variaba pues apenas habíamos penetrado por el agujero, cuando un amplio camino nos dio paso.

Aladino con todo y su lámpara maravillosa, y todos los cuentos árabes de *Las mil y una noches* quedaban muy opacados ante la sola vista de tantas cosas que a cada paso se nos ponían por delante.

Los ingenieros también estaban sorprendidos. Ya conocíamos muchas cosas en los descubrimientos hechos con anterioridad, pero aquel camino de vidrio, tan amplio y tan largo, puesto que no terminaba aún, sobrepasaba a todo lo visto. La inclinación era muy notable y descendíamos más y más.

¡El aparato del Ingeniero Blázquez, nos indicó que ya estábamos a 180 metros bajo el nivel del mar!

¡Y aquel camino, siempre inclinado, parecía no tener fin!

Mientras tanto, los perdidos no aparecían. Estábamos seguros de que se hallaban muy adelantados, puesto que ni siquiera podíamos escuchar sus voces.

No había otro camino que hubieran podido tomar, sino el que nosotros llevábamos.

—¡Adelante! ¡Adelante todos! —ordenó el ingeniero Blázquez—. Seguiremos por este hermoso sendero de lava. O hallamos a nuestros compañeros o bajamos con ellos hasta el centro de la tierra.

Pisábamos con toda clase de precauciones, tal vez innecesariamente pues el ya pulido piso no nos lastimaba los pies desnudos en lo más mínimo, y aunque el camino era inclinado, como dijimos, no lo era tanto que facilitara un resbalón.

Algunos excursionistas recordaron que los caballos, ahora lejos de nosotros, estarían sin comer ni beber y propusieron atenderlos. Sin embargo, el ingeniero Blázquez se opuso ante la urgencia de encontrar a los perdidos pese a que las bestias de silla y carga pudieran morir de sed y de hambre.

No hubo más remedio que seguir adelante, y cuando habíamos caminado como medio kilómetro más por aquel sendero encantado, nos sorprendimos al encontrar de pronto a Carrasco y Rafaelito descansando sobre un banco de vidrio negro, a la derecha del camino que seguíamos y bajo de un maravilloso portal de cristal pulido con arcos casi ojivales.

¡Ni Haroun al Rasdrid, sultán de los cuentos árabes, ha tenido jamás un palacio como del que habían tomado posesión Carrasco y Rafael.

El ingeniero Blázquez, lejos de hacer extrañamiento alguno a estos dos perdidos que aparecían, los felicitó calurosamente por el descubrimiento que habían hecho y por su nueva posesión.

—¿Por dónde están los demás compañeros que faltan? —preguntó el ingeniero Larios a los dos expedicionarios que acabábamos de encontrar.

—Más delante están todos —contestó Carrasco—. Nosotros nos cansamos un poco y nos detuvimos aquí para cobrar nuevas fuerzas.

—¡Pero esto es maravilloso! ¡Esto es sorprendente! —decía don Isauro Quirós, y lo mismo el ingeniero Larios, tocando con sus manos aquellos pilares de cristal renegrido y brillante.

—¿Ya no le asustan estas guaridas de Judas, señor Vega? —interrogó Blázquez.

—¡Señor ingeniero! ¡Qué quiere usted! Yo estoy aquí como atontado. No sé qué decirle.

—Todos estamos lo mismo, señor Vega —dijo el ingeniero—, y ya muy pronto voy a tener el gusto de hablar a usted de todo esto; sólo espero encontrar a los perdidos para hacerlo. No estoy tranquilo hasta que no estemos todos reunidos.

Por disposición del mismo ingeniero, caminamos como tres kilómetros más hasta llegar al lugar donde se hallaban los demás compañeros contemplando otra maravilla que mi demeritada pluma no puede describir.

El amplio camino se abrió más, al grado de que en donde estaban nuestros compañeros, más que sendero parecía una inmensa caverna, mejor dicho, un gran palacio de cristal, formado por la lava que dejaba ver por todos lados amplísimas concavidades a manera de habitaciones, a más de 200 metros bajo el nivel del mar.

Ya se podrá imaginar el lector los efectos de la luz en aquel verdadero palacio encantado, nombre con el que por todos fue bautizado.

Todas las luces de colores imaginables eran reflejadas allí. Los haces de luz de las linternas eléctricas de los ingenieros sobre aquellas paredes admirables se devolvían a nuestra vista en forma multicolor.

Por unanimidad se acordó pasar la noche en aquel palacio situado a 200 metros, como dijimos, bajo el nivel del mar, y en donde, ¡cosa rara! la temperatura era agradable. El aire no se presentaba enrarecido, y ningún gas existía al parecer que pudiera causarnos el menor daño, según aseguraron los ingenieros.

El inquieto Ramón Gil Samaniego, se mostraba por primera vez en su vida, tranquilo y silencioso. ¡El hombre que jamás para de charlar!

A Manuel Parra, a Carrasco, a Rafael y Astorga, ya se les salían los ojos de las órbitas. Querían verlo todo, abarcarlo todo, gozar mucho al contemplar tanta maravilla.

El ingeniero Blázquez, no pudo menos que contaminarse del malecito de la generalidad. Lo escuchamos muy atentos y con el mayor respeto pronunciar las siguientes palabras:

—¡Venid, venid acá, hombres sabios, de cualquier nacionalidad que seáis, y admirad estas maravillas que oculta mi Patria! ¡Venid, geólogos profundos, directores de museos, rectores de universidades y contemplad este sorprendente panorama! ¡Como nosotros, no hallaréis qué hacer de admiración ante estos colmos de lo sublime, de lo maravilloso!

Guardó silencio el ingeniero y todos nos recostamos a descansar sobre camas de brillantes. Aunque hacia varias horas que no tomábamos alimentos, ninguno sentía hambre; ni siquiera nos acordábamos de lo lejos que habían quedado nuestras provisiones.

Éramos los únicos seres vivientes que habíamos allí, pues no existía en aquel sitio ni siquiera un insecto, ni el más pequeño.

Nuestros pies, pese a estar desnudos, no habían sufrido ni el más ligero daño, signo inequívoco de que la superficie recorrida estaba totalmente pulimentada.

Cansados un poco, como realmente estábamos, después de un rato de silencio, quedamos sumidos en el más profundo sueño.

No puedo asegurar qué horas de la noche sería, cuando al despertar don Isauro Quiroz y don Miguel Ramírez, notaron que Carrasco hablaba dormido.

Despertaron a quien esto escribe, a don José Salazar y los cuatro, bien despiertos, nos cercioramos de que en efecto, Reyes Carrasco hablaba durante el sueño. Don Ramón Parra, tal vez por divertirse o bien por abrigar ideas infundadas de superstición, se acercó a Carrasco y le colocó una mano sobre el pecho.

—Ahora —dijo Ramón Parra—, pregunten lo que deseen y estén seguros de que les dirá algunas verdades.

El Ingeniero Larios, por seguir aquella broma adelante, preguntó:

—¡Señor Carrasco! ¿Hasta dónde termina esta galería que llevamos?

—Todavía hay que recorrer más de cien kilómetros por ella, contestó el dormido, y no se apartan otras.

—¿De suerte que tendremos que regresar para poder salir por donde entramos?

—No habría esa necesidad, a no ser por el calzado, los caballos y provisiones que dejamos atrás, pues el camino que llevamos no dilata en tomar una ligera inclinación, no ya de descenso, sino de ascenso, y de seguir por este camino, iremos a salir a un punto de la orilla del mar.

—¿Cómo? ¿Al Golfo de California?

—Precisamente, al punto llamado La Cholla. Veo claramente que allá va a conducirnos este camino.

—¿Pero, antes de llegar a ese lugar, no existe alguna otra pequeña abertura o grieta en este camino, que nos conduzca a otra parte?

— ¡Ah! Sí la hay —contestó el dormido—, y está solo a tres kilómetros de donde estamos. Es una oquedad que se ve a la izquierda de este sendero, y entrando por ella, vamos a dar lejos, muy lejos, casi al centro de la tierra.

—¿Y podemos ir hasta el fin? ¿No hallaremos obstáculo en el camino?

Carrasco, seguramente iba a contestar de nuevo, pero como don Ramón Parra le apretaba el pecho demasiado, acabó por recordarlo, levantándose el pobre de Carrasco algo espantado y con los ojos inyectados.

Le dijimos que estando dormido, había hablado mucho, pero él nos manifestó que “nos parecería”, porque él nunca hablaba dormido.

Carrasco no se acordaba de nada de lo que nos había anunciado. ¡Cosa rara! ¡Y lo que es más raro aún, era que, como nosotros, no conocía un solo paso en aquellos vericuetos! ¡Qué iba a conocer!

El ingeniero Blázquez, no obstante que preguntó algunas cosas a Carrasco para seguir adelante aquella broma, se quedó algo pensativo al oír aquellas categóricas contestaciones del “dormido que habla”.

—¿Qué misterio habrá en todo esto? —se preguntaba el ingeniero—. Yo no debo de creer en ello, y sin embargo... no sé qué pensar... ¡vaya! una tontería como tantas...

Ignoro el tiempo que permanecimos descansando en aquel hermoso lugar, quizás pasarían más de seis horas cuando determinamos todos seguir adelante, poniéndonos en

marcha nuevamente por aquel sendero de cristal.

Más o menos caminamos otros dos kilómetros, “avanzando” cuanto peñasco de lava pequeña y que llamara la atención pudimos arrancar de las paredes vítreas, determinando hacer un pequeño alto al borde de un precipicio que divisamos por el lado izquierdo.

Como la obscuridad que reinaba, apenas era alejada por las linternas eléctricas de los ingenieros, no nos dábamos cuenta de que estábamos en un peligro grande a nuestra llegada allí.

Los aparatos eran consultados previamente para no perder la orientación; y el sendero que traímos no había terminado, sino que lo dejábamos a la derecha, para reconocer detenidamente aquel abismo.

Cuando nos acercamos al borde del precipicio, no puedo explicar la horrible sensación que experimentamos. Aquel abismo quizá llegaba hasta el centro de la tierra. El terrible Gil Samaniego propuso desde luego a todos los presentes que antes de continuar la marcha por la galería que habíamos dejado, se explorara aquella profundidad hasta lo más humanamente que fuera posible, y como para ello era necesario ante todo hallar alguna bajada, que se buscara ésta con sumo cuidado, hasta encontrarla. Propuso también que un grupo de excursionistas guiados por el ingeniero Larios fuera hasta el campo donde quedaron las provisiones de boca, y que se trajera buena cantidad de ellas, ya que la permanencia en aquel lugar duraría tiempo indefinido.

Para los ingenieros que, entre paréntesis, hacían cálculos sobre la profundidad del abismo, aquella idea les pareció de lo más aceptable pues ellos, en extremo amantes del estudio y de la observación, eran capaces de eso y de mucho más.

Los demás expedicionarios también acogimos la idea con gusto, pues abrigábamos la creencia de que acompañados de aquellos profesionistas, nada nos sucedería.

Quince minutos después de resuelto el asunto, ocho expedicionarios guiados por el ingeniero Larios que los orientaba, contramarchaban por la conocida galería, hasta llegar como dos y media hora después al campamento que temporalmente habíamos abandonado.

Mientras regresaban, los que quedamos en el interior nos ocupamos en escudriñar por aquí y por allá, todos aquellos sorprendentes lugares. Uno se sentaba sobre un banco de lava caprichosamente formado por la acción de la naturaleza, otro se montaba a horcadas sobre un saliente de vidrio, etcétera, etcétera, gozando todos de lo lindo.

—¿El señor Gil Samaniego? —interrogó Blázquez.

—¡Presente! —contestó Ramón cuadrándose militarmente.

—¡Ah! ¡Me tranquilizo! Creí de pronto que forjaba algún nuevo paracaídas para bajar a este abismo. ¡Gracias!

—Si tuviera aquí a mano una de nuestras carpas de lona y algunos varejones y alambre, crea usted, señor ingeniero, que ya lo hubiera hecho.

Por lo que se ve, al ingeniero Blázquez no le era desconocida la intrepidez de Gil Samaniego. De una manera discreta y sin que Gil Samaniego se enterara, nos ordenó a los presentes que lo vigiláramos pues temía, y con razón demasiada, que Ramón cometiera algún acto de temeridad, semejante al que llevó a cabo en el primer volcán que visitamos.

Por fortuna para nosotros, Ramón no nos dio el menor quehacer y todos guardamos silencio, hasta quedarnos dormidos en espera de nuestros compañeros.

De pronto, alguien se levantó precipitadamente y despertó a los demás, asegurando haber oído fuertes ruidos, como que algo se movía en aquel antro, algo que no provenía de nosotros.

Quiso explicarnos el rumbo por donde venía aquel ruido, pero ya no hubo lugar, pues en ese momento se repitió el ruido escuchado antes por nuestro compañero.

—¿De cuándo acá hay otros seres vivientes en estos sitios, a más de nosotros? —dijo Ramón.

—¿Quién motivará los ruidos? —interrogó a su vez Celaya.

—¡Vaya! Parecemos niños que todo nos asusta —dijo el ingeniero Blázquez—, hasta hacernos olvidar que estamos en espera de nuestros compañeros que fueron por provisiones. ¿Quién nos asegura que no son ellos los que regresan? ¿No oyen ustedes ahora los ruidos más cercanos?

—¡Sí que los oímos! —contestamos varios.

—Esperemos un momento más en silencio y oiremos hasta sus voces. Es seguro que esto no tardará en suceder. Esperemos...

Al poco rato, un ruido estrepitoso, fuerte, muy prolongado, se dejó oír.

Aquel ruido era muy grande para ser producido por seres humanos.

Como era natural, nuestro susto creció en un ciento por ciento. De pronto el ruido cesó y nosotros quedamos a la expectativa.

Veinte minutos después nuestro temor calmó al oír risas y voces de nuestros compañeros que se aproximaban. Estos llegaron por fin hasta donde los esperábamos impacientes.

Todos ellos reían aún de buena gana excepto Carrasco que esta vez se mostraba enfadado. La causa no era otra que nuestros compañeros traían tres tambos de hierro llenos de agua, por si durábamos en el interior algún tiempo, y Carrasco cargaba con uno de esos tambos, el que contenía quince galones de agua. Como el piso era muy resbaloso,

y había necesidad de caminar descalzo. Carrasco “perdió pie”, y dio con su cuerpo en el suelo, cayendo tan largo como era.

Siendo el piso ligeramente inclinado como hemos dicho, el tambo lleno de agua siguió rodando por la pendiente produciéndose un gran estrépito, hasta detenerse ya bastante lejos.

Este fue el ruido que oímos, y que nos ocasionó el gran susto de que hablamos.

Los compañeros recién llegados no cesaban de reírse y esto le caía mal a Reyes Carrasco, quien tuvo la paciencia de cargar de nuevo con aquel barril de hierro lleno del precioso líquido que tanta falta nos hacia.

Llenos de contento, a la vista de aquellos alimentos que nos fueron traídos por nuestros compañeros, nos pusimos a comer con el mayor apetito. Estaba justificado. ¡No habíamos comido en muchas horas!

—¡Ahora si que estoy loco de contento! —exclamaba Ramón Gil Samaniego. Mi idea va a cumplirse: el sondear este abismo.

—¡Pues abajo todos! —decía a su vez Reyes Carrasco, todo raspado aún del porrazo que sufrió al dar con su humanidad en el camino de vidrio.

—¡Un momento señores! —gritaba el ingeniero Blázquez—. Tenemos primero necesidad de encontrar alguna bajada y si no existe, desistir de nuestro empeño.

—¡Pues a lo práctico, a buscar esa bajada! —exclamaba el intrépido Gil Samaniego.

—¡Sí! ¡A buscarla! —dijimos los demás llenos de entusiasmo.

—¡Yo ya hallé esta bajada! —interrumpió Manuel Parra, dejándose ir por una pequeña abertura—. ¡Síganme!

—¡Cuidado, señores! ¡Bajen con el mayor cuidado! —gritaban los ingenieros.

Nos seguían a corta distancia; temían, como era natural, que se registrara una desgracia.

Aquel temor era fundado, porque a pocos pies de descenso, la angosta grieta se abrió lo suficiente para dar paso libre por el camino bastante inclinado y algo escalonado.

Todos descendimos muy complacidos admirando aquella especie de escala de cristal negro, aquella otra maravilla de la naturaleza que nos llevaba ahora con rumbo al centro de la tierra.

Pero llegamos a un punto en que ya nos fue imposible pasar. La escala de vidrio terminó cuando estábamos a un nivel de más de 600 metros del horizonte del mar, abajo, muy abajo.

Al terminar la escala, nos hallábamos encerrados en una caverna de poca elevación en su bóveda, pero de radio amplísimo.

Por más que hicimos para buscar paso, no lo encontramos. Nuestras provisiones habían quedado arriba, no había más remedio que regresar, después de un ligero descanso, muy a pesar nuestro. El tiempo que duramos allí dentro fue aprovechado por el ingeniero Larios, para darnos una clase objetiva.

—¡Señor Carrasco! —dijo el profesionista. ¿Me haría usted del favor de traerme una partícula de lava?

—Con mucho gusto —contestó el interpelado, y uniendo la acción a la palabra tomó un pedrusco con peso de un kilogramo aproximadamente, y lo presentó al ingeniero Larios.

—Examinemos detenidamente este pedrusco de lava, que me ha presentado el señor Carrasco —dijo el ingeniero, aplicando el foco de su linterna al fragmento de roca fundida que tenía entre sus manos—, para saber si nos es posible establecer una identificación.

—Parece que se le notan fragmentos o puntos muy brillantes, señor ingeniero. ¿No los ha notado usted? —interrogó a su vez don Isauro Quiros.

—Sí que los he notado! ¡Veamos ahora de qué se trata!

Extrajo de su bolsillo un diminuto cortaplumas, y con su punta, levantó algunas tapisas delgadas de uno de dichos puntos brillantes.

—Los puntos luminosos que se notan en esta roca fundida y que al picarlos con la navaja se han mostrado, como lo han visto ustedes, en delgadísimas tapas superpuestas, son a no dudarlo algún mineral que resiste temperaturas elevadísimas, permaneciendo inalterable; es alguna substancia refractaria, es decir, que no puede fundirse...

—Indudablemente —interrumpió don Ramón Sotelo—, yo conozco algunos de esos minerales: la mica, por ejemplo...

—¡Vaya! Usted lo ha dicho, —contestó el ingeniero Larios— a no dudarlo, la roca que les presento fundida debe de contener un buen porcentaje de mica que aquí identificamos por la forma particular en que siempre se manifiesta en la naturaleza, esto es, en tapas finas en extremo delgadas, tanto que necesitarían más de diez mil de esas hojitas para dar el espesor de unos dos centímetros. Hemos identificado con facilidad uno de los componentes de la roca, tanto por la forma que anotamos en que se presenta, cuanto por haber resistido sin fundirse elevadísimas temperaturas. Pero... sigamos examinando este fragmento de lava. ¿Qué otros particulares le notan ustedes?

Don José Salazar padre tomó la piedra de manos del ingeniero y pudo observar que en una parte muy fundida, y que quebró contra otras rocas de la misma especie, presentaba partes de color plomo muy oscuro, algunas casi negras como lo hizo notar al ingeniero.

Manuel Parra, Carrasco, Vega, el Chileno y Regino Celaya, después de observar la misma roca, conformaron el dicho del señor Salazar:

—¿Pero qué substancia será esa? —se preguntaba Rafael dándose palmadas sobre la frente— . Yo recuerdo que en la escuela me sabia de memoria el nombre de esa substancia, ¿qué es?, ¿qué cosa es? —se decía así mismo.

—¡Es feldespato! ¡Es feldespato! —interrumpió Regino Celaya. Yo sí me acuerdo ya. ¿Verdad, señor ingeniero?

—Indudablemente —contestó el ingeniero—, pero ¿cómo lo ha identificado usted?

—Por su color particular y por esa cristalización plomiza o negra con que se presenta, y que también logra resistir elevadas temperaturas, aunque no tanto como la mica... según me lo explicaron los...

—¿Qué cosa es esto? —preguntó Carrasco interrumpiendo al distinguir un trozo blanco al partir un peñasco de lava ¡Me he hallado un diamante! ¡Mire usted señor ingeniero! ¡Qué hermosa luz despie!

—No, mi buen amigo. Esa luz que refleja, es producido por las facetas del fragmento de cuarzo que se ha encontrado usted; “guija” como vulgarmente la designan los operarios de minas.

—¡Pero si esto es transparente!

—El cuarzo se presenta también en esa forma y con cristalizaciones muy caprichosas, pentagonales, hexagonales, etcétera, etcétera.

—¿Pero, cómo no se ha fundido con el fuego del volcán? ¿Será que también resiste elevadas temperaturas?

—Algo seguramente, aunque no tanto, puesto que los fundidores de metales emplean el cuarzo en sus mezclas de minerales destinados a las fundiciones. Quizá hubo en este lugar algún punto en que la fusión no fue perfecta...

—¡Vaya! —interrumpió Carrasco—, ¿y dice usted eso, señor ingeniero, después de haberse dado cuenta cabal de la hornaza donde estamos?

—Sin embargo, mi buen amigo, a usted le consta que en la tercera caverna que visitamos en las cercanías del Cerro Colorado, donde se encontraron ustedes hasta esqueletos de mastodontes, como lo recordarán muy bien, no obstante de ser formidable aquellas capas de lavas que formaban el abovedamiento, a pesar de eso, el piso era medanoso, igual al de fuera . ¿No lo recuerda usted?

—Sí que lo recuerdo!

—Entonces, no obstante lo terrible de la erupción, lo inaudito de aquella elevada temperatura, la fusión no fue perfecta y en eso estarán de acuerdo conmigo.

—Seguramente.

—Ahora sí —prosiguió el ingeniero—, creo que con mucho fundamento podremos identificar la roca primitiva que sufrió en esta zona la acción del fuego. Una roca que está compuesta, además, de algunas otras substancias, en su mayor parte de cuarzo, feldespato y mica, indudablemente que es el granito. ¿Verdad?

—Eso, eso es, granito! —contestó Nacho Alegría, dando brincos de gusto como un chamaco. Yo soy gambusino, soy minero viejo y conozco mucho esta piedra en su estado natural, pero así fundida no puedo conocerla. Allí fuera, yo conozco muchos lugares en donde abunda. En todo el Distrito de Altar no hay otra cosa.

—Se equivoca usted, amigo mío. En el Distrito de Altar existe una gran variedad de rocas. Establecer su clasificación sería tarea de mucho tiempo. He reconocido algunas de origen primitivo, algunas otras de formación sedimentaria, otras formadas por conglomerados, etcétera, etcétera, pero de la que hoy nos ocupamos, o sea el granito, es de las primitivas de la corteza terrestre.

—Por cierto, “mala piedra para las vetas” —dijo Nacho Alegría—, como me consta y como también lo he oído decir a muchos mineros. Se dice que es mal panino donde abunda esa piedra.

—Juzga usted mal, mi buen amigo. Siendo el granito una de las rocas primitivas como queda dicho, y que desde las más grandes profundidades, sale hasta la superficie de la tierra, las vetas formales que suelen encontrarse donde abunda esta roca, difícilmente acaban, y si se estrechan de vez en cuando y se abren las paredes o lisos de dichas vetas, y entonces la abundancia de metal, es grande...

—Esas son las vetas trecheras, como decimos nosotros.

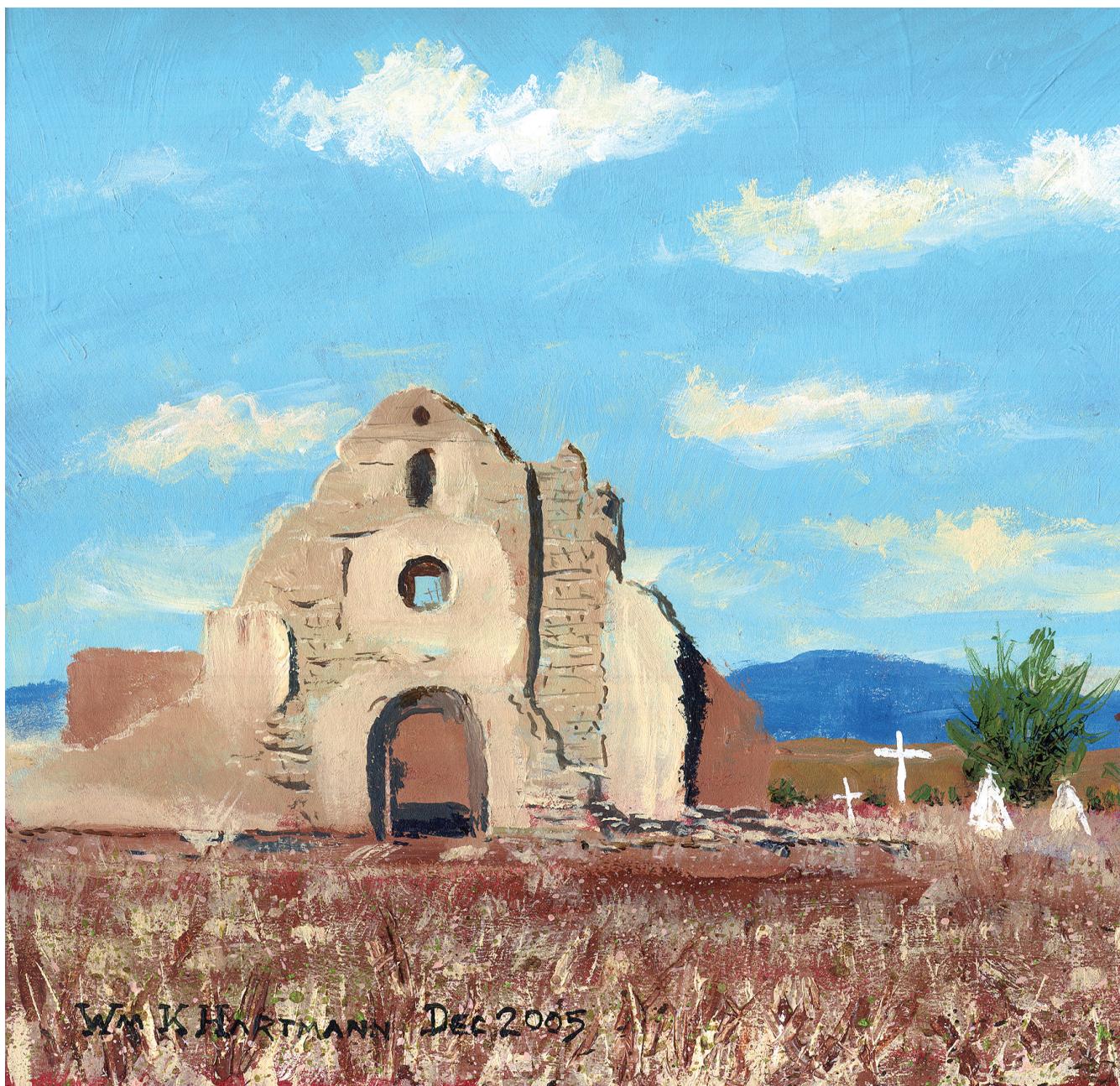
—Acepto el término de trecheras, pero a este respecto diré a usted que se debe a lo compacto del granito y a la dureza conque en la mayoría de los casos se presentan las rocas compactas, que difícilmente se agrietan para llenarse de substancias minerales o con pastas de valor. Ya mi compañero, el señor ingeniero Blázquez, que es un especialista en Geología, ciencia que entre otras cosas, trata del conocimiento exacto de todas las rocas, dará a ustedes algunas explicaciones cuando lo crea conveniente.

— Cuando lo crea oportuno, lo haré con todo gusto —dijo Blázquez.

Como la caverna donde estábamos era cerrada y no se podía seguir explorando más abajo, además como no tenía caso la permanencia en aquel lugar, se dispuso la contramarcha al punto que anteriormente habíamos visitado, es decir, al borde del precipicio donde iniciamos el descenso por aquella escala de vidrio.

Empezamos a ascender trabajosamente ahora pues había peldaños muy distantes unos de otros, de lo que no nos percatamos al bajar por el entusiasmo que nos embargaba.

Vencidos por fin los obstáculos, llegamos al punto deseado, donde se hizo alto, por disposición de los profesionistas. Lo que pasó después, lo veremos en el capítulo que sigue.



Sonora, ubicado al noroeste de México, tiene misiones españolas esparcidas a lo largo del estado, algunas prósperas y otras en ruinas. Un ejemplo de ellas es la ilustrada aquí, la de Cocospera, ubicada aproximadamente a 300 km al este-sureste de El Pinacate. La expedición de Esquer supuestamente excavó los residuos de una misión como esta (encontrando un tesoro) enterrada en las arenas al oeste de El Pinacate. Las primeras misiones eran estructuras simples de adobe, construidas a finales de los años 1600 por el famoso misionero y explorador del Desierto de Sonora, Eusebio Kino. Las iglesias españolas coloniales, más grandes, muchas de las cuales sobreviven a la fecha, se construyeron típicamente a finales de los años 1700 o en los años 1800. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 2005).

CAPÍTULO VIII

OTROS ENCUENTROS INESPERADOS

Hicimos alto en el borde de aquel precipicio durante más de una hora. Los ingenieros aprovecharon el tiempo en hacer anotaciones en sus libros de memorias. Luego se puso a discusión si deberíamos regresar al lugar donde estaban nuestras cabalgaduras o continuar la marcha por aquel camino encantado hasta llegar al mar, como lo había anunciado el “dormido que habla” o sea Carrasco.

Lo único que nos detenía era el saber que nuestros caballos estarían sin comer ni beber, pero Manuel Parra y Celaya nos manifestaron que los tales semovientes se hallaban pastando libremente en un lugar de donde no podrían salirse, pues que estaba circundado por grandes fragmentos de lava, y que habían tapado la única puerta accesible; que dentro de dicho cercado había agua de otras tinajas y que no había nada que temer con respecto a nuestras cabalgaduras y demás bestias de carga.

—¡Pues entonces, adelante! —gritó entusiasmado Ramón Gil Samaniego.

—¡Sí adelante! —repetimos todos, con el mismo entusiasmo.

—¡Ya que lo quieren, sea! —dijo el ingeniero Blázquez—. ¡Arriba todos, y en marcha!

Recogimos nuestras provisiones que allí habíamos dejado, y emprendimos la marcha por aquella interminable cuanto maravillosa senda, pero ahora ya calzados.

Luego de caminar un trecho notamos que el camino dejaba su inclinación hacia abajo, para tomar otra de ascenso. Carrasco, dormido y todo, nos había dicho la verdad. Una de dos: o ya conocía dicho sendero o es cierto que los que “hablan dormidos” dicen la realidad.

Por lo que respecta a lo primero, teníamos la certeza de que Carrasco no conocía un solo paso por allí y en cuanto a lo segundo, ni en teoría siquiera merece darle mediana aceptación. ¿Era entonces que Reyes había tocado la flauta por casualidad?

Empezamos la ascensión, como decimos, y no paramos de caminar, subiendo siempre, hasta cuatro horas después, ahora con rumbo S. 15° E. sin que aquel hermoso camino terminara.

—¿Acaso vamos a descubrir algún camino para San Luis Río Colorado por debajo de la tierra? —preguntaba don Ramón Sotelo.

—De ninguna manera —contestó el ingeniero—. Del punto de donde partimos, San Luis queda N. 80° W., y llevamos un rumbo casi 90° opuesto, es decir, casi a escuadra con el que usted indica, y al Sur. Más bien creo que vamos a dar al Golfo de California.

—¿Como nos lo dijo Carrasco cuando dormía? —interrogó Ramón Parra.

—Probablemente, y si seguimos con este rumbo es seguro que vamos a salir a La Soda o La Choya, quizá a la Bahía de Addair o Rocky Point.

—Entonces, hay que creer en lo que nos dicen los dormidos cuando se les pone la mano en el pecho.

—¡Aleje usted esas supersticiones que son indignas de tomarse en consideración! —dijo el ingeniero.

Los ingenieros y Rafaelito marchaban delante siguiendo ahora hacia arriba y con rumbo al Sur, por aquel plano inclinado.

—Podremos salir al Golfo de California tal vez hoy mismo, de no interrumpirse la marcha, dijo don Abelardo López.

No lo dudo, —dijo el ingeniero Blázquez—, pero juzgo imposible que esta galería no tenga otra salida a más de esa. En fin, ya lo veremos.

Se caminaron como unos veinte kilómetros más, seguramente, por aquel sendero encantado. Al llegar a un amplio espacio, el ingeniero Larios dispuso que descansáramos un rato. Así lo hicimos en efecto y aprovechamos la ocasión para tomar alimentos.

Ningún semblante aparecía triste. El cuerpo expedicionario estaba embargado por un entusiasmo sin límites.

Por una hora se había prolongado ya aquel descanso cuando Gil Samaniego y Manuel Parra, que lo escudriñaban todo, se dieron cuenta de que a una distancia de cuarenta metros, en medio de aquel de vidrio oscuro, se notaba una mancha luminosa.

Nos llamaron la atención sobre este nuevo descubrimiento y fueron personalmente a ver qué motivaba aquello.

—¡Aquí todos! —exclamó—, ¡Miren arriba!

Observamos que un rayo de sol penetraba por una abertura y era esto lo que originaba punto luminoso.

El camino seguía ascendiendo con rumbo al Sur, hacia un punto de la costa, pero había además aquella otra salida a la superficie que Carrasco no mencionó cuando se hallaba dormido. Aunque el ingeniero Blázquez nos había dicho que probablemente existían otras salidas a la superficie, no dejó de sorprenderse al encontrarse con la que veíamos.

Ningún viento se colaba por el agujero o abertura, signo de la calma exterior. La salida pues, estaba allí inmediata y nos dispusimos a subir a la superficie para localizar el punto donde nos hallábamos.

Subir no presentó ninguna dificultad. Eran las catorce horas del día, cuando examinábamos la boca que nos había brindado franco paso a la superficie donde abundaban enormes trozos de lava.

El ingeniero Larios y don José Salazar padre, avanzaron un poco por los altos médanos de arena que allí empiezan.

El ingeniero Larios hizo notar a don José dos crestas negras muy parecidas y cercanas una de la otra, que sobresalían de los gruesos médanos.

—¡Son los cerritos que yo busco! exclamó don José al verlos y señalarlos con el índice. Ahora sí que no abandonaremos este lugar sin reconocerlos detenidamente.

—¡Sí! Seguro que los vamos a explorar y a buscar por allí la Misión de que nos ha hablado usted. Yo opino como usted y creo por lo tanto que esa Misión existe.

El resto de los compañeros, que escucharon los gritos de sorpresa de don José y lo que replicaba el ingeniero Larios, se acercaron y se sorprendieron al observar los diminutos cerros casi sepultados por los médanos.

—Allá todos! —ordenó lleno de entusiasmo el ingeniero Blázquez.

—Sí! ¡Vamos todos! —añadió don José.

Nos pusimos en marcha con la dirección O. 25° N., por donde se distinguían aquellos pequeños cerros sepultados.

Todos marchábamos ahora muy decididos a buscar en esta vez la Misión de Los Cuatro Evangelistas, dispuestos a ayudar a don José Salazar padre en los trabajos a que nos destinara.

Aunque los cerritos se divisaban a muy corta distancia, aquello era sólo una visión engañosa puesto que recorrimos como seis kilómetros para llegar a los famosos cerritos; no eran tan chicos como suponíamos al principio, pues solo salían sus crestas de lava de los médanos de arenas.

Los médanos presentan oquedades subterráneas, o tuceros como vulgarmente se les llama a sus diminutas galerías, habitadas por roedores, topos o tuzas; de allí el nombre de tucerales a los lugares donde éstos abundan.

Los dichos cerritos estaban a corta distancia uno del otro. Entre ambos solo mediaba menos de un kilómetro, y era muy fácil escalar las cimas.

Parado en una de ellas, el ingeniero Blázquez anotó una altura de sólo 250 metros sobre el nivel del mar.

A sugerencia de don José nos dividimos en dos grupos. Uno de los grupos, capitaneado por Ramón Gil Samaniego, se dedicó a explorar el cerrito que quedaba más al Sur.

Entusiasmado por demás, casi hasta el delirio, Gil Samaniego, no dejó roca sin voltear ni médano alto cercano que no reconoció. Pero todo en vano, nada encontró este grupo de expedicionarios.

Veamos ahora lo que hacía el otro grupo. Como hemos dicho, se dedicó a explorar el otro cerrito. Entre los integrantes estaban Regino Celaya, don Isauro Quiros, don Miguel Ramírez y don Ramón Sotelo.

Carrasco, los dos ingenieros y el resto de excursionistas examinábamos por otros puntos del mismo cerrito. Regino Celaya se separó de nosotros y por su propia cuenta exploraba los grandes médanos de arena. De vez en cuando, lo divisábamos casi desde la cumbre del cerrito, dedicado con ahínco a su tarea.

Cuando más distraídos nos hallábamos, ocupados como digo en trabajos de exploración, oímos un grito que nos sorprendió sobremanera.

¡Me hallé unas campanas! ¡Me hallé unas campanas! —gritaba Regino Celaya desde los médanos.

El primer grupo, capitaneado por Gil Samaniego, se distinguía a lo lejos y hasta ellos llegaron los gritos de Regino. En unos cuantos minutos, todos los expedicionarios rodeábamos a Regino Celaya.

Todos, y muy especialmente los ingenieros, felicitábamos a Regino por su descubrimiento. Don José Salazar padre, casi lloraba de gozo. Habíamos encontrado finalmente la Misión y su sueño dorado iba a convertirse en una realidad.

Carrasco, creyendo soñar, se restregaba los ojos. Aquellas viejas campanas de bronce, oxidado por la acción de los siglos, fueron exhumadas con el mayor cuidado; la operación ofreció grandes dificultades debido a su enorme peso.

Una de las campanas tenía grabada en sus contornos una inscripción que copiamos respetando hasta la ortografía:

“CONSTRUIDA EN LA VILLA DE LA MAGDALENA EL
AÑO DE 1674 DE NUESTRO SEÑOR, PARA LA MISSION DE
LOS QUATRO EBANGELISTAS”.

La inscripción de la otra campana decía:

“CONSTRUIDA EN LA VILLA DE LA MAGDALENA EL
AÑO DE 1672 POR EL RVMO PADRE KINO DE LA COMPAÑIA
DE JESUS PARA HESTA MISSION”.

Con estos testimonios podíamos suponer que aquellas campanas de bronce databan de mediados de la época colonial. Las inscripciones no probaban otra cosa. Entonces sí no quedó la menor duda de la existencia de la Misión que con tanto ahínco buscaba don José.

—¡A buscar el templo en ruinas! ¡A buscar las paredes del convento! —gritaba Nacho Alegría, brincando de gozo.

—¡Sí! —dijo Blázquez—, todo esto vamos a buscar, pero antes hay que examinar la topografía del terreno, para así poder buscar con más probabilidades de éxito.

—Vaya! —dijo don Miguel Ramírez—, ¿acaso Regino Celaya necesitó de eso?

Después de muchos esfuerzos de los ingenieros y de muchos afanes del resto de los expedicionarios, sin encontrar otra novedad que aquellas pesadas campanas de bronce, nos acostamos rendidos de fatiga al llegar la noche, pero muy animados para continuar en nuestras investigaciones al siguiente día.

—El hallazgo de esas campanas que, entre paréntesis, hemos de estar de acuerdo en donarlas al Museo Nacional, es muy significativo —decía el ingeniero Larios—, y no abrigo la menor duda de que por aquí cerca esté el templo y quizá el convento anexo, como se acostumbraba en aquellas épocas, sepultados bajo los médanos. Como es seguro que por aquí nos vamos a demorar algunos días en trabajos de exploración, y he notado que abunda en estos sitios la galleta forrajera, sin faltar el agua que también he visto, aunque en pequeña cantidad en las concavidades de las rocas, propongo regresar al campo donde han quedado nuestros caballos y monturas para traerlos hasta este sitio, y que otra partida de los nuestros concentre en este mismo punto las carpas de lona. Ya teniendo todo esto reunido aquí, podemos ir a caballo a donde más nos agrade. ¿Qué resuelven ustedes?

—¡Aceptado! —contestamos todos.

Se comisionó a Rafaelito y a cuatro expedicionarios más traer la caballada y monturas, asnos para la conducción del agua y todo el aprovisionamiento; a Gil Samaniego y seis acompañantes más, el acarreo de las carpas de lona. Mientras regresaran, el resto de la comitiva se entregaría a trabajos de exploración y se estableció que si se hallaba algún tesoro, éste se repartiría por partes iguales entre todos, como buenos compañeros.

Los ingenieros rieron de buena gana al finalizar aquella especie de contrato.

Luego intentamos dormir un poco, aunque sin conseguirlo, pues cada quién hacia comentarios sobre el hallazgo de aquellas viejas campanas.

Don Ramón Parra y don Ramón Sotelo, así como don Isauro Quirós, que estaban muy inmediatos, reían de muy buena gana al escuchar las vociferaciones y lamentos de

Nacho Alegría, quien decía que algunas piedras que había dejado debajo de su tendido, le picaban las costillas y no podía estar a gusto. Intentó separar aquellas piedras pero no pudo, quizá porque serían demasiado grandes para moverlas. Quizá por flojera no cambió de dormitorio y permaneció allí.

Cuando despertamos, una docena de compañeros faltaba. Habían madrugado, unos a traer los caballos y burros y otros a concentrar en aquel lugar las carpas de lona.

Al levantar los tendidos, antes del desayuno, Alegría puso atención en las piedras que le picaban las costillas, y gritó sorprendido:

—¡Que vengan los ingenieros!

Al presentarse los profesionistas, Nacho advirtió que aquellas piedras que sobresalían de los médanos, estaban revestidas de mezcla. Los ingenieros, al examinar aquello, confirmaron el dicho de Alegría.

Almorzamos precipitadamente y dimos inicio a los trabajos de excavaciones en aquel lugar. Momentos después un muro ruinoso de piedra y mezcla quedaba a la vista de todos.

No puedo describir la emoción de ese momento. Dos días trabajamos a como se pudo, usando palos de sahuarillo seco para excavar los médanos. Cuando nuestros doce compañeros regresaron con los caballos, asnos y carpa, gran parte de aquel muro estaba ya desenterrado.

Los caballos fueron atados en los galletales y se instalaron las carpas que nos abrigarían de la intemperie. Así todos juntos, trabajamos a cual más, cada quien a como podía, alejando el médano por todos lados. Después de diez días de duro afán, todo el templo en ruinas quedaba descubierto.

—¡Luego no es una mentira sino una verdad lo que estoy viendo! ¡Mi sueño se ha cumplido al pie de la letra! —exclamaba don José Salazar, poseído del mayor contento.

—Lo felicito muy calurosamente por este descubrimiento, señor Salazar, a usted muy principalmente, que ha hecho viajes expresos desde la ciudad de Magdalena, en busca de esta Misión —decía el ingeniero Blázquez—. Acaso este feliz encuentro sea señal de nuevos e importantísimos descubrimientos que nos están reservados. Es posible que también hallemos en estos sitios algunos tesoros ocultos, aunque mucho lo dudo. ¿Y qué más tesoro que el que ya nos hemos encontrado? Esto sí que constituye un verdadero tesoro para la Historia de nuestra patria.

—¡Sí! ¡Sí que es un tesoro para la Historia de nuestra patria, porque todo esto vamos a donar al Museo Nacional!

—¡Sí, al Museo Nacional! —exclamaron todos.

—Después de tanto que hemos trabajado, mis buenos amigos, el cansancio nos tiene agobiados. Reposaremos un poco —decía Larios—, y después proseguiremos en nuestras investigaciones que han de ir aumentando en interés con toda seguridad. Tenemos que desalojar el médano del interior del ruinoso templo que hemos descubierto, y allí sí que vamos a encontrarnos objetos de lo lindo.

Todos contestamos con signos afirmativos, pues teníamos el convencimiento de que era enteramente cierto lo que nos decía el ingeniero Larios.

Estábamos fuertemente impresionados y, más que nunca, decididos a trabajar en aquellas obras de exploración que tan buen resultado nos habían dado hasta entonces.

Al día siguiente, a la hora señalada para el trabajo, todos estábamos listos. Eran de verse grupos por allá, otros acullá, buscando con avidez nuevas cosas en el interior de aquellos muros llenos de médano.

Un grupo formado por cuatro excursionistas, que eran Astorga, Vega, Nacho Alegría y Domingo Quirós, trabajaban dentro de los muros, precisamente donde ellos suponían que encontrarían el altar mayor del templo.

Tan ocupados y distraídos estábamos los demás con el quehacer que teníamos por otros rumbos del templo que ni siquiera nos dimos cuenta de lo que hacían estos cuatro compañeros.

Cuando habían pasado como cuatro horas de duro afán y gran parte del médano estaba alejado, fuimos a ver qué hacían los mencionados cuatro compañeros.

¡Sorpresa enorme! Nuestros cuatro colegas descubrieron con la excavación que hicieron, la mismísima imagen de Cristo clavado en la Cruz. Todos, Astorga, Vega, Nacho y Domingo se hallaban de hinojos ante la imagen del Redentor. Nacho alegría besaba los pies del crucifijo.

Al contemplar aquello no hicimos el menor ruido para no interrumpir la beatífica actitud de nuestros cuatro compañeros.

Pero alguno de ellos volvió el rostro y nos distinguió a la distancia. Era Astorga.

Astorga es trigueño, pero se puso rojo, de pena quizás. Don Ramón Parra, hombre creyente en extremo, y que tenía fe en la doctrina del Redentor de la Humanidad, dirigiéndose a Astorga, dijo:

—No le dé pena. “Nunca el hombre aparece más grande que cuando se arrodilla ante su Creador”.

Don Ramón Parra a su vez, también se arrodilló, y en voz alta recitó la oración del Padre Nuestro.

Algunos otros compañeros imitaron su ejemplo.

Los ingenieros, por su parte, sin negar ni confirmar la creencia, se limitaron a guardar sepulcral silencio, respetando las ideal de los demás.

Cuando todo hubo pasado. Nacho Alegría alegó derecho de propiedad en aquella imagen, pues decía que él fue el primero que descubrió la extremidad superior de la Cruz.

—¡Es mía! ¡Es mía! —repetía Nacho poseído de una extraña sensación—. Primero quítenme la vida, y después de eso será de ustedes! ¿Lo oyen?

Alegría seguía excavando más y más la tierra medanosa con su garrote de sahuaro.

Como era natural, cada quien deseaba tener su parte, pero después de una ligera discusión sobre el asunto, estuvimos todos conformes en que Nacho Alegría fuera el único dueño de aquella imagen del Redentor, en cuyo semblante se reflejaban sus grandes sufrimientos en el Calvario, magistralmente interpretados por el artista.

Nacho, dueño ya de lo que tanto deseaba y sin que ninguno, sacó como pudo aquella pesada imagen de tamaño natural y, cual nuevo Cirineo, cargó con la pesada cruz casi arrastrándola; luego la puso de pie y la clavó en el médano, dentro de una de nuestras carpas.

Se limpió la efigie con el mayor cuidado hasta que quedó como nueva, luego pudimos anotar que aquella estatua era una verdadera obra maestra. ¿El autor? Se ignora su nombre, pero la obra permanecerá por muchos años en la casa de Nacho Alegría, quien dirá a las generaciones actuales y venideras que hace varios siglos existieron verdaderos genios en la escultura, quienes obtuvieron tal grado de perfección que llevaron el arte hasta lo sublime.

Nacho lloraba de gozo con el hallazgo que estimaba como el más grande tesoro.

En efecto, para él aquella imagen era un tesoro si tomamos en consideración su fe ciega, su arraigada creencia y, si vamos a su valor material, aquel Crucifijo, por lo antiguo y por lo correcto de sus líneas, en donde el escultor puso en juego todas las reglas de ese hermoso arte, esa imagen sí que se podía valuar en varios centenares de miles de pesos.

Como dijimos ya, fue voluntad manifiesta de todos los presentes que aquella imagen fuera propiedad única de Nacho Alegría. Él mostraba su gratitud con lágrimas en los ojos. ¡Pobre Nacho!

Cuando volvimos a la faena, la emprendimos con más ímpetus que antes. Era natural pues nuestro entusiasmo no reconocía límites con tantos descubrimientos.

Unas cuatro horas de trabajo permitieron descubrir tres grandes cuadros murales. Eran imágenes al óleo de tamaño natural.

Sacamos los cuadros admirando aquellos lienzos que parecían recién pintados. Uno de ellos representaba la imagen de la Concepción; el otro, una escena en el camino al Calvario y el último la Virgen del Pilar.

—¿Ninguno quiere alegar propiedad en estas imágenes? —dijo Blázquez—, puesto que irán a parar al Museo Nacional, a cuya institución serán donadas, como lo hemos acordado.

Por su parte, el incansable Ramón Gil Samaniego, buscando por otros lugares del templo en ruinas, se encontró un sinnúmero de objetos destinados al culto católico, los que nos presentó a todos.

—Allí había ciriales, candelabros, incensarios, vinajeras, entre muchos otros objetos, todo de oro y plata.

La sentencia que recayó sobre aquellos objetos nos era de antemano conocida. ¡Al Museo!

—¡Amén! —exclamamos todos.

—Busquemos ahora por acá —ordenó el ingeniero Larios indicándonos otros lugares que no habíamos reconocido.

—¡Sí, busquemos por allí!

Puestos en obra nuevamente, descubrimos un gran trecho del pavimento de aquel templo, formado de argamasa endurecida al fuego, pues tal era su dureza, que le daba la consistencia del cemento romano.

A Ramón Gil Samaniego, que exploraba solo, como si lo hiciera por su propia cuenta, lo veíamos trabajar en uno de los rincones del templo; algo sin duda le llamó la atención por aquel rumbo pues tal era el empeño que demostraba.

Repetinamente, aquel piso se hundió en parte y Gil Samaniego se hundió en el hoyanco, como si hubiera caído en una trampa.

—¡Auxilio! ¡Auxilio, compañeros! —gritaba Ramón.

Lo consideramos en grave peligro y prontamente acudimos en su ayuda. Lo sacamos de aquel agujero, en donde sólo sacaba la cabeza y parte del busto, notándole ligeros raspones y equimosis, digo, pequeños raspones en la piel.

Sus gritos de auxilio eran infundados pues si Gil Samaniego si hubiera hundido un pie más en aquel hoyo, hubiera alcanzado su fondo.

Repuesto de aquel susto, pues Ramón creyó que bajo sus pies se hallaba algún abismo, nos pusimos a examinar aquel agujero cuya forma nos llamó fuertemente la atención.

Afectaba ciertamente una forma irregular, y la parte hundida era de madera, no obstante que el resto del piso era de argamasa endurecida.

Por órdenes de Larios y Blázquez nos pusimos en obra a despejar de obstáculos aquel hoyanco que al quedar descubierto medía dos metros y medio de largo por uno de ancho. Su profundidad era escasa, apenas un metro y veinte centímetros.

Al tocar el piso inferior del hoyo resonó como en hueco.

—¡Al dinero! ¡Aquí está el dinero! —gritaba entusiasmado Manuel Parra.

—Sí! ¡Aquí está el dinero! —gritaba a su vez Celaya.

—¡Son onzas de oro! decía Arturo Quirós.

—¡Sí! Son onzas de oro! ¡Son cajones de monedas de plata que hay ocultos por allí! —decían otras voces.

—¡Al tesoro! ¡A sacar el tesoro! —exclamábamos todos muy contentos.

Los ingenieros se encargaron de ordenar los trabajos que iban a emprenderse, y pocos momentos después, entre el Chileno, Carrasco y Manuel Parra, extraían de aquel fondo lo que parecía ser una pesada loza de piedra negra.

La tal loza, no era otra cosa que la tapa de una caja de hierro, muy mal construida, de dimensión colosal y completamente enmohecida.

En efecto, aquella caja contenía un valiosísimo tesoro entre talegos de onzas de oro, de plata y alhajas de variedad inclasificable.

Todos creíamos soñar aquello que teníamos a la vista, nos parecía un delirio.

Uno a uno fueron extraídos aquellos talegos que contenían tantos valores, como hemos dicho, los que fueron conducidos a nuestras carpas.

Había allí monedas antiquísimas de forma poligonal, tanto de oro como de plata, con el sello español y el busto de los reyes hispanos en aquellas épocas.

—¡Antes de repartirnos este tesoro, como hemos dicho —propuso Gil Samaniego—, busquemos más, pues tengo la seguridad de que haremos nuevos descubrimientos en estas regiones.

—Eso es indudable —dijo Larios—, y yo creo que para mañana encontraremos más riquezas ocultas bajo estos médanos.

—No para mañana, sino ahorita vamos a encontrar algo nuevo. Aquí en el lugar donde estoy, veo un punto sospechoso —decía Nacho Alegría.

Don Abelardo López se acercó al punto que indicaba Nacho y vio que sobresalía del médano algo así como la boca de una olla colosal, a parecer construida de barro cocido .

Cuando los ingenieros y todos los demás nos acercamos, no pudimos menos que confesar la realidad. Con sumo cuidado se quitó la arena del rededor de aquella olla gigantesca, y cuando esto hubo sucedido, se abalanzaron el Chileno y Carrasco para sacarla de allí. Aquellos Hércules sufrieron un gran chasco. La olla y lo que guardaba pesaban más que dieciséis arrobas. Fue necesario el auxilio de cuatro excursionistas más para arrancarla de aquel lugar y llevarla a nuestras carpas que estaban a corta distancia. Luego se extendió una lona sobre el piso y se vació en ella el contenido de la olla.

Aquel recipiente, según lo pudimos certificar, contenía ni un adarme menos que dieciocho arrobas de oro en polvo. Todos estábamos fuertemente sorprendidos, y más cuando al revolver aquel polvo precioso con sus manos, uno de los ingenieros, Larios, se encontró con un papel enrollado y bien conservado. El documento en cuestión fue desdoblado por el ingeniero Blázquez, y contenía un escrito perfectamente legible, aunque con una ortografía pésima. Decía así:

“Llá procimo a espirar, he depositado el oro que alquirí en California en esta oya y es de mi voluntad que sea su dueño la persona que se lo encuentre. Muero de eridas que me causaron los gringos cerca del Yuma y he venido a refugiarme en este desierto para bullir de su persecución. Me acompañan tres hombres, también eridos, habiendo muerto cinco más hen el camino. Mi tezoro queda haquí para quien lo encuentre y mi cadáver está déla ahoya cómo dos baras, al norte
El Tres Dedos”

“De la partida de Joaquín Murrieta”.

“En la Misión del Pinacate a 10 de noviembre de 1848”.

Tal era la escritura que contenía aquel documento que en voz alta leyó el ingeniero Blázquez y lo pudimos oír todos.

—¡Es mío! ¡Es mío ese tesoro! —dijo Nacho Alegría—. El Tres Dedos me lo ha dejado, es decir, lo ha dejado para quien lo encuentre.

—¿Y qué sabes tú de El Tres Dedos? —interrogó el Chileno riendo.

—¿Cómo no he de saberlo? Tú y todos casi sabemos que el tal Tres Dedos era de Pitiquito o de Trincheras, y se juntó con los de la gavilla de Joaquín Murrieta y dieron mucho quehacer a los gringos. Eso lo saben hasta los niños de teta.

—¡Sí! señor Alegría —dijo Larios—, el tesoro es suyo únicamente porque así lo dispuso quien lo dejó aquí enterrado y los muertos mandan. Sólo deseo que me dé una onza de polvo para recuerdo de este día. ¿Está usted conforme?

—Seguro que sí —dijo Alegría, y muy escrupulosamente calculó una onza de aquel polvo, que entregó en seguida al ingeniero Larios.

Rafaelito se rascaba hasta las orejas. ¡Nacho Alegría dueño de aquella fortuna que solo cabe en la fábula! ¡El que sólo ha sembrado trigo y frijol garrapata en Sonoyta!

¡Qué caprichosa es la fortuna! ¡Cómo, cuando se propone, favorece a un hombre a las mil maravillas!

En seguida, guiados por mera curiosidad, cavamos en el lugar que indicaba el documento, y el cadáver del famoso Tres Dedos fue encontrado también. Estaba bien conservado y ostentaba la piel enjuta y adherida a los huesos. El cuerpo se conservó gracias a aquella arena fina y en extremo caliente. Ahí supimos por qué le llamaban Tres Dedos: le faltaban dos dedos en la mano izquierda, el índice y el pulgar.

Conservaba en la cintura una carrillera con parque de pistola cuyos casquillos en lugar de ser metálicos era de papel. También conservaba en su cintura un par de pistolas de las llamadas giratorias, de aquella época de la bonanza de California.

Ambas armas fueron sentenciadas por Ramón Gil Samaniego, quién las recogió, a permanecer en el Museo Nacional por todos los siglos de los siglos.

El cadáver del Tres Dedos fue sepultado de nuevo, después de ser “desarmado”.

Luego de este suceso nos propusimos regresar a nuestras carpas para tomar alimentos, pero el destino nos tenía preparada otra enorme cuanto agradable sorpresa. Don Joaquín Salazar padre, que se nos había separado sin que nosotros lo

notáramos, nos llamaba desde un médano cercano con gritos de entusiasmo.

—¡Vengan! ¡Vengan por acá! —nos gritaba—. Ahora me toca a mí, vamos a ver quién me hereda en esta vez.

Nos acercamos apresuradamente al sitio donde se nos llamaba, y al llegar, nos dimos cuenta de que don José Salazar padre había descubierto un cajón repleto de onzas de oro. El dicho cajón tenía nada menos que seis pies de largo, unos dos de ancho por otro tanto de profundidad. Estaba bien repleto de las preciadas alazanas de a onza, y del cuño español que hemos mencionado.

¿Quién había sepultado allí aquel fabuloso tesoro? ¿Serían algunos potentados hispanos, señores de horca y cuchillo, de los llamados dueños de vidas y haciendas, quienes allí lo dejaron oculto al huir de la revolución libertaria encabezada por el anciano Cura de Dolores? ¿Sería escondido allí acaso por los frailes de la Compañía de Jesús, al abandonar aquella Misión.

¡Misterio!

Ya podrá el lector apreciable valuar aquel tesoro al conocer los siguientes datos: tenía cincuenta y cuatro pilas a lo largo por dieciocho a lo ancho, lo que multiplicando ambos factores nos da un total de cuatrocientas treinta y dos pilas, y como cada pila contenía así acomodadas ciento noventa y dos monedas, al multiplicar nuevamente obtenemos ochenta y dos mil ochocientos ochenta y cuatro onzas de oro, que, justipreciadas a cuarenta pesos oro nacional cada onza, nos da un total de tres millones, trescientos quince mil, trescientos sesenta pesos mexicanos.

¡Casi nada valía lo que se había hallado don José Salazar padre!

Por su parte, Nacho Alegría, lleno de júbilo, establecía la siguiente regla de tres simple: ¿valiendo una onza de oro la suma de cuarenta pesos, cuánto valdrán las 18 arrobas que me he encontrado? Y brincaba de gozo.

Ya podrán nuestros lectores, con el auxilio del lápiz resolver el problemita que traía intrigado a Nacho Alegría.

Ambos ingenieros se frotaban las manos de satisfacción por lo que se había descubierto hasta la fecha. Francamente hablando, nuestra expedición había resultado fructífera en todos sentidos, y en distintos lugares teníamos verdaderos hacinamientos de objetos de valor encontrados. ¿Qué no habíamos de sentirnos satisfechos?

Para colmo de satisfacción, la caprichosa fortuna estaba empeñada en protegernos, y lo hacía de mil modos. ¿No lo probaban así aquellos montones de oro, que sólo caben en la fábula?

Pero allá va lo mejor. Nos dimos cuenta de que don Isauro Quirós, Ramón Sotelo, don Miguel Ramírez y don Ramón Parra no estaban con nosotros.

Tan distraídos nos encontrábamos con los objetos hallados, los que no nos cansábamos de contemplar, que no nos dimos cuenta de cuándo y cómo se nos separaron.

Rafaelito y Arturo Quirós se encargaron de seguirles la huella y encontrarlos luego pues afortunadamente no estaban lejos. Los cuatro estaban muy empeñados trabajando apresuradamente a espaldas del templo en ruinas que habíamos descubierto.

Nos acercamos y al tratar de inquirir lo que hacían, el señor Quirós se apresuró a manifestarnos que buscaban por allí las paredes del convento, que como se estilaba en aquellos tiempos, debía de encontrarse a espaldas del templo.

Les ayudamos entonces en su tarea y fue don Isauro Quirós quien primero tropezó con un muro del edificio que buscaba. Con este motivo, emprendimos con más ganas la empresa acometida, y no cesamos en nuestra labor hasta dos días y medio después, cuando todo el edificio en ruinas estaba despejado de médanos.

Por el Norte sólo unos cuantos arcos quedaban en pie, y por el Poniente seguían las ruinas de aquel caserón de arquitectura churrigueresca que debe haber tenido colosales dimensiones. Tal lo decían los fragmentos de construcciones hallados en aquellas ruinas.

Cinco amplísimos salones o departamentos de monjas fueron encontrados. Los muros se ven pintados de blanco en el interior y por el lado de fuera ostentan desnudas piedras de lava, en extremo porosas, muy semejantes a las rocas con que fue construida la Catedral Metropolitana.

Contiguo al convento descubierto y por el rumbo del Oriente, se ve el Cementerio, y muchos de nosotros logramos a fuerza de trabajo, descubrir algunas lápidas de una piedra blanca, quizá de cantera, o bien de alguna otra roca de formación sedimentaria, traída tal vez de las sierras que se ven por el Norte, lado por donde se encuentra la línea Internacional.

—No hay qué abandonar estos lugares sin examinar lo que hay debajo de estas lápidas! —exclamaba el quisquilloso Carrasco.

—¿Qué ha de haber?, cadáveres de frailes y de monjas —decía Larios.

—Convengo —decía Rafaelito—, pero algunos de estos cadáveres fueron sepultados con sus tesoros.

—¡Pues arriba manos a la obra! exclamó Ramón Gil Samaniego. Levantemos unas cinco o seis de estas lápidas para ver qué cosas nos ocultan.

—Hagan como gusten —dijo el ingeniero Blázquez—, por mi parte, no apruebo la idea, pero tampoco me opongo.

—Hay que exclamar como el poeta —dijo don Isauro Quirós—: “Yo, ni en la paz de los sepulcros creo”.

Ramón Gil Samaniego no reparó en tales lindezas y ayudado de Carrasco y Manuel Parra, separó de su sitio una de aquellas pesadas lápidas. El cadáver de una anciana, colocada en un ataúd sin tapa alguna, quedó a la vista de todos. El cuerpo vestía de negro, y estaba momificado. Valiosas joyas lo adornaban.

—Sacaremos a esta abuela con todo y ataúd, para ver que hay debajo —decía Astorga.

Y así se hizo. Ramón Gil Samaniego notó que el cadáver de la anciana el que ostentaba algunos rosarios y escapularios, tenía además, algunos papeles doblados entre la ropa que le cubría el pecho.

Prontamente se apoderó de aquellos papeles y uno de ellos, el que acaso parecía más legible, con caracteres antiguos que copiamos, y respetando la ortografía, decía lo siguiente:

“María de Teresa de Jesús, por la Gracia de Ntro. Señor, Madre Abadesa del Convento de aquesta Misión de los Quatro Ebangelistas, por disposición y nombramiento prebio dado por el Supremo e Ilustrísimo Tribunal Eclesiástico del Reyno de Hispania, manifiesto y digo ser de mi voluntad ceder mis capitales, que están encerrados a tres codos de la tierra, en la esquina Sur de la tercera pieza de aquél Convento Sagrado, en favor de la persona que primero los hallare, sea quién fuere y cualesquiera que sea su linaje, a fin de que destine una parte a beneficio de los

pobres y goce del resto qe le quede Mi amada y Rvma. Hermana la priora, cuyo cadáver yace en este mismo sitio hentre los demás que aquí se ven, también seden sus dineros á quien los halle primero, de cualesquier linaje qe sea, yen papeles que tiene en el pecho dice donde están. Mis bendiciones”.

“María de Teresa de Jesús”

Ya podrán figurarse los lectores como quedaríamos de impresionados al oír la lectura del anterior documento que recogió Ramón Gil Samaniego.

—¡A usted le toca ahora, don Isauro, usted fue el primero que descubrió los muros del convento, Esta abuelita debe haber sido rica, muy rica.

—¡Sí! decía Quirós, yo hallé los muros del convento, pero no me he encontrado los monis, pero, haré lo posible junto con ustedes.

—¡A usted, a usted lo ha heredado la nanita! Buscaremos por el sitio donde dice el documento y todos le ayudaremos en la empresa. ¡Vamos!

Ya podrá imaginar el lector la actividad que asumiríamos nosotros al oír aquella palabra: ¡Vamos!

Con el más grande empeño, siempre en aumento por los éxitos obtenidos, nos pusimos a descubrir losa por losa. Cadáveres de sacerdotes, de monjas, de niños, etcétera, etcétera, fueron exhumados, y vueltos nuevamente a colocar en sus sitios al inhumarlos otra vez.

Por más esfuerzo que hacíamos no podíamos localizar el sepulcro que indicaba el documento que había leído Ramón Gil Samaniego. Por fin, ya pasado mucho tiempo de inútiles indagaciones por aquí y acullá, don Isauro Quirós, observó que al pisar el suelo donde se encontraba el pavimento sonaba en hueco.

Acudimos allá y barrimos perfectamente aquel piso con escobas de chamizo, hasta descubrir una gran lápida de cantera. Al parecer esta lápida no era anónima, pues en ella se leía lo siguiente:

“AQUI YACEN LOS DESPOJOS MORTALES DE LA RVMA.
SOR MARIA DE LA CRUZ, PRIORA Y RECTORA DE ESTE
CONBENTO DE LA MISSION DE LOS QUATRO EBANGELISTAS.
RECEN POR EL ETERNO DESCANSO DE SU
ALMA”. “MDCCCLXXX”

—Por la numeración romana que aparece en la lápida —dijo Larios—, este cadáver tiene la friolera de ciento cuarenta y seis años debajo de la tierra.

—Ni más ni menos —dijo Blázquez—, y es el que guarda el documento que nos llevará al punto donde se halla el otro tesoro. Quitemos la lápida para verlo.

Así se hizo, y otro cadáver quedó al descubierto. Como el primero que hablamos, este cadáver estaba cubierto de escapularios, de rosarios y medallones, prueba inequívoca del fanatismo de aquellas épocas remotas. Las prendas eran de oro puro y los vestidos de la muerta eran de riquísima tela. Cabe aquí una pregunta o dos, si se desea. ¿De dónde salió tantísimo oro en aquel lugar, hasta el grado de haberse encontrado por toneladas entre aquellas ruinas?

¿Sería posible que nuestros antepasados, con otros procedimientos anticuados, ignorando los más rudimentarios principios de la química, obtuvieran el oro en tales proporciones, con mengua de las generaciones actuales entre las que se encuentran algunos señores que se precian de sabios metalurgistas?

;Misterio!

Pero lo cierto era que tal cosa sucedió, puesto que los descubrimientos realizados lo decían con toda claridad.

Con el mayor cuidado se llevó a cabo felizmente la exhumación de la caja mortuoria. La madera de duro mezquite estaba perfectamente conservada por otra maravilla de la naturaleza, pese a haber permanecido sepultada en la arena por casi siglo y medio.

El ataúd con el cadáver dentro se puso de pie contra un muro del convento por el hercúleo Carrasco. Acto seguido, se procedió a la excavación a un nivel más bajo, de conformidad con lo que decía otro documento antiquísimo que tenía entre las ropas del pecho este segundo cadáver. Momentos después fue encontrado un verdadero subterráneo pletórico de objetos de valor inestimable y millares de monedas de oro y plata con el cuño español antiguo.

Pasadas algunas horas, don Ramón Parra, don Ramón Sotelo, Pepe Salazar y Manuel Parra, descubrían otro cuantioso tesoro y era al que se refería el primer documento que ya insertamos, firmado por María Teresa de Jesús, la madre abadesa. Nuestro entusiasmo rayó entonces en la locura casi.

A los ingenieros no les preocupaba en lo más mínimo las riquezas halladas. Hombres de saber, ellos se entretenían en profundas meditaciones, observando muy cuidadosamente cuanto tenían a la vista y apuntando todo en sus libros de memorias, sin duda para publicar aquello más tarde o para dar cuenta de lo anotado a las dependencias del Superior Gobierno de que eran empleados.

Por lo que se refería a los demás, nos permitían obrar con entera libertad, y con este motivo hacíamos lo que mejor nos parecía, salvo en tales o cuales trabajos en que era necesaria su intervención.

Hemos dicho que los dos tesoros eran muy grandes, superando en mucho su valor al de los ya encontrados anteriormente. Sólo el autor de *Las mil y una noches* pudo concebir semejantes fortunas.

—Por lo que veo —decía en son de broma el ingeniero Blázquez—, estas dos nanitas murieron muy pobres.

—Y de hambre —añadió Carrasco. ¿Qué no se ha fijado en los cadáveres? Tienen el estómago pegado al espinazo y la cara enjuta. ¡Oiga usted ingeniero, —seguía diciendo Reyes, y señalaba con el dedo índice la piel de aquel par de momias.

—Pero entre tanto, ¿qué vamos a hacer con los tesoros encontrados? —decía Rafaelito.

—¡Pues cargar cada uno con lo que se pueda! —contestaba Nacho Alegría. Yo ya tengo mi parte y no quiero más...

—Pero... —añadió don Isauro Quirós—, si repartimos por iguales partes, entre todos los presentes, lo que hemos encontrado, y vemos su valor, resulta mucho mayor la parte de cada quien a lo que te has hallado tú.

—¡Eso nunca! Mi Cristo vale más que todo junto —decía Nacho.

—¡Eso sí! —dijeron Ramírez y don Abelardo López.

—¡A sacar los tesoros! —exclamo Ramón Gil Samaniego. ¡Fuera con ellos!

Y así se hizo. Por más de dos horas nos ocupamos todos en el negocio de extraer de aquel subterráneo monedas de oro y plata así como infinidad de objetos de estos mismos metales. Las carpas fueron desarmadas para ocupar las lonas en empaquetar el oro en bultos de poco peso. Lo mismo se hizo con la plata y los objetos.

Cuando tratamos de sepultar de nuevo los cadáveres, Gil Samaniego se opuso a ello, pues de antemano los sentenció a que terminaran sus días en el Museo de Historia Nacional.

—¡Qué hermosa debe haber sido en sus mocedades esta priora —decía don Ramón Gil Samaniego. Aún después de siglo y medio de muerta, todavía conserva su cadáver los rasgos característicos de la mujer bella...

—¡Vaya con el fisionomista! —exclamó riendo el ingeniero Blázquez.

Por disposición de Ramón Gil Samaniego, que como ya lo dijimos, se apoderó de las cajas y momias para donarlas al Museo, se acordó que ambos cadáveres fueran trasladados también a las carpas, cosa que se ejecutó desde luego.

Los ingenieros acordaron que las obras hasta allí llevadas a feliz término, se

suspendieran por de pronto, hasta poner los hechos en conocimiento del Ejecutivo Federal, a fin de que aquella superioridad, dispusiera lo que estimara procedente.

Una vez aprobado el acuerdo de los ingenieros por todos los presentes, se dispuso cargar los asnos y caballos con los tesoros hallados hasta un lugar cercano al camino que lleva a la Bahía de Addair o Punta de Roca, para de allí, al paso de la expedición por aquel sitio, recogerlos y conducirlos de regreso a Sonoyta, que era el punto de partida a donde volveríamos unos cuantos días después, no sin antes visitar antes otros lugares. Y como se acordó así se hizo.

Seis de nuestros compañeros cargaron en todas las bestias disponibles los objetos hallados, así como los tesoros. Se ocuparon dieciocho caballos y más de quince asnos. Las carpas de lona fueron convertidas en costales y dos días más tarde, muy de mañana, Nacho Alegría, tomó la delantera, martirizando con el látigo a tres burros, que cargaban de veintisiete a treinta arrobas de metal amarillo entre oro en polvo y monedas.

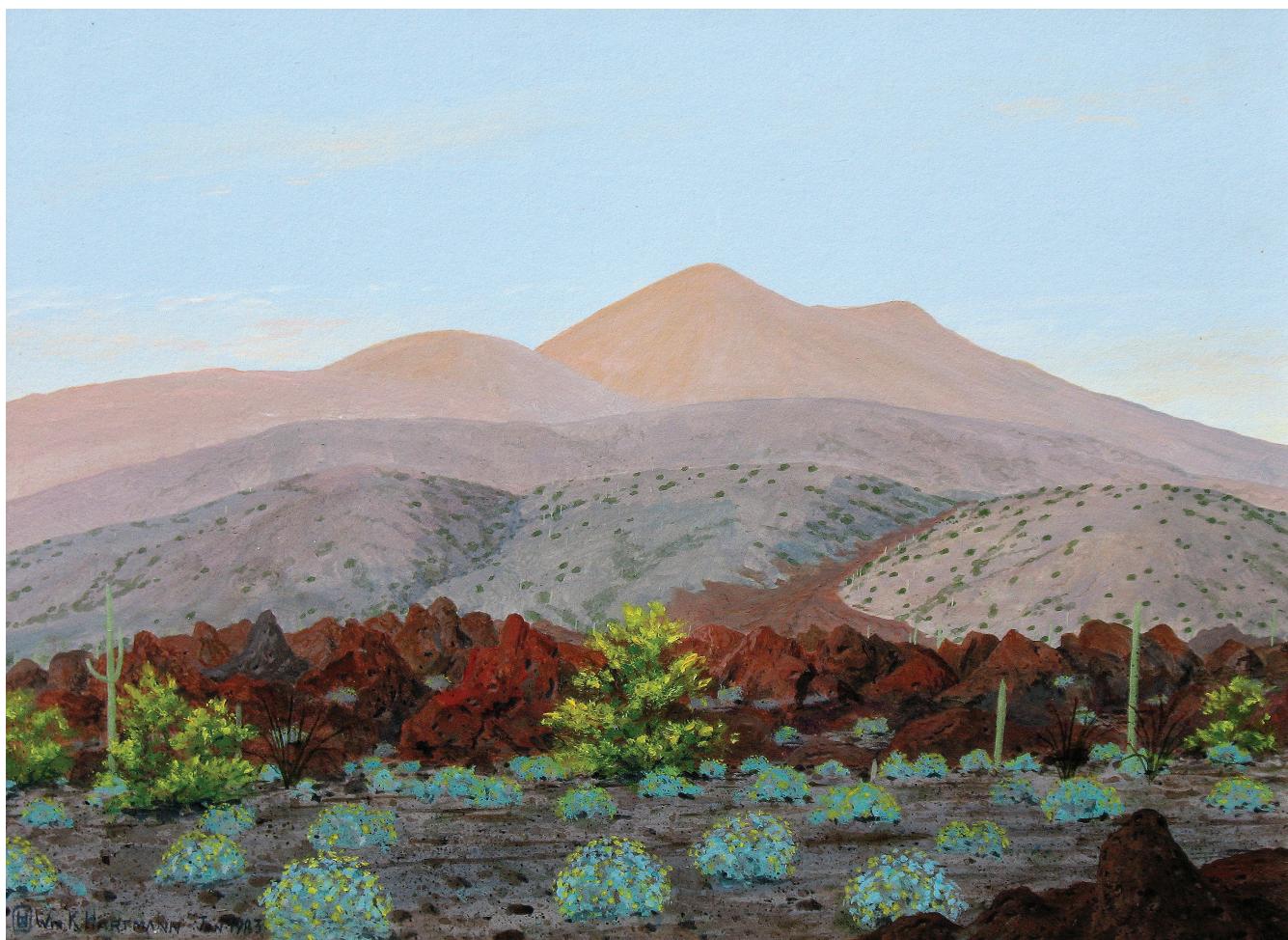
Alegría encargó el crucifijo a Rafaelito, quien ofreció llevarlo con el mayor cuidado posible. En cuanto a las cajas que contenían las momias, fueron cargadas en los caballos más mansos. Gil Samaniego recibió la protesta de ley de los conductores de que no se maltratarían en el camino.

Partió la caravana, arreando todas aquellas bestias cargadas, con Rafaelito como atajador o jefe, con instrucciones expresas de hacer alto en El Batamote, punto situado en el Río de Sonoyta, como a setenta y dos kilómetros de este lugar, rumbo aproximadamente 0. 20° S. y como a doce kilómetros distante de uno de los pozos construidos por una compañía ferrocarrilera, sobre el camino que conduce a la Bahía de Addair.

El resto nos quedamos a pie para seguir explorando aquellas regiones desconocidas, con provisión de agua y alimentos suficientes para quince días más, tiempo que considerábamos emplear en nuevos descubrimientos. Las demás provisiones se entregaron a los conductores del atajo, así como el agua necesaria hasta llegar al lugar de su destino, en lo que a lo sumo y sin detenerse demorarían cinco días.

Además, nosotros teníamos en nuestro poder magníficos rifles Winchester, y la caza mayor y menor era abundante, por lo que no había qué temer la falta de carne.

Alejados ya nuestros compañeros y sin motivo alguno que justificara nuestra presencia ahí, determinamos abandonar aquel lugar considerando que las obras de exploración habían sido suspendidas por acuerdo general hasta enterar al Ejecutivo Federal, a cuya superioridad se daría cuenta con gran parte de los objetos encontrados.



Luz matutina sobre la cima de las montañas de El Pinacate. La expedición de Esquer escaló a la cumbre, a 1,238 pies sobre el nivel del mar. Un escurrimiento áspero de lava desciende de los montes distantes y se esparce como una pared en una distancia intermedia. En un primer plano, el campamento del cono rojo está demarcado por árboles palo verde en floración e incienso. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 1983).

CAPÍTULO IX

LA SIERRA DE EL PINACATE

Del punto donde nos encontrábamos y con un rumbo aproximado de S. 30° E. se ve la cumbre de una elevada montaña enteramente negra, cubierta de lava casi enteramente hasta su cima. A ella se dirigieron las miradas de los ingenieros y decidieron explorarla en lo que fuera posible y escalar la cumbre. Desechamos pues la idea de tomar de nuevo el camino subterráneo que nos llevaba a la orilla del mar, y que habíamos dejado para salir a la superficie, para dirigirnos directamente y pie a tierra, a expedicionar por aquella serranía.

Caminamos durante todo el día con la dirección mencionada. Al obscurecer y ya casi para llegar a las primeras faldas de la Sierra de El Pinacate, dispusimos hacer alto y pernoctar en aquel campo, ésta vez a la intemperie puesto que nuestras carpas quedaron convertidas en costales y caminaban ya con rumbo a El Batamote.

El invierno estaba muy próximo y el frío se dejaba sentir avivado más y más por un Noroeste que nos molestaba. Abundaba por allí la ejea o palofierro seco por lo que Ramón Gil Samaniego propuso que se encendieran grandes hogueras para alejar aquella fría temperatura, idea que aceptamos todos con el mayor gusto, prometiéndonos cada quien, dormir de lo lindo.

Momentos después, grandes montones de leña seca de palofierro y otras maderas se veían a nuestro alrededor.

Ramón Gil Samaniego no conseguía que ardiera una pira de leña que formó, gastando de balde una caja de fósforos. Al Chileno y a Regino Celaya les sucedía lo mismo. ¡Cosa rara! A don Isauro Quirós, Don Ramón Sotelo, Carrasco, don Ramón Parra y don Francisco Bedoya les pasaba igual.

Otro grupo formado por Astorga, Salazar, Domingo y Arturo Quirós y don José Salazar padre, se quejaba también de la misma manera.

—¿Pero, es posible que ninguno de ustedes pueda atizar? —exclamaba el ingeniero Blázquez—. A ese paso, muy pronto quedaremos sin un sólo fósforo.

El ingeniero Larios se acercó al montón de leños y al reconocerlos ligeramente dio un grito de sorpresa.

—¡Es madera petrificada! —exclamó—. ¡No conseguirán jamás que arda!, ¡No se gaste un sólo fósforo más en esto! Es preferible que cambiemos el campamento a otra parte, pues aquí vamos a sufrir mucho frío si no conseguimos hacer lumbre.

Al examinar a su vez la leña, el ingeniero Blázquez confirmó la opinión de Larios.

Estábamos de malas. Habíamos determinado pasar allí la noche con bastante frío, y en medio de un bosque petrificado. Rápidamente, antes que la obscuridad reinara por completo, nos alejamos de allí y caminamos unos dos kilómetros más para encontrar leña en mejores condiciones de combustibilidad. Finalmente nos instalamos lo mejor que pudimos tras encender inmensas hogueras.

Cansados en extremo por la caminata a pie, después de una ligera plática sobre los descubrimientos hechos y sobre lo que nos proponíamos llevar a cabo al día siguiente, no tardamos en quedarnos profundamente dormidos.

A eso de las tres de la mañana, don José Salazar y don Ramón Sotelo nos despertaron anunciando que el café estaba listo para todos, y bien caliente.

Quien nunca haya dormido en el campo en tiempo de frío jamás podrá apreciar lo que vale una taza de café caliente a esas horas de la mañana.

Aquella bebida nos pareció a todos como traída de los cielos. Casi todos le hicimos los honores de la repetición. Don José Salazar padre y don Ramón Sotelo oyeron satisfechos las alabanzas de rigor.

Aquella bebida deliciosa nos causó un insomnio prolongado, puesto que ninguno de nosotros, después de tomarla, quisimos acostarnos de nuevo.

Con tal motivo, acordamos permanecer junto al fuego, que fue avivado, hasta que amaneciera, entreteniendo el tiempo faltante en comunicarnos nuestras impresiones con motivo de tantas cosas descubiertas y los proyectos que abrigamos para el futuro. Nuestras frases fueron interrumpidas de pronto por la aproximación de varios coyotes, que sin manifestarnos el más ligero temor se nos acercaron hasta llegar a unos cuantos pasos de nosotros. Sus aullidos agudos y prolongados atronaron el espacio. Algunas descargas de rifle, pusieron fuera de combate a cinco de dichos animales, y en fuga a los demás, cesando de pronto aquella música infernal.

El coyote es uno de los animales salvajes que más abunda en el Distrito de Altar, muy principalmente en la región noroeste extrema de Sonora. Los hay de distintas variedades, entre los que descuellan en primer término el lomo ahumado, el mote blanca y el bayo lobo.

Los americanos gustan de adquirir las pieles de dichos animales, a muy buenos precios por lo que, anualmente, muchos individuos se dedican al trampeo de coyotes para adquirir la hermosa piel reuniendo en ocasiones cantidades fabulosas de cueros de zorra y de coyote que venden en territorio de Estados Unidos a los mejores precios.

Se observa a veces que los compradores norteamericanos organizan expediciones con el solo objeto de dedicarse al trampeo de animales de piel fina, la que tratan con sumo cuidado para no lastimarla o agujerearla.

Como lo indicamos, la música infernal producida por los aullidos de coyotes, cesó con unas cuantas descargas de rifle. Regino Celaya despojó de la piel a los animales heridos. Él tiene la costumbre de adquirir toda clase de objetos de procedencia animal, mineral y vegetal y los lleva a su domicilio, enclavado en la Hacienda de El Bánori, que es un verdadero “Museo Universal”.

Don Ramón Parra y Bedoya, que momentos antes se habían separado para regresar luego, volvieron a poco con un hermoso venado, atravesado del codillo por una bala de rifle. La provisión de carne se incrementó con aquel recurso; luego emprendimos la marcha con rumbo a la cumbre de la montaña. Eran las siete de la mañana.

Pronto vimos que el ascenso por aquel lado de la sierra era fatigoso pero no había más remedio que seguir adelante ya que los puntos de fácil acceso estaban bien distantes y no era cosa muy sencilla llegar hasta ellos.

El piso sumamente inclinado, seguramente con más de 45°, estaba en extremo peñascoso y blando en las partes en que había tierra muerta como dicen vulgarmente las gentes de campo.

Cinco horas de marcha hacia arriba por aquel plano inclinado bastaron para agotar por completo nuestras fuerzas por lo que determinamos sestear en una meseta o pequeño banco firme que se nos presentó de pronto.

Las personas de edad más o menos avanzada que iban en aquella expedición, resintieron más el cansancio y así lo manifestaban a cada momento, aunque en honor a la verdad, ninguno desmayaba ante la idea de llegar a la cima para desde allí explorar a su sabor en todas direcciones y divisar al Suroeste las aguas del Mar de Cortés o Golfo de California.

Tres horas duró aquel sesteo y ya bien tarde emprendimos de nuevo el ascenso, subiendo con miles de afanes siempre, hasta llegar a la puesta del sol, como a la mitad de la altura de aquella montaña. Allí resolvimos pernoctar.

Como en la noche anterior, se procedió desde luego a encender hogueras ya que el frío se dejaba sentir de lo lindo; con gran apetito devoramos los alimentos que se prepararon, luego reunimos nuestras armas por si se nos ofreciera en aquella abrupta serranía en donde quizá abundan las fieras.

Nos sentamos alrededor del fuego para contar nuestras impresiones y tal o cual chisteillo para matar el tiempo.

El ingeniero Blázquez consultó su barómetro y marcó una altura de 710 metros sobre el nivel del mar.

¡Y sólo estábamos a la mitad de la cumbre más elevada!

Serían las veinte horas o quizá más noche, cuando nos recogimos y nos entregamos al sueño. Nuestra intención más sana fue dormir un poco, pero no lo conseguimos. Veamos ahora por qué.

Tratando de conciliar el sueño, habíamos quedado en el más profundo silencio cuando un gruñido espantoso, que nos pareció que hasta había conmovido las rocas, se dejó oír muy cerca de nosotros.

Otro rugido, muy semejante al primero se dejó oír por nuestro flanco derecho. La hoguera no se apagaba, y dos o tres maderos que se quemaban aún, dejaban ver su mortecina luz al avivar la llama el viento que soplaban del noroeste.

A no dudarlo, se trataba de algún par de fieras que se habían propuesto hacernos pasar un mal rato. Requerimos nuestras armas con la mayor prontezza y nos pusimos en guardia esperando los acontecimientos. ¿Pero, de qué clase de fieras se trataba? ¿Leones?, ¿osos?, ¿tigres? Tales felinos y plantígrados son desconocidos en la sierra de El Pinacate.

Sin embargo, se trataba de fieras, puesto que los rugidos se repetían.

Por más esfuerzos que hicimos para ver con qué animales teníamos que habérnoslas nada pudimos distinguir. Ninguno de nosotros se movía de su sitio y nuestra actitud era a la defensiva.

Pasaron como veinte minutos y nuestra situación en nada había cambiado; la ansiedad general no reconocía límites y todos deseábamos un pronto desenlace.

Otro rugido espantoso se dejó oír a espaldas de nosotros y sobre las peñas de una roca eruptiva que por ese lado nos resguardaban del viento.

Repentinamente Regino Celaya disparó su rifle sobre un bulto negro que distinguió sobre las piedras, y entonces vimos que un enorme tigre rayado, después de dar un gran salto, cayó de espaldas sobre el sarape donde pocos momentos antes descansaba Carrasco.

La bala expansiva del rifle de Celaya había tocado a la fiera por debajo de la mandíbula inferior y presentaba orificio de salida en la frente. Después de unas cuantas convulsiones, la fiera estaba bien muerta. Carrasco con carabina en una mano y pistola en la otra estaba con el cabello erizado y mudo de terror.

¡Por poca cosa! ¡El tigre herido había saltado por sobre su cabeza!

Estoy seguro de que todavía se acuerda de aquel percance y le alcanza algo de aquellos momentos en que juzgó en peligro su vida. Pero volvamos a nuestra narración.

En esos precisos momentos, otra fiera más grande aún se abalanzaba sobre Ramón Gil Samaniego y Ramón Parra, a quienes en vano trataban de auxiliar el Chileno, Pepe Salazar y Manuel Parra.

Tenía miedo disparar por no herir a los compañeros. Samaniego y don Ramón Parra agotaron los cartuchos de sus pistolas haciendo fuego sobre el cuerpo de la fiera, que distaba de ellos sólo diez pasos.

Ningún efecto causaron tantos tiros. Ambos ingenieros trataban en vano de dar órdenes y dirigir la batida, sus voces de mando no eran oídas.

La fiera se enojaba más y más con tanto disparo.

Don Isauro Quirós hizo fuego a su vez con una carabina pequeña y el tigre trató de morderse el dorso. La bala sólo le había causado una ligera raspadura en la piel.

Tocó su turno a Manuel Parra quien al disparar bajó la puntería y atravesó con el proyectil una mano del tigre. Otro tiro fue disparado por Parra y atravesó las costillas de la fiera que, dando un gran salto, cayó sólo a cincuenta centímetros de Bedoya y de don Ramón Sotelo. La fiera abrió el grande hocico y ya se preparaba al ataque cuando Carrasco, que se había acercado, disparaba a sólo dos pasos de la fiera, metiéndole la trompetilla del arma en las fauces sanguinolentas.

El tigre retrocedió un paso, tambaleó y cayó sobre unas lavas donde dejó toda su masa cerebral.

— ¡Jij... jijo de un... demonio! —exclamaba Carrasco, asustado y jadeante aún— si no le acierto en la buena, hace una diablura con nosotros.

El pobre de Bedoya, no obstante ser de un color de ébano, se puso verde olivo. Hubo que darle algunos vasos de agua fría para calmarlo un poco.

La otra fiera, porque resultó que eran tres, optó por retirarse, aunque no muy lejos, porque de vez en cuando, lanzaba espantosos rugidos. Este fue el motivo y muy fundado para que ninguno de nosotros pudiera conciliar el sueño.

Al amanecer el inquieto Gil Samaniego y Manuel Parra distinguieron al tigre que nos había desvelado, metido en una covacha que distaba como doscientos metros de donde nos hallábamos.

— ¡Allí tenemos buen blanco! —nos gritaron, señalándonos el punto.

— Este me toca a mí, —dijo el ingeniero Larios. Y diciendo y haciendo, apuntó su rifle en aquella dirección.

La bala sólo tocó en uno de los bordes de la cueva, sin herir al animal. El Ingeniero Blázquez disparó a su vez sin efecto, pues no vimos donde dio el proyectil.

Tocó su turno al Chileno, quien poseía un magnífico rifle Winchester. Disparó y el proyectil tocó a la fiera en los ijares. Rugió espantosamente, salió apresuradamente de la cueva y se lanzó en veloz carrera hacia el lugar donde estábamos.

¡Aquella sí que era una verdadera fiera! Todos nos pusimos en guardia al ver la dirección que había tomado el tigre, y al descubrirlo, cuando sólo estaba a diez pasos de nosotros, fue recibido con una descarga general.

Tan grande fue nuestra sorpresa, mejor dicho nuestro temor, que de quince armas que fueron disparadas simultáneamente, tan solo tres balas hicieron blanco en la fiera que a pesar de sus heridas no caía todavía y nos amenazaba con sus terribles zarpas.

Otros dos tiros disparados por Celaya y el ingeniero Larios, con tan buena suerte, que el animal cayó tan largo era para no moverse más.

Ambos proyectiles le habían destrozado la cabeza. De no haber sido así, el tigre ya herido y sobremanera irritado, hace una diablura con algunos de nosotros.

—¡Qué hermoso ejemplar! —exclamaba Ramón Gil Samaniego, tocando con su mano el lomo del tigre—. Yo he visto animales de esta especie en algunos zoológicos, ¡pero ninguno de la talla de este felino...!

—¿Pero es posible lo que veo? —se preguntaba admirado don Isauro Quirós—. Hace la friolera de cerca de cincuenta años que habitó en Sonoyta y conozco bien todo los alrededores y ni siquiera había oído hablar de que hubiera tigres por estos rumbos.

—De eso no se admire ni la extrañe a usted señor Quirós —le contestó el ingeniero Blázquez—. Todos los felinos buscan para guaridas los lugares menos frecuentados por el hombre, a quien consideran su enemigo, y procuran cuevas y concavidades para ocularse de las miradas de los cazadores. Aquí no sólo hay cuevas que le ofrecen una segura guarida, sino que tienen agua en las tinajas y la caza no les falta, puesto que abundan los antílopes, los cimarrones, así como asnos en cantidades asombrosas. ¿Qué extraña a usted, pues, que haya por estos lugares leones, pumas, leopardos, onzas, tigres y panteras? Esta serranía, por las particularidades que ofrece y por lo aislada y solitaria que está, sí que debe de servir de guarida a una gran variedad de fieras por el estilo de éstas o más carníceras aún.

Había, pues, en nuestro campo tres hermosos ejemplares de tigres ya muertos, dos machos y una hembra. Como era natural, cada quien quería apropiarse de aquellas pieles pero el ingeniero Larios resolvió el problema, disponiendo que seis excursionistas se pusieran a desollar aquellos animales para ceder los cueros al Museo Zoológico Nacional. De esa manera terminó aquella fiesta en paz.

Don Ramón Parra propuso que gustáramos aquella carne, asegurando que era de sabor exquisito pero al parecer afortunadamente nadie aceptó y sólo manifestaron con gesto de asco o repugnancia ver aquella carne de gato, entreverada de gorduras amarillas y viscosas.

La proposición de don Ramón Parra fue desechada de plano. A hora muy avanzada, puesto que cuando menos eran las diez horas del día y con un peso de seis arrobas más que se nos echó encima con aquellas pieles de tigre, emprendimos la marcha hacia arriba, más trabajosamente aún que en el día anterior.

A cada paso, algún un expedicionario resbalaba y volvía a pararse con bastante dificultad. Tan difícil así se presentaba la subida a veces. Después de ocho horas de una pesada caminata por aquel terreno tan accidentado, Reyes Carrasco y el Chileno fueron los primeros que hollaron con sus plantas la cumbre más alta de la serranía de El Pinacate.

Los demás expedicionarios llegaron momentos después, cuando empezaba a oscurecer. Examinamos el punto a donde habíamos llegado y pudimos darnos cuenta de que aquella cima estaba formada por una meseta como de cien metros de radio, accesible sólo por la vertiente que nosotros habíamos tomado por una mera casualidad.

A nuestro rededor se veían algunos arbustos semileñosos y poco más allá varios árboles de tamaño mediano, secos al parecer. Como no podíamos continuar nuestra marcha por lo avanzado de la hora y por el enorme cansancio que todos sentíamos, dispusimos pasar allí la noche.

Algunos nos dedicamos a recoger leña seca mientras otros se ocupaban de preparar alimentos, y otros más en relimpiar el piso donde debíamos de colocar nuestros tendidos. Luego encendimos grandes hogueras.

Todos nos recogimos temprano en medio de aquella meseta sobre la cumbre de la sierra de El Pinacate.

Algunos de nuestros compañeros, aunque cansados y todo, no cesaban de charlar y de fumar cigarrillos, contando chistes mientras llegaba el sueño.

Cuando menos lo esperábamos, y cuando más entretenidos nos considerábamos con tanto chascarillo, un acre y penetrante olor a secreción de zorillo hirió nuestro olfato.

—¡Algún zorillo anda por ahí cerca! —dijo don Ramón Sotelo—. ¡Puf!, ¡qué olor tan desagradable!

—Deben de ser varios, porque este “perfume” se acentúa más y más —dijo Manuel Parra.

Carrasco, que era el único que ya se había dormido, despertó de pronto al notar que

algunos animalitos de éstos, tres o cuatro, anidaban a sus pies, sobre el sarape con que se cubría con la confianza con que lo hace un gato doméstico.

—¡Qué ca...nallas sabandijas éstos! —exclamó irritado Reyes Carrasco cogiendo uno de la extremidad de la cola para azotarlo contra las rocas.

El zorrillo, viéndose fuertemente asido por la mano de Carrasco, secretó la substancia ya conocida y la arrojó sobre Reyes en señal de protesta.

Algún pequeño chorro de aquel líquido semi-corrosivo y viscoso alcanzó a Bedoya. Los otros animalitos, imitando a sus colegas, distribuyeron sus secreciones sobre varios de los tendidos, y en resumen y a los diez minutos aquel cuerpo expedicionario ya estaba bien “perfumado”.

Quién se pescó la mayor cantidad de secreciones de zorrillo, que no es otra cosa que orines, fue Reyes Carrasco, a quien nadie se podía arrimar.

En realidad, todos, incluso ambos ingenieros olíamos de lo lindo, pero ninguno como Reyes O . Carrasco.

—¡Agua! ¡Agua caliente! ¡Por favor, señores, denme agua para lavarme! —decía Reyes.

—¡No haga usted eso, pues la pestecilla aumenta con esa medida y en ocho días nadie podrá soportar la cercanía de usted señor Carrasco —le decía Blázquez—. Frótese usted con tierra simplemente y con eso conseguirá aminorar el “perfume” aunque muy poco. El tiempo hará lo demás.

—¡Malditos animales! —exclamaba Reyes—, y se frotaba más y más en tierra, la que arrojaba al suelo con ira.

Reyes tenía razón de sobra. Todos estábamos “perfumados”, pero ninguno como él. Nuestros cuerpos, nuestra ropa, nuestros tendidos, el suelo mismo en un espacio muy grande, estaban penetrados de aquel olor tan desagradable.

—¡Ello es que no se puede dormir —seguía renegando Reyes—, primero la serenata de los coyotes, después los tigres, ahora estos “ca ...rambiados” animales, y mañana el diablo mismo!

Como era natural, todos estábamos afectados pero a pesar de eso, nuestras risas se dejaban oír, lo que enardecía más y más a Reyes.

A don Ramón Sotelo, a don Isauro Quirós, a don Ramón Parra y a don Miguel Ramírez, los atacó un fuerte dolor de cabeza. Sólo a Manuel Parra, al Chileno y a Pepe Salazar les importaba bien poco todo aquello. Tenían catarro.

Vimos que los ingenieros y Gil Samaniego se tapaban las narices con algodones, pero era en vano. El algodón también estaba aromático. Nos habíamos lucido. Aquellos

zorrillos se encargaron de perfumar de preferencia los tendidos de Reyes. Tenía a sus pies un verdadero nido o “abrevadero” de esos animalitos.

Jamás podrá concebirse un olor más penetrante!

Aquella atmósfera era insoportable. Si fuera de día nos hubiéramos lanzado con la música a otra parte, aunque ya bien olorosos.

En medio de las risas de algunos y de las protestas de otros pasó aquella noche tolédana. Al amanecer pudimos ver que Reyes había azotado contra el duro suelo a tres de aquellos desgraciados animalitos. Su travesura les costó su vida. Ramón Gil Samaniego no se cansaba de lamentarse, quejándose de fuertes dolores de cabeza. El café, que invariablemente era preparado por don José Salazar padre y don Ramón Sotelo, no surtió efecto alguno en él.

Ya entrado el día, con el sol de fuera, nos dimos cuenta del peligro tan grande en que nos encontrábamos notamos que la oscuridad era nuestro mayor enemigo.

Junto a nosotros, a sólo a veinte pasos, la sierra estaba abierta en ancha y profunda grieta. Aquel abismo apenas puede concebirse.

Toda aquella serranía, incluso la alta cima donde nos hallábamos, estaba totalmente cubierta de lava. Por el lado de la sierra pudimos observar que la formidable corriente ígnea formando oleaje, como el mar, llegaba en algunas partes casi hasta tocar las aguas del Golfo de California, a una distancia que puede estimarse en más de cuarenta kilómetros.

Por el Norte, Oriente y Poniente se divisaban los altos médanos de arena y veíamos al Este, allá a lo lejos, una cintilla blanca que semejaba al Río de Sonoyta, hasta que sus aguas se perdían en los médanos arenosos contiguos a la cordillera de montañas de San Francisco, distinguiéndose poco más a lo lejos la Sierra Pinta, en cuyas entrañas existe oro en abundancia además de otros metales de valor.

Allí se nos presentó un problema qué resolver ante el cual nada pudieron los conocimientos del terreno de los hermanos Abelardo y Antonio López. Era el siguiente: ¿Cómo, de qué manera íbamos a pasar aquella grieta para continuar nuestro camino para La Cholla o La Soda a donde deseábamos ir?

Si hubiéramos tomado por uno u otro lado de las crestas de lava que forman la Sierra de El Pinacate, hubiera sucedido igual cosa, puesto que la grieta aquella atraviesa la Sierra y la divide en dos. ¿Retroceder? ¡Eso nunca! Al menos era la opinión de Gil Samaniego, que por ningún caso abrigaba ideas de contramarchar.

Había pues que continuar, adelante, pero... ¿por dónde? He ahí el problema por resolver.

Cuando hacíamos nuestros cálculos para buscar la manera de salir de aquel lugar, un grito de don Ramón Sotelo nos hizo volver la cabeza.

—¡Miren aquel centinela! —exclamaba don Ramón, indicándonos un borrego cimarrón parado sobre unas crestas de lava que se veían a corta distancia.

Por toda contestación, Celaya cogió un rifle Winchester que tenía cerca e hizo fuego sobre el borrego salvaje.

Aquel centinela recibió la bala expansiva en el cuello y, dando un salto, cayó pesadamente sobre el suelo, por donde nos hallábamos.

El tiro disparado espantó a una gruesa partida de borregos salvajes que estaba por allí escondida. Huyendo estrepitosamente casi nos atropelló pero se dejó ir poco a la izquierda sobre la grieta que nos impedía el paso.

Un instante después, y antes de que pudiéramos movernos del lugar, vimos a la partida entre los peñascos de lava que corrían ya por el otro lado de la grieta sin parar.

¿Sería posible que aquella partida de animales hubiera encontrado ya lo que nosotros no podíamos hallar? ¿O se trataría de otro rebaño?

A cerciorarse ocurrieron unos ocho expedicionarios siguiendo el rumbo que habían tomado al huir los cimarrones. Volviendo al poco rato con la novedad de que aquella grieta se angostaba en una parte y dejaba entre una y otra pared sólo cuatro metros de anchura, la que fue fácil salvar el rebaño, avezado a merodear por verdaderos precipicios. Los ingenieros ordenaron que se construyera un puente provisional con grandes haces de sahuario seco que abunda en aquellos lugares y cuyos maderos tenían una longitud mayor de cinco metros.

Así se hizo y una hora después un viaducto algo consistente estaba construido para facilitar el paso por la grieta profunda que dividía la cima de la montaña.

Teniendo ya la certidumbre de que nuestra marcha no se interrumpiría, los ingenieros determinaron la altura de la montaña, que alcanzaba una elevación de 1,300 metros sobre el nivel del mar. Ambos profesionistas se ocuparon también de tomar fotografías de aquellas regiones inmensas y despobladas que divisábamos en todas direcciones desde aquella altura, haciendo en sus memorándums las anotaciones de rigor.

Regino Celaya cargó cimarrón que había caído cerca y lo llevó al lugar donde estábamos. Acto seguido, don Abelardo López haciendo a un lado unas ramas de ocotillo que le estorbaban, se preparó para destazarlo, lo que hizo a las mil maravillas para aumentar así nuestra provisión de carne.

Después de media hora en que los ingenieros sus observaciones, se continuó la marcha con toda felicidad por sobre el puente improvisado de que hemos hablado, dejando

atrás aquel campo bien perfumado con maldecidas secreciones del zorillo, por lo que Carrasco no paraba de renegar un solo instante.

¡El pobre Reyes tenía razón! A nadie podía acercarse. Los cimarrones, no habían huido aún y sólo se habían alejado de nosotros, aunque no nos perdían de vista desde las altas piedras obscuras donde estaban parapetados observando. El instinto de la curiosidad debe ser un don en esta clase de animales, mezcla a la vez de cabra y borrego, que muestran en su cuerpo la hermosura y la fealdad de ambos cuadrúpedos.

La cabeza del cimarrón es enorme y se ha comprobado que existen algunas que pesan más de veinte kilogramos. Sus grandes cuernos retorcidos a manera de tirabuzón, con marcados anillos en toda su longitud, miden a veces dieciocho pulgadas de circunferencia en la parte más gruesa.

El carnero salvaje o cimarrón, como es más generalmente conocido entre la gente de campo, abunda en rebaños más o menos numerosos en la región noroeste del Distrito de Altar, pero de continuar su caza como se lleva a cabo por muchos amantes de ese deporte, y si nuestro Gobierno no la restringe de alguna manera y se ordena vigilar a los cazadores, la especie desaparecerá.

Algunas disposiciones han sido dictadas a este respecto por la Superioridad, pero por desgracia hay individuos poco escrupulosos del cumplimiento de esas disposiciones prohibitivas y en los lugares poco vigilados por los guardas forestales se entregan a la caza inmoderada de esos animales. Así ocurre con los indígenas de la tribu pápago, amén de uno que otro norteamericano que se introduce a veces al país por lugares no autorizados para dedicarse al ejercicio de la caza clandestina.

Cuentan algunos cazadores que, cuando llegan a sorprender alguna partida de cimarrones, éstos, al sentir la proximidad del peligro o percibir algún ligero ruido, echan a huir con grande estrépito y en veloz carrera, salvando con sus saltos grandes distancias y dejándose ir de cabeza por precipicios. Los cazadores no van tras de la partida espantada, sino que se ocultan lo mejor que pueden en el lugar de donde huyó el rebaño. Los cimarrones, guiados por su instinto de curiosidad, no tardan en volver, como a observar con qué se espantaron, y esos preciosos momentos son aprovechados por los cazadores que hacen verdaderas carnicerías. Sea esto o no cierto, debería de prohibirse esa caza inmoderada que, de continuar, agotaría en breve tiempo esa especie que por ahora, según sabemos, sólo existe en el noroeste del Distrito de Altar y sobre la cima de las montañas que existen en esa parte el rico estado de Sonora.

Algunos de nosotros quisimos dar buena cuenta de algunos borregos salvajes que estábamos divisando muy inmediatos parados en los peñascos de lava, pero los ingenieros

se opusieron, prohibiéndonos que disparáramos un solo tiro más sobre aquellos mansos animales, no quedó más recurso que obedecer.

Ya en el otro lado de la grieta, como dijimos, nuestra marcha no mejoró pues constantemente pisábamos sobre peñascos de lava y sobre arena volcánica pero sin encontrar cráter alguno en aquella parte de la sierra.

Al parecer, toda aquella serranía estuvo ardiendo exteriormente, puesto que, habiendo caminado muchas horas ese día y con ese rumbo, casi al Sur, no habíamos encontrado otra cosa sino la ancha grieta de que ya hemos hablado.

Aunque la espaciosa meseta por donde íbamos se veía totalmente cubierta de lava y de arena, existía allí alguna vegetación. Observamos variedades de arbustos y plantas leñosas sin faltar, por supuesto en aquellas alturas, la cholla, el cibirl, el nopal, la pitahaya y uno que otro cactus gigante de los llamados sahuaros.

Como a las quince horas de ese día comenzamos a descender por el costado sur de la montaña, sin haber encontrado nada de notable en las horas que llevábamos de marcha.

Lo que nos llamó fuertemente la atención fue que por ese lado una gran corriente de lava, formaba un oleaje como el mar, desde esa falda de la montaña descendía a la llanura y corría por la parte baja hasta casi llegar a las orillas del Golfo de California por el rumbo de La Soda y La Cholla.

—Pero... ¿de dónde salió esta cantidad de lava? —se preguntaba el ingeniero Blázquez—. Yo no he podido distinguir ningún cráter y esto sí que verdaderamente es de sorprender.

¿Será posible creer que esta formidable corriente de lava salió únicamente de las enormes faldas de esta sierra y no del interior, por alguna boca que aún no hemos encontrado?

Señor ingeniero —dijo Abelardo López—, el lugar donde estamos lo conocemos perfectamente mi hermano Antonio y yo, y no recordamos de que exista algún cráter por este lado de la montaña. Por el rumbo poniente de esta misma sierra sí que hay infinitos abismos y por ellos parece que se llega hasta el centro mismo de la tierra, pero esta lava no sé por dónde brotó a la superficie.

—Pues he de averiguarlo —dijo el ingeniero—, y para ello aquí hacemos alto y no damos un solo paso adelante sin que nuestra curiosidad haya sido satisfecha.

—¡Bravo! Aceptamos la idea —dijo Larios.

—¡Aceptado! Esto debe de ser de suma importancia —exclamamos algunos expedicionarios, abandonando en el suelo todos los objetos que llevábamos consigo.

—¡Lumbre! ¡Lumbre luego! —ordenaba Ramón Gil Samaniego—, que hace un frío de Judas!

En efecto, la temperatura en lo alto de aquella montaña, y en aquella época del año, era de algunos grados bajo cero.

La leña abundaba por allí. Excusado es decir que grandes hogueras se encendieron momentos después. Lo que sucedió después lo veremos en el capítulo que sigue.



Luz del amanecer sobre las dunas de arena del Gran Desierto, vista por encima de un saliente de lava basáltica cerca de la Sierra del Rosario, justo al oeste de El Pinacate. En esta región, la expedición de Esquer supuestamente descubrió la enterrada “Misión de los cuatro evangelistas.” (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 2008).

CAPÍTULO X

LA LLEGADA DE OTRO EXPEDICIONARIO

Muy tranquilos estábamos descansando de la larga caminata del día haciendo comentarios amenos sobre lo acontecido cuando, sorprendidos, oímos por el Oriente y a una distancia cercana los ladridos de un perro.

—Algún cazador perdido —dijo Larios.

—Oigan bien —añadió Gil Samaniego—, el perro ya no ladra, ahora está aullando, como si se le hubiera perdido su amo.

Aguzamos el oído, y escuchamos muy claramente los lastimeros aullidos o lamentos de un perro, quizá separado de su amo.

Los más grandes naturalistas están de acuerdo en que un perro en buen estado de salud, sólo en un caso, único, aúlla lastimosamente, y es cuando echa de menos a su amo y busca con ahínco a ese ser querido para él.

No se ha dado un solo caso en la historia universal, en que alguien haya quebrantado la fidelidad de esos infelices animales. La lealtad de un can para su amo no tiene límites y la verdadera historia, no la fábula, cita frecuentes casos de estos agradecidos animales, cuyos huesos blanquean las sepulturas donde sus amos duermen el sueño de la eternidad.

Si tratáis de adquirir a toda costa un amigo leal, un amigo verdadero, criad un perro, abrigando la seguridad absoluta de que primero lo veréis, antes que cometer un acto de traición para su amo, morir entristecido. Si castigamos a uno de estos animales por cualesquiera falta insignificante, se acerca moviendo la cola, temerosamente, se humilla y lame la mano con que empuñamos el palo para flagelarlo.

Los seres que nos llamamos racionales, debemos de respetar ese instinto de gratitud. Herir o matar a estos animales es cometer un crimen.

El sabio profesor, ingeniero Felipe Salido, educador de dos generaciones en el estado de Sonora, y que a mucha honra tengo haber sido su discípulo, con frecuencia nos refería en el colegio casos relacionados con estos agradecidos animales, narraciones que conmovían nuestras almas infantiles.

El perro, a pesar de ser irracional, es susceptible de ser educado como mejor les acomode a sus amos y si resulta a la postre que es osado, gruñón o malhumorado, cúlpese a sus amos y no a ellos. ¿Cuántos de nosotros, que nos tildamos de racionales, algunos resultan seres útiles a sus semejantes y otros no somos sino un borrón para la sociedad?

¿Por qué tenemos esa tendencia al mal y no al bien? ¿Por qué escogemos aquel camino y no éste? ¿Tendremos la culpa? Creo que no. La culpa está en el medio en que hemos sido criados y en el cúmulo de malos ejemplos que vemos diariamente. Pero aún así, existe algo que nos echa un poco de esa culpa sobre nuestras cabezas, puesto que no hacemos caso de la razón con que nos dotó la naturaleza para escoger el buen camino y entramos de lleno al ejercicio del mal.

¿Qué diéramos nosotros por mostrar gratitud a nuestros bienhechores, siquiera en la centésima parte de esa gratitud sincera y desinteresada que tiene un perro para su amo? Pero volvamos a nuestra historia.

Los lastimeros aullidos de aquel perro continuaban sobre las distantes crestas de lava que teníamos a nuestra espalda.

—Alguna desgracia nos anuncia el aullido de ese perro —dijo don Ramón Parra.

—Yo no sé a quién de nosotros le tocará la bola negra mañana o pasado.

—¡Vaya, otra superstición! —exclamó el ingeniero Larios.

—¿De dónde ha sacado usted eso?

—Pues por nada se asusta usted —dijo a su vez el ingeniero Blázquez—, la cosa extraordinaria que ha sucedido es que a ese animal se le ha perdido su amo y por eso llora. Creer en otra cosa es obrar con torpeza. Encienda usted más la hoguera y que haya bastante luz y muy pronto ese pobre animal estará entre nosotros. Quizá tenga hambre y mucho frío.

La lumbre fue avivada y las llamaradas iluminaron un gran espacio. El pobre can aulló más cerca. Nos había olfateado ya tal vez. Carrasco se levantó repentinamente.

—¡Es mi Yaqui, es mi Yaqui el que está aullando!

—¡Señor ingeniero, usted ha dicho una gran verdad! Es mi perro que busca a su amo.

.... ¿Por qué no me lo traje?

Momentos después, un perro prieto de color deslavado, algo joven por su aspecto, llegó hasta Reyes brincándole en el pecho y moviendo sin cesar la cola.

Entonces sí lloraba de veras.

Pasado un minuto, el perro se acercó al fuego para calentarse pero notamos que no podía estar quieto y seguía aullando.

—¡Lo dicho, alguna desgracia va a suceder! —decía don Ramón Parra.

—¡No crea usted eso, hombre! —replicó el ingeniero, notando al mismo tiempo que el Yaqui jalaba a Reyes del sarape con que se abrigaba, como tratando de llevarlo por el camino por donde acababa de llegar.

—Este animal nos trae alguna novedad —dijo Ramón Gil Samaniego—, y puesto que jala a su amo por ese rumbo, hay que seguirlo.

—¡Vamos, señor Carrasco!

—¡Vamos!

Y ambos se pusieron en marcha en seguimiento de aquel animal. ¡Cuál no sería la sorpresa de Ramón y de Reyes al encontrarse, a cuatrocientos metros del campamento, tirado sobre la lava y tieso de frío, a Roque Santos.

Roque había llegado de Pheonix, Arizona al pueblo de Sonoyta. Al enterarse de que habíamos salido en excursión a la sierra de El Pinacate, no quiso averiguar más, y a bordo de su *Fotingo* y sin más compañía que el Yaqui de Carrasco la emprendió por el camino de Rocky Point frente a la Sierra de El Pinacate. Allí dejó la máquina, siguió a pie por la cumbre de la montaña, escalándola por el Este, y sólo pudo llegar rendido de fatiga y yerto de frío hasta el lugar donde lo hallaron Ramón Gil Samaniego y Parra. Si no hubiera sido por el perro, allí pella gallo, y su nombre se hubiera borrado del libro de los vivos.

Gil Samaniego y Carrasco no tuvieron más recurso que cargar con el cuerpo de Roque Santos y ponerlo cerca del fuego para volverlo a la vida. Roque ignora aún que le debe la pelleja al perro Yaqui de Reyes.

—¿Pero cómo fue eso? ¿De dónde y cuándo saliste? ¿Dónde has empezado a subir esta sierra endemoniada? —le interrogamos a Roque que empezaba a reponerse.

Cuando hubo transcurrido más de una hora, aquel hombre pudo hablar.

—He salido de Sonoyta siguiéndolos,—nos dijo— y he venido en un *Forito* que dejé al pie de esta montaña, para subir a pie por este rumbo, hasta dar con ustedes, pero... ya me andaba con el frío ¡jijo de un diablo!

Y sacó de sus faltriqueras una botella de licor fabricado en Tequila, Jalisco y apuró un gran trago, que hubiera sido interminable de no haberle arrebatado la botella Gil Samaniego y Reyes.

—El alcohol es un veneno y no debe usted de ingerir esto,—exclamó Ramón envenenándose a su vez con el resto de la bebida y dejando a Reyes con un palmo de narices y con ojos de Magdalena arrepentida.

Gil Samaniego dispuso que Roque Santos sufriera un registro general para averiguar si tenía aún más veneno en las bolsas del capote verde olivo.

Reyes exhumó otra botella de las profundidades de aquellas bolsas, más hondas que las cavernas de El Pinacate, bebió a su vez, pasando la botella a Quirós y a Salazar padre. Todos deseábamos un trago para alejar con el alcohol aquel frío que sólo debe de sentirse igual en la península de Groenlandia o en las tierras de El Labrador.

Por supuesto, que la segunda botella no duró dos minutos completos y lamentamos que Roque no llevara más consigo. En fin, el pobre Roque ya estaba sano y salvo entre nosotros, gracias al Yaqui, quien gruñía de satisfacción entre las rodillas de Carrasco, tiritando de frío.

De vez en cuando, el perro hacía gestos de disgusto y olfateaba sin cesar. La peste a zorrillo que predominaba en su amo no lo dejaba estar quieto un solo momento. Cuando Roque pudo hablar ya un poco mejor, nos manifestó, para nuestro asombro, que el día anterior por la tarde, cuando dejó abandonado el *Fotingo* y empezó a escalar la sierra sin más compañía que aquel perro, este animal corrió velozmente en persecución de una partida de cimarrones que distinguió cerca; que siguió al perro, esperando dar caza a uno de esos animales, los que se metieron en una cueva que se hallaba casi al pie de la sierra: que el Yaqui sólo llegó hasta la boca de aquella cueva, donde se puso a ladrar, pero que calló sus alaridos al llegar él. Confesó que sintió temor explorar aquella gruta de ancha boca y dijo que debía ser muy profunda; señaló que podía explorarse pues notó que allí había grandes cantidades de guano de murciélagos; que allí también la roca se veía fundida, igual a la que nos rodeaba, y que una gran corriente de aire salía de ella, lo que hacía suponer que daba salida a otra parte desconocida.

—Es la cueva que está cercana a la Tinaja del Cuervo —dijo don Abelardo López—, y en efecto, allí hay una corriente de aire. La caverna o túnel es de fácil acceso y parece que toma rumbo al mar.

—Yo ya suponía la existencia de esas cavernas por aquí —dijo el ingeniero Larios— puesto que las formaciones del terreno no nos indican otra cosa. Esa cueva la conoce usted únicamente, pero no dude de que existen por aquí otras muchas como esa, y acaso más grandes. Toda esta sierra está hueca y pisamos como en un enorme cascarón. Ahora he pensado de distinta manera. Como la bajada que teníamos pensado tomar es bien difícil pues el piso es resbaloso en extremo y demasiado larga, como lo estamos viendo, propongo ahora, en vista de lo que nos ha manifestado el señor Santos, que tomemos el camino por donde él ha llegado, y exploremos esa cueva para salir al punto donde ella nos lleve que, a no dudarlo, vamos por ella al mar. ¿Qué dicen ustedes?

—Aceptamos todos gustosos —exclamaron algunos—, impuestos como estábamos a obedecer ciegamente las menores indicaciones de los profesionales, con quienes ya estábamos familiarizados con motivo de aquella excursión y por quienes ya sentíamos algún cariño.

—El cambio de ruta propuesto por mi compañero, es de tomarse en consideración —dijo Blázquez—, y yo lo apruebo en todas sus partes.

—Yo tenía pensado explicar a ustedes algunas cosas sobre esta sierra, pero los hallazgos que hemos verificado en la Misión de los Cuatro Evangelistas, y la falta de un grupo de excursionistas, que por ahora estarán muy cerca de El Batamote, han distraído de momento mi atención a ese respecto para dedicarme a otras observaciones y estudios. Pero... ya estaremos todos juntos y entonces lo haré con gusto.

—Entonces yo he triunfado, y puesto que he sido el autor del descubrimiento de esa cueva, reclamo para mí el...

—Esa cueva hace mucho que ha sido descubierta,—dijo Carrasco interrumpiendo— Y falta sólo explorarla.

—Eso lo haremos de mañana a pasado, que lleguemos a ella —dijo don José Salazar—, y caminaremos por debajo de la tierra hasta salir al mar y bañarnos en el agua salada del Golfo.

—Eso ni quien lo dude —contestó Larios.

Al oír que se trataba de pescar, el Chileno y Regino Celaya buscaron alambre entre los equipajes para improvisar algunos anzuelos. ¡Y bien que los fabricaron durante aquella larga noche, como si para ello no hubiera habido tiempo de sobra. Roque Santos se encargó entonces de hacer reír a todos, incluso a los mismos ingenieros, con su gran repertorio de chistes.

Yo no sé de donde hilvanó tanta fábula que nos mantenía en una constante hilaridad. Por fin, el sueño venció a aquel papagayo. ¡Pobre Roque! Es capaz de quedar en paños menores y quitarse los pantalones para ofrecerlos a un desnudo. Es un hombre con quien puede contarse en caso de hacer un bien. Pero tiene un gran defecto, lo que disculpo en pago de otras buenas cualidades. El defecto es que tiene marcada afición al margallate, al bacanora y al cola de gallo, pero ¿quién es aquél a quien no le gusta el aperitivo? Hay hombres que no tienen remedio, y Roque es acaso uno de ellos. Como amigo, es franco y bueno, y como enemigo yo al menos no lo conozco y sólo puedo decir que me consta de oídos que por Ocoroni y Mocorito le llamaban La Pantera de Sinaloa. Sea de ello lo que fuere, nosotros lo quisimos y lo queremos bien por haber apreciado ya sus dotes humanitarias de que por desgracia carecemos muchos.

Apenas amaneció oímos fuertes ladridos del perro que ya no estaba con su amo, quizá por la peste penetrante del zorrillo. Muy cerca de nosotros había una pequeña caverna que no habíamos observado. El Yaqui ladraba a un cimarrón a la puerta de aquella cueva. El pobre cornudo estaba espantado en extremo, pero no por eso dejaba de acometer al perro, y éste se irritaba y ladraba más y más.

El instinto de cazador invadió al Chileno y a Regino Celaya quienes rifle en mano se disponían a terminar con aquella desdichada existencia. Sin embargo, el ingeniero Blázquez, se opuso.

—Destruir, matar sólo por gusto, es demostración de crueldad. ¿No tenemos carne suficiente para muchos días? ¿No tenemos ya algunas cabezas de esos animales para donarlas al Museo de Zoología? Hay que desistir de esa caza que pronto acabará con esa hermosa especie, orgullo de la fauna nacional.

Los cazadores concedieron razón al ingeniero y protestaron formalmente no volver a disparar un solo tiro contra los cimarrones. En cuanto al Yaqui, prontamente fue llamado por Carrasco, a quien costó no poco trabajo separar al perro de aquel lugar. El Yaqui quería comerse vivo al cimarrón y éste trataba de no dejarse acometiendo al perro con sus retorcidos canjilones.

No dejamos de divertirnos un poco al ver aquella lucha entre el perro y aquel salvaje rumiante; éste quedó sano y salvo gracias a la oportuna intervención de los ingenieros. Después del desayuno, cargamos con todos nuestros equipajes y empezamos el descenso por el Este de la montaña. Ahí pudimos ver los trabajos que tuvo que llevar a cabo Roque Santos para escalar la cima y llegar hasta las cumbres de lava donde lo hallaron helado Ramón y Reyes. Aquel terreno tan inclinado y tan lleno de piedras de lava era inaccesible para subir y sólo con mucha dificultad podíamos bajar por allí.

Roque la había pasado mal seguramente, pues las huellas que dejó en el terreno y las piedras volteadas nos indicaban con claridad sus frecuentes caídas en aquella falda tan pendiente. Pero Roque Santos es más tenaz acaso que Ramón Gil Samaniego y se propuso caminar hasta encontrarnos, como lo consiguió al fin no sin poner en gran peligro su vida.

Aunque caminábamos hacia abajo de la sierra, a las dieciséis horas todavía no terminaba aquella penosa caminata. Don Ramón Sotelo, don Ramón Parra, don Isauro Quirós, don José Salazar padre, Bedoya, y en fin todos los excursionistas, entre los que figuraban los alpinistas Carrasco y el Chileno, estábamos en extremo fatigados. Finalmente, dos horas y media más tarde, llegamos a la base de la montaña donde pudimos observar que su negro piso se extendía hasta ahí. Por todas partes se veía lava en abundancia con varias capas de un espesor incalculable.

Nuestros zapatos ya estaban destrozados a causa de aquellos filosos peñascos.

—La Tinaja del Cuervo, está por aquí cerca,—dijo don Antonio López— ¿No desean ustedes llegar a ella?

—¡Sí que llegaremos! —exclamó el ingeniero Blázquez, y ordenó la marcha por ese rumbo llevando como guía en esta ocasión a don Antonio López.

La mencionada tinaja sólo distaba de allí unos cinco kilómetros, por lo que llegamos dos horas después de lenta marcha.

Como era ya bastante tarde se acordó pasar allí la noche. Todo a pedir de boca: había agua en abundancia y la leña no escaseaba. Las hogueras reglamentarias fueron encendidas. Esta vez fue Roque Santos quien formó verdaderos montones de madera seca de palo fierro, de palo verde y otros maderos muertos.

La carne de cimarrón de que íbamos bien provistos fue saboreada por todos. El Yaqui heredó los residuos de aquella cena campestre y una hora después todo el mundo se entregó al sueño, sin importarles ya la peste a zorrillo que llevaban impregnados nuestros tendidos.

La música de innumerables coyotes se dejó oír; el perro se encargó de contestarles durante toda la noche o al menos hasta las altas horas de la madrugada en que el Chileno y don Miguel Ramírez despertaron sobresaltados e hicieron que los demás también nos levantáramos.

Al inquirir la causa de aquel sobresalto, Pepe Salazar nos señaló no menos que cuatro enormes víboras de cascabel que estaban sobre nuestros tendidos. Aquello era una amenaza, un peligro para nosotros. Una mordedura de esos animales nos podía enviar a la eternidad, puesto que carecíamos de antídotos eficaces para combatir el terrible veneno que ese reptil inyecta por medio de sus colmillos huecos o acanalados.

Nos retiramos un poco de nuestros tendidos, con el objeto de coger unos palos para rematar aquellos asquerosos cuanto más peligrosos crótalos. Entonces fuimos testigos de un caso que nos llamó la atención sobremanera. El perro Yaqui se encargó de despejar aquella incógnita antes de que lo hicéramos nosotros. Notamos que el perro cogía las víboras con el hocico, como a la mitad de su longitud y, al sacudirlas con fuerza, les arrancaba de cuajo la cabeza. Con las cuatro víboras hizo lo mismo, luego arrojaba lejos sus cuerpos decapitados. Aquel animal sabía más que muchos de nosotros. Para los ingenieros y para algunos de nosotros aquello era una cosa sorprendente, algo que quizás no volveremos a ver jamás.

Por una rara casualidad, una de aquellas cabezas venenosas, ostentando aún los huecos y temibles colmillos, al ser lanzado con fuerza fue a chocar con Bedoya introduciéndose como por obra de encantamiento en uno de los bolsillos de su chaqueta de mezclilla. Al darse cuenta de este incidente, Bedoya se puso de color de aceituna. Con justa razón suplicó a Carrasco que sacara de allí la cabeza de la víbora.

—¡Que te lleve Judas! —le decía Carrasco.

—¡Quítame esto, hermano!

—¿Qué quieres que haga este pobre hombre?

El Chileno, por lástima quizá, y tomando toda clase de precauciones, extrajo de aquella profunda faltriquera la cabeza del crótalo que estilaba aún por sus colmillos agudísimos y huecos, el elixir de la eternidad.

Entre tanto, el Yaqui mataba el tiempo entretenido en sacudir más y más con su fuerte hocico los decapitados cuerpos de las víboras, hasta que los cascabeles dejaron de sonar. Los ingenieros anotaron el caso de este perro y su hazaña en sus libros de memorias como un hecho que les llamó poderosamente la atención.

—¡Las víboras de El Pinacate parecen que tienen la cabeza pegada con goma de mezquite! —exclamaba Ramón Gil Samaniego.

Volvimos a ocupar nuestros lechos, no sin antes barrer el campo en un radio muy grande y cerciorarnos de que ya no había por allí más serpientes, ni escorpiones, ni otros insectos y arácnidos venenosos que pudieran ocasionarnos un mal rato. Sólo el perro parecía no querer dormir y cuando alguno de nosotros levantaba la cabeza, le mirábamos sentado sobre las patas traseras con la mirada y el oído alertas escudriñando por aquellos alrededores.

Con aquel noble animal estábamos, por lo visto, bien asegurados contra las víboras y sin temores de otras sorpresas. A la mañana siguiente, don Miguel Ramírez, al divisar a lo lejos unos médanos de arena, distinguió un rebaño de antílopes o berrendos, por lo que llamó nuestra atención. Dirigimos la mirada por el rumbo que señalaba Ramírez y pudimos ver que una gruesa partida de esos hermosos animales pastaba por aquellos sitios. Sin duda alguna eran más de doscientos.

En esos lugares tan alejados abunda el antílope en cantidades numerosas. Jamás anda uno solo pues siempre pululan por aquellos parajes solitarios en grandes rebaños. Los cazadores furtivos hacen allí su agosto y centenares de antílopes son muertos anualmente por las balas de los cazadores pues la carne del berrendo es de lo más sabroso. La caza de este animal está prohibida por nuestro Gobierno y se establecen severas penas para los infractores de esa disposición.

Los ingenieros acordaron que se cazaran sólo un par de aquellos animales para gustar su carne y para ceder las pieles y las cabezas al Museo Zoológico Nacional. Reyes Carrasco, Regino Celaya, el Chileno y Roque Santos fueron comisionados al efecto. Vimos partir llenos de entusiasmo a los cuatro émulos de San Eustaquio a dar caza a dos antílopes del rebaño más próximo.

— ¡No te lo comas, carabina! —gritaba Manuel Parra, refiriéndose sin lugar a duda a Roque Santos.

Los ingenieros y tal o cual excursionista que por allí quedamos a la expectativa vieron con auxilio de los gemelos cómo se entregaban a aquel deporte nuestros cuatro compañeros.

Los ingenieros se dieron a reír a carcajadas observando las contorsiones y actitudes que tomaban aquellos cazadores, ora ocultándose tras de un médano, ora tras de una piedra de lava, ora tras de los chamizos para no ser detectados por los berrendos; y procedieron con tan buena suerte que una hora después estaban de regreso cargando a cuestas con un par de aquellos hermosos animales.

Los cazadores cumplieron con su deber puesto que volvieron con lo que solicitaron los ingenieros. Roque Santos había sido el autor de aquella hazaña pues debido a sus certeros disparos los dos hermosos ejemplares, de corpulencia era fuera de lo común, cayeron en la trampa. Ramón Gil Samaniego se tomó el trabajo de quitar la piel a dichos animales y preparará como pudo aquel par de cabezas para cumplir sus proyectos de enriquecer las variadas colecciones de nuestro Museo de Zoológia.

Como la carne del berrendo es de lo más sabroso, y que difícilmente puede ser comparada con la de animales de cualesquier otra especie, con el objeto de preparar allí una buena comida, se dispuso que permaneciéramos en aquel lugar el tiempo necesario para gozar de un mayor descanso, ya que no había motivo que justificara festinación alguna en nuestra marcha. Contábamos con el tiempo suficiente para hacer lo que quisieramos.

Roque Santos se encargó de preparar una barbacoa con la carne de un berrendo; que puso a tatemar entero sin quitarle ni las entrañas. Gil Samaniego, dispuso que la carne del otro animal se hiciera una birria, palabras que algunos oíamos por primera vez.

Bedoya iba a hablar para dar una explicación a la pregunta de Roque sobre su significado, pero fue interrumpido de momento por una tuza o cozón que salió de entre unas piedras para introducirse por entre las piernas y el pantalón de Bedoya, quizá también como nosotros, a explorar regiones ignoradas.

Al ver aquello todos nos carcajeamos. Zapateados, pascolas, y jarabes ejecutó el pobre Bedoya tratando de sacudirse aquel maldito animal; por lo fin atrapó con ambas manos entre su pantalón, como a la altura de la mitad del muslo izquierdo.

— ¡Préstame tu navaja! —dijo al Chileno.

Jáquez le dio la navaja. Bedoya cortó el pantalón y calzoncillo y por allí extrajo al roedor. Era una efectivamente una tuza, que por allí abundan. Luego la arrojó hasta donde le alcanzó la fuerza de la mano. Nuevas risas de todos y nuevos enojos del pobre Bedoya.

Dos horas más tarde, la barbacoa que preparó Roque, ya “olía”, pese a que aquella carne se encontraba sepultada en un hoyo de un metro de profundidad. Nosotros esperamos saborear un rico bocado. En cuanto a la famosa birria que indicó Samaniego, nadie supo cómo prepararla y Bedoya no quiso dar explicación alguna, molesto por nuestras risas. Con ayuda de dos excursionistas, Santos echó fuera la famosa barbacoa o berrendo tatemado y, según opinión de los señores Isauro Quirós, Miguel Ramírez, Ramón Parra, Ramón Sotelo y don José Salazar, aquel bocado estaba preparado para un banquete real.

La tal barbacoa fue apenas suficiente para el desayuno de aquella mañana, y como era natural, deseábamos repetir, pero no fue posible pues en un santiamén se agotó la carne tatemada. ¡Éramos tantos!

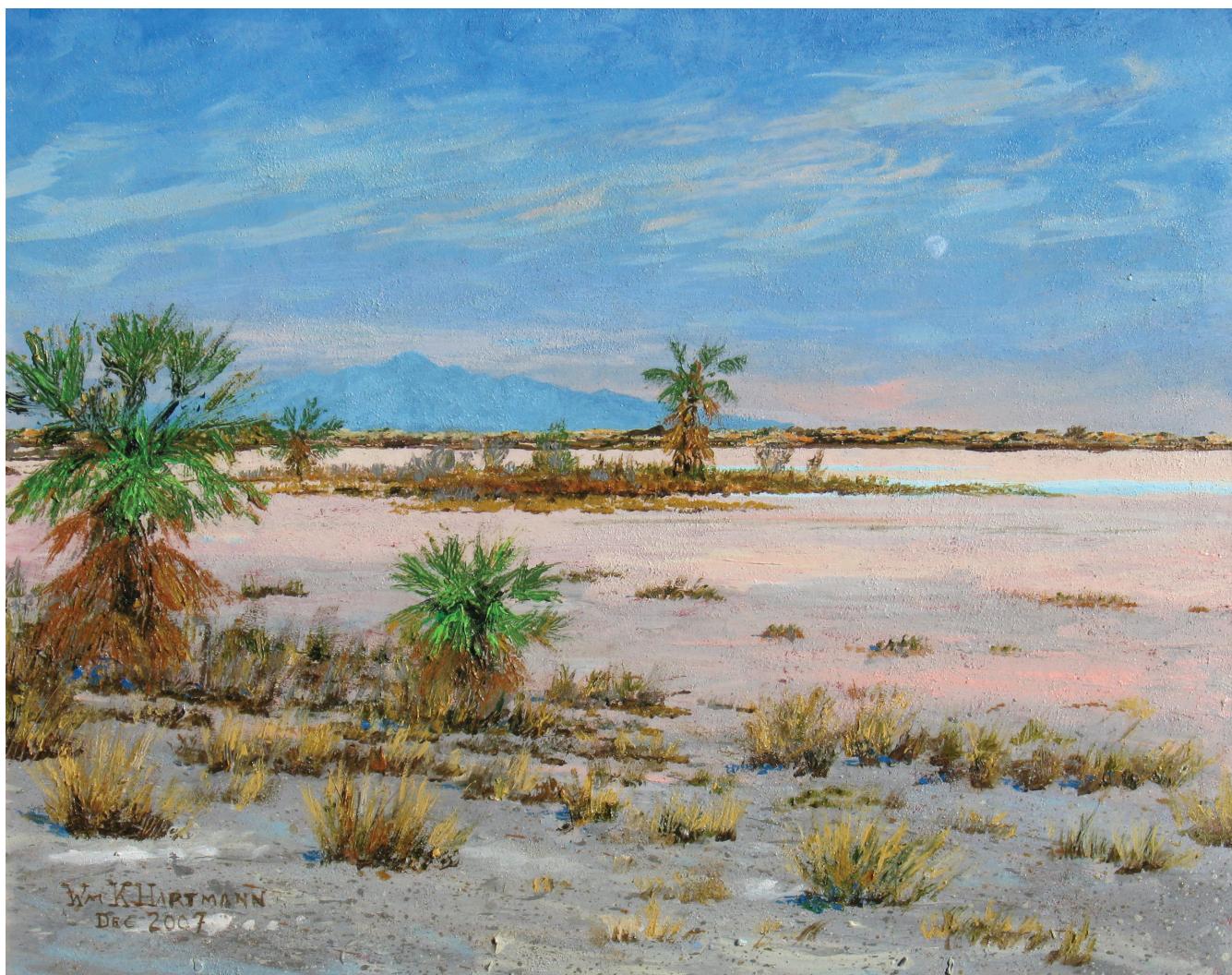
El otro berrendo también fue condenado a sufrir la misma suerte y en cuanto a preparación y sabor agradable no dejó nada qué desear. Roque, pues, es un especialista en preparaciones de esta índole. Pese al tiempo transcurrido, seguimos notando sorprendidos que la peste a zorillo de que estábamos impregnados en nada disminuía, y que Reyes Carrasco era el más perfumado. Esto lo tenía enfadado pues hasta le causaba fuertes jaquecas. ¡Pobre Reyes! Ha pasado ya algún tiempo de aquel suceso y todavía, al escribir estas líneas, cuando he llegado a encontrarme con él en Sonoyta, recuerda con horror aquella ingrata aroma.

Los ingenieros llamaron a todos los excursionistas para que discutiéramos la ruta que deberíamos seguir, pues mientras uno de los profesionistas manifestaba deseos de que el viaje al mar se hiciera por la superficie exterior del suelo, el otro creía que debería de hacerse por el camino subterráneo que se suponía que lleva el rumbo dicho, cerca de la Tinaja del Cuervo.

De aquella discusión resultó que el viaje se realizara por el camino subterráneo. A no dudarlo, nos conduciría hasta la orilla del mar, siempre con el rumbo a La Cebolla.

Al parecer, todos deseábamos este acuerdo y se aceptó con un aplauso general. Determinamos pasar allí la noche para emprender nuestro viaje al amanecer por aquella senda por debajo de la tierra que nos conduciría al mar.

Lo que sucedió, se verá en el capítulo que sigue.



WM K HARTMANN
DEC 2007

Montañas de El Pinacate desde La Salina, uno de los campos de sal en la costa sonorense del Golfo de California. La expedición de Esquer supuestamente visitó un cercano campo de sal, "La Soda." Sitios como estos contienen también albercas de agua dulce, llamados "pozos." Estos campos de sal fueron destino de peregrinajes de visitantes O'odham prehistóricos e históricos, quienes recolectaban sal y la intercambiaban a lo largo de mucho del suroeste. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 2007).

CAPÍTULO XI

NUEVOS COMPAÑEROS...

Los ingenieros aprovecharon el resto del día en hacer estudios sobre las formaciones del terreno, tomar ejemplares de rocas fundidas; en levantar a la ligera algunos planos sobre las topografías de aquellos hermosos lugares, entre otras cosas, sin descuidar las anotaciones de rigor en sus libros de apuntes.

El resto de la comitiva, capitaneada por Gil Samaniego y el incansable Carrasco, se dedicó a la caza de animales de pelo y fueron algunos jabalíes, coyotes y liebres los que pagaron con su vida el gran crimen de ponerse al alcance de los rifles 30-30 y las escopetas calibre 12.

Teniendo ante nosotros una parte de la sierra de El Pinacate, la punta que ve al sureste, y que es de donde nace, si así puede decirse, aquel camino subterráneo, nos imaginábamos ya todos los vericuetos, todas las concavidades y todos los caminos afluentes a la galería que deberíamos de tomar, figurándonos ya perdidos en aquellos laberintos.

Como a las diez de aquella noche fuimos conciliando el sueño, después de que cada quien las echó todas. No puedo precisar a qué horas de la noche fuimos despertados algunos expedicionarios por los fuertes ladridos del perro.

— ¡Silencio! ¡Silencio, Yaqui! —ordenaba Carrasco, pero el perro no obedecía, puesto que callaba por un momento para ladrar de nuevo con más ganas.

Casi no nos dejaba dormir. Por fin, enfadado ya Carrasco determinó determinó atarle fuertemente el hocico y el pobre can, así martirizado, ya no pudo ladrar más. Sin embargo, su impaciencia no cesaba y fijaba la vista en algún punto de la serranía que teníamos cerca.

Pasó una hora. Carrasco se disponía a desatar el mecate del hocico del perro, cuando escuchamos a lo lejos un canto, una voz humana, ni más ni menos, que parecía salir de a media falda de aquella elevada montaña.

—¿Han escuchado ustedes un canto? —preguntó Carrasco.

— Si, muy claramente, y parece que el sonido nos viene de por este lado —dijo don José Salazar, señalando la falda de la montaña.

—¿Quién será? ¿A quién se le ocurrirá venir a cantar a estos lugares y con tanto frío, escogiendo la falda de la montaña?

—¿Serán cazadores perdidos que por allí los cogió la noche? —dijo Blázquez.

—Los perdidos no cantan, señor ingeniero.

—Pues, ¿entonces de quiénes se trata?

—Eso mismo preguntamos todos.

La conversación fue interrumpida por otro cantar, que aunque salía del mismo rumbo, era más claro, más fuerte que el anterior, mediando otra voz que hacía segunda y algo que parecía acompañamiento de guitarra sin faltar la letra que seguía la música.

—¡Silencio! —ordenó el ingeniero Blázquez—, escuchemos este canto que parece está algo alegre y divertido.

Guardamos tanto silencio como nos fue posible; Reyes Carrasco apretó más el hocico del Yaqui que aunque no podía ladrar no cesaba de gruñir desesperadamente.

—¡No es una guitarra lo que acompaña! ¡Es una lira! —exclamaba el ingeniero Blázquez—. ¿Qué no oyen los sonidos tan dulces, tan armoniosos? ¡No me cabe la menor duda, que es una lira lo que escuchamos.

Para aquella gente de campo, el solo nombre de lira era desconocido en lo absoluto. Sin embargo, estaban de acuerdo en que no se trataba de una guitarra, sino de algún otro instrumento de cuerda para ellos desconocido. La letra llegaba hasta nosotros con toda claridad, en metro alejandrino, a la que el trovador aplicaba a las mil maravillas la música de Mamá Carlota, polka de la época que finalizó en el Cerro de las Campanas. Decía así:

“Salí ayer de Caborca
y el Ford hube dejado
en Cerro Colorado
a un pobre leñador;
y ahora errante vago
en esta zona ignota,
cantando: Adiós Carlota,
adiós mi tierno amor!

“Mis rimas, raras rimas,
que saltan atrevidas,
preceptos y medidas
del arte de cantar,
son la expresión sincera
de crueles sufrimientos
dolores y tormentos

que hoy vine a soportar.”

“Feliz yo me sintiera
con una alegre pluma,
mojada en roja espuma
del vino de un festín,
para cantar con ella
los gozos y delicias
los besos y caricias
de una dicha sin fin.

“En esta abrupta Sierra
llamada El Pinacate,
el corazón me late
más nunca de temor,
que, hallando a mis amigos
les cantaré la nota:
adiós mamá Carlota,
adiós mi tierno amor”.

Y siguió aquel cantar en las faldas de la montaña inmediata, llegando a nuestros oídos con toda percepción.

—Pero... ¿quién es el que canta? —interrumpió Astorga.

—Son dos o tres, no uno, como usted cree, —le contestó el ingeniero Larios.

—Sin duda alguna se trata de cazadores que se han venido a acampar muy cerca de nosotros. Por lo tanto, ya se sabe que se trata de caborquenses.

—No se fije usted en lo que dice la letra —decía Gil Samaniego.

—Yo también puedo decir en un canto que vengo de las estrellas y no por eso cierto.

—¡Pues nosotros nos desengañamos y vamos a ver de qué gente se trata, —dijo a su vez Reyes Carrasco, quien se esforzaba más y más por contener al perro, cada más impaciente.

Y uniendo la acción a la palabra, seguido de Roque Santos y del intrépido Gil Samaniego, echando al perro por delante, tomó el camino áspero de la montaña, con rumbo a donde provenían los cantos.

Una media hora de camino bastó para que aquel terno diera con los cantadores,

como lo indicaban las voces de contento y exclamaciones de alegría del encuentro con los nuevos expedicionarios.

El silencio imperó por algún rato. Los nuevos expedicionarios abandonaron el campo donde se hallaban y se encaminaron al nuestro guiados por el par y non de marras. Como no sabíamos de quienes se trataba, nuestra sorpresa no reconoció límites cuando al llegar a nuestro campamento, de inmediato reconocimos a los nuevos compañeros.

Uno de ellos era el sentido poeta caborquense don Adalberto Sotelo, quien, lira al hombro y carabina en la diestra, separaba con la culata del arma los ocotillos que le estorbaban el paso. El otro acompañante era un empleado de la oficina telefónica y telegráfica de Caborca que con todo gusto seguía al poeta por quien sentía grande admiración.

Carrasco presentó a los recién llegados a los ingenieros pues de los demás ya eran conocidos.

—¿Pero, cómo es eso, que siendo empleado federal, como jefe de una oficina de correos y de teléfonos anda por aquí? —preguntó Blázquez a Sotelo.

—Muy sencillo, —contestó el interpelado—, me hallaba en mi oficina ocupado en mis labores, cuando llegó a mis manos un ejemplar de *El Perico*, órgano sonoytense y por el que me enteré de que se verificaba esta expedición. Como soy partidario decidido de toda clase de deportes, solicité por telégrafo un permiso, que me fue concedido. Otro empleado quedó en mi lugar. En seguida nos venimos en un fotingo hasta el cerro colorado donde lo dejé a un leñador para continuar la marcha a pie seguido de mi compañero, buscándolos sin tener razón de ustedes.

Esta madrugada nos pusimos a cantar algo en las faldas de la sierra, y el canto quizá fue escuchado por ustedes, puesto que al rato nos llegaron los tres emisarios:

— ¡Eso! ¡Eso es! —exclamo Gil Samaniego—, y el resultado de todo es que ya están ustedes con nosotros.

—Los felicito, señores, —exclamó el poeta—, por los descubrimientos tan importantes que han hecho, de los que ya tuve conocimiento a mi salida de Caborca. No pude resistir el deseo de ver algo por aquí, en unión de ustedes, y aquí me tienen, dispuesto como lo estaré siempre a ejercitarse toda clase de deportes.

Ambos ingenieros y el resto de expedicionarios aceptamos con sumo placer la incorporación de aquellos buenos elementos, con los que se reforzaba notablemente el grupo de excursionistas.

Como era natural, con la llegada de Sotelo y acompañante empezaron de nuevo toda clase de chistes y bromas del mejor gusto. Todos queríamos sobresalir en algo pero fuimos seriamente derrotados ante el inagotable repertorio del ameno poeta Adalberto Sotelo.

La lira, pulsada magistralmente por nuestro amigo, sonó de nuevo en la Tinaja del Cuervo. Aún recuerdo sus versos improvisados aquella misma noche, dedicados al parecer, a todos los que le rodeábamos. Decían así:

“En este ameno sitio,
de amigos circundado,
me siento arrebatado
por gozo sin igual;
me burlo de la lava
y las temibles cinas
ni me hacen las espinas
de choya y de nopal.
Las inclinadas faldas
de aquesta serranía
no son . . . ¡por vida mía!
muy fáciles de andar,
pero me importa un bledo
lo oblicuo del terreno,
porque me siento pleno
de gozos... como el mar!

Los ingenieros estaban divertidísimos con los cantos de Sotelo, y admiraban la fecundidad del poeta, a quien le bastaba ver una roca, una choya o un sahuaro, para irse luego al verso.

No sé hasta dónde iría a llegar con su improvisación nuestro amigo Sotelo, cuando fue interrumpido repentinamente al llegarle a las narices cierto olorcillo penetrante.

—Hay algo podrido en Dinamarca —dijo— ¿no les da cierta aromita?

“Parece que un zorrillo
se acerca, secretando
su líquido... e infestando
el campo alrededor...
el pinto animalito,
quizá ya esté inmediato
porque, desde hace rato
me dio el ingrato olor.

Todos soltamos la risa al escuchar la octava del poeta. Enseguida le contamos entonces la aventura de los zorrillos ocurrida pocas noches antes, y de la que conservaba muy buenos recuerdos el pobre Carrasco, quien, de tanto sentir la peste, “ya no la sentía”. Pero Adalberto, que no sabía la historia aquella, creyó de buena fe que algún bicho de aquellos se hallaba por allí.

Naturalmente que Carrasco se mostró algo enfadado con la explicación que dimos todos a Sotelo, cuando le indicamos que a Reyes “lo había favorecido la suerte”. No puedo precisar a qué horas de la madrugada nos quedamos dormidos, si es que tal acción puede llevarse a cabo en el campo cuando se está rodeado de amigos a cual más parlante.

Muy de mañana levantamos nuestro campo, después del desayuno, con el objeto de aventurarnos por aquella galería subterránea que teníamos delante, y que nos llevaría al mar por debajo de la tierra. Cuando todo estuvo listo para la marcha la emprendimos sin más trámite a la primera orden dada por el ingeniero Blázquez, guía científico de la expedición.

Rompieron la marcha a tambor batiente los dos ingenieros, seguidos de Roque Santos y de Adalberto Sotelo, quien se empeñó en ir a la delantera; después iba el resto de la comitiva, todos perfectamente armados y equipados.

Todos íbamos resueltos a caminar por aquella senda subterránea, aunque ésta nos llevara por debajo del mar a la península de la Baja California. Momentos más tarde estábamos a la puerta misma de la caverna. Aquella bocaza es imponente, formidable. El poeta exclamó:

“Al ver la horrible cueva
que aquí se nos presenta,
debemos de hacer cuenta
que el diablo la habitó”.

En efecto, aquella caverna debió de haber sido otra guarida de Satanás. Su boca medía, en su parte más ancha, como treinta metros y de algunos diez en su altura mayor.

Al llegar a la puerta de aquella enorme caverna, luego de un ligero reconocimiento que practicaron los ingenieros en el piso, determinamos avanzar por el túnel natural con auxilio de las linternas eléctricas, cuatro o cinco, de que iban provistos algunos expedicionarios, incluso Adalberto, quien como electricista se preparó una en el pueblo de Caborca a las mil maravillas.

Al dar los primeros pasos por aquella galería subterránea, pudimos observar una

enorme cantidad de guano de murciélagos. Advertimos que desde la entrada de la caverna hasta más de setenta metros hacia el interior está calcinado.

Pero poco más dentro, existen grandes depósitos de esa materia que rendiría muy buenas utilidades a quien la explotara. Furgones y más furgones de guano pueden salir de allí.

Nuestras risas estallaron sin cesar, al ver lo difícil de nuestra caminata por encima de aquellos hacinamientos de excremento de murciélagos; muchos de nosotros nos metíamos hasta las rodillas. Adalberto Sotelo, que cuantos veían sus ojos, era motivo de un alejandrino, exclamó:

“Penosa hoy es la marcha
sobre este odiado piélago
de guano de murciélagos,
que aquí se atravesó;
quizá tal vez no pueda
cargar con más tormentos,
porque estos sufrimientos
ni el diablo soportó...”

Nuevas risas de todos al escuchar las rimadas quejas del nuevo compañero de aventuras.

Ramón Gil Samaniego, don Ramón Sotelo y don Ramón Parra no se cansaban de alentarlo, brindándole ánimos para que versificara de otra manera, pero al parecer nada se pudo conseguir, ya que Adalberto siguió quejándose en bien medidos versos alejandrinos”.

Por fin, después de una caminata de más de una milla por sobre guano, hubimos de llegar a un campo espacioso en aquella galería que llevábamos, y en donde acabó el guano como por obra de encantamiento. Nuestra marcha afanosa iba a terminar, puesto que íbamos a caminar ahora por sobre un piso de vidrio negro, que no semeja otra cosa la compacta lava que decora todo el interior de aquella galería hasta su fin.

Aunque en realidad, habíamos caminado muy poco, estábamos ya tan cansados, que determinamos de común acuerdo descansar allí un par de horas antes de emprender de nuevo la marcha. Desliando nuestros tendidos, nos recostamos un poco en aquel lugar, en donde la atmósfera estaba infestada con el olor característico del guano. Ni en esos momentos de dura prueba pudo dejar de medir las sílabas Adalberto Sotelo. Empuñando la lira, nos espetó lo siguiente:

La obscuridad reinante de esta cueva
impregnada de olor tan penetrante,
me hace creer que tengo por delante
de Satanás otra guarida nueva...

No sé hasta cuando iría a terminar su improvisación Adalberto, de no haber sido interrumpido su canto a la cueva por los fuertes rugidos de un tigre, o quizá algún puma que allí estaba dormido, a unos cuantos pasos de nosotros.

Adalberto guardó silencio como por obra de encantamiento. A Carrasco, a Roque y a Ramón Gil Samaniego, se les erizó el pelo a manera de puerco espín. El resto, nos pusimos color de aceituna. Quirós y don José Salazar nos aconsejaban que no hiciéramos movimiento alguno porque podrían ser no uno sino varias fieras guarecidas ahí.

Con asombro vimos todos los presentes algunos puntos luminosos en aquella obscuridad. Eran los ojos de las fieras, pero ¿de qué clase de animales se trataba? Eso no podíamos saberlo, los rugidos hacían retemblar las bóvedas de aquella guarida de Satán. ¿De qué nos servían las armas en aquel antro? Un tiro mal dado era motivo para que alguna fiera, una sola, hiciera una carnicería entre nosotros. Sin embargo, aprestamos nuestras armas y nuestra actitud a la defensiva, a esperar los acontecimientos.

Los animales no cesaban de rugir. Este ruido, nada grato, duró más de dos horas. Sin duda, que se trataba de varios animales carníceros. Los puntos luminosos dejaron de verse; cesando también los espantosos rugidos lo que indicaba que los animales se habían adentrado a la caverna justo por el camino que nosotros íbamos a seguir.

Ante aquel obstáculo inesperado ningún expedicionario quiso aventurarse por aquel vericueto y determinamos salir de allí a la brevedad posible. Una hora más tarde nos encontrábamos en la entrada de la cueva. Los ingenieros, Roque Santos y Adalberto Sotelo salieron primero, seguidos del resto de expedicionarios momentos después.

Al llegar, rodilla en tierra, el ingeniero Blázquez inesperadamente hizo fuego a nuestro flanco derecho. Dirigimos la mirada a ese lado y divisamos un enorme tigre rayado parado sobre unas crestas de lava que teníamos cerca. El tigre no cesaba de rugir espantosamente, quizás quería juntarse con las demás fieras dentro de la cueva.

Ningún efecto produjo el tiro del ingeniero Blázquez pues, errando al blanco, el proyectil fue a incrustarse en el tronco de un sahuario inmediato, Adalberto Sotelo hizo fuego a su vez y, a pesar de que la fiera estaba a lo sumo a ciento cincuenta pasos, la bala pasó por sobre el lomo del animal, yendo a hacer polvo en un médano cercano.

El Chileno, afirmando la puntería lo más que le fue posible, hizo fuego acertando en

los ijares del tigre, por lo que no quedó fuera de combate. La fiera nos dio frente y avanzó hacia nosotros, que hacíamos fuego a discreción como si se entablara un combate con enemigo numeroso.

La fiera, acribillada a tiros, aunque sin recibir ninguno mortal, muy cerca de nosotros y atormentada, recibió el ataque del perro. Luego de ser atacada por Yaqui, dio un salto y se ocultó entre una concavidad de las lavas donde el perro no podía alcanzarla.

Sin haber disparado un tiro más, la fiera expiró en aquel lugar víctima de la gran hemorragia. Media hora después, Roque Santos y Regino Celaya escalaron la lava hasta llegar a la oquedad donde se encontraba bien muerto el enorme tigre; con dificultad lograron extraerlo de la covacha echándolo y lo echaron a rodar hacia afuera, y cayendo cuan largo era a los pies de algunos excursionistas. Gil Samaniego y el ingeniero Larios se encargaron de quitarle la piel con sumo cuidado y de preparar la cabeza para donarla al Museo Zoológico Nacional.

Más tarde, cuando emprendimos de nuevo la marcha en el exterior, con rumbo a La Choya o La Cholla, a duras penas podíamos cargar con tantos objetos que llevábamos, pero hubimos de conformarnos ante la resolución inquebrantable de los ingenieros que no querían abandonar un sólo objeto de los que habíamos descubierto.

Caminamos por el exterior, siempre en el mismo rumbo de la galería subterránea que acabábamos de abandonar a causa de los tigres. En dos horas habíamos avanzado más de ocho millas no obstante lo pesado de los médanos de arena y lo filoso de algunos peñascos de lava que por allí abundan, como en todas partes de aquel campo de fuego.

Muy cerca de aquel lugar se elevaba un promontorio de roca fundida que sobresalía por encima del alto médano.

El ingeniero Blázquez dispuso pasar la noche en aquel lugar que distaba solo unos cuantos metros del hacinamiento de lavas de que hemos hablado. Aceptamos con gusto pues estábamos muy cansados por lo pesado del camino.

La leña no escaseaba por aquellos desiertos lugares y bien pronto Roque Santos, el Chileno y Regino Celaya se encargaron de encender las hogueras de rigor.

Ramón Gil Samaniego extendió sobre el médano arenoso la enorme piel del tigre rayado que horas antes acabábamos de matar; puso también por allí la cabeza de la fiera.

Como sabíamos ya perfectamente que por allí había fieras, como leones y tigres, dejamos listas nuestras armas.

Divertidísimos pasamos las primeras horas de aquella noche, escuchando la melódiosa lira de Adalberto Sotelo, así como la infinidad de chascarrillos y mentiras de tanto aficionado a las bromas de buen gusto.

Horas después nos echamos a dormir a pierna suelta, sin pensar ni por un momento que el destino nos preparaba una terrible sorpresa para el amanecer del día siguiente.

El Chileno fue el primero en despertar al clarear la aurora del nuevo día. Al incorporarse, se percató asombrado que tres tigres rayados, semejantes al que habíamos matado el día anterior, estaban parados, como centinelas, sobre el promontorio de lavas cercano.

Nos despertó a todos algo sobresaltado y nos dimos cabal cuenta de que el Chileno no nos engañaba. Dos felinos gigantescos espiaban nuestros movimientos tras de los peñascos de lava; el otro se veía a unos veinte o treinta metros más distante.

Para emprender de nuevo la marcha, teníamos que haberla con aquellos tres tigres espantosos. Ciertamente que teníamos buen armamento, dotación suficiente de proyectiles expansivos y puñales de caza pero, ¿nos derrotarían las fieras?

A Carrasco y a Roque Santos me pareció verlos color verde claro. Ninguno hacía el menor movimiento. Repentinamente, a nuestra espalda se escuchó una fuerte detonación que de pronto nos dejó sordos. Al mismo tiempo vimos que el tigre que estaba más cercano, dando un salto descomunal por sobre las lavas, cayó con la panza hacia arriba cual largo era sobre el médano entre aquellas piedras.

La fiera no movió ni siquiera la cola.

—¡Bravo! —exclamó Ramón Gil Samaniego—, felicitando a Regino Celaya, que había sido el autor de aquella hazaña.

Regino había disparado sobre el tigre a unos setenta metros de distancia; le introdujo el proyectil expansivo en medio de la frente. El tigre sólo pudo dar un gran brinco cayendo de lomo sobre la arena del médano, donde dejó los sesos.

La muerte de la fiera fue instantánea. Carrasco ya no pudo contener al perro Yaqui y en un segundo cayó sobre el tigre muerto mordiéndolo furiosamente. Los otros dos tigres, lejos de huir, se acercaron más a nosotros, ocultos siempre por los peñascos de lava y en actitud de lanzarse al ataque. Ambos rugieron espantosamente. El perro, al oír los rugidos, se abalanzó sobre ellos, pero siempre guardando una respetuosa distancia.

Otro proyectil expansivo disparado por Carrasco, atravesó de paleta a paleta a otro tigre, el que también rodó a la arena, tal vez no muerto pero sí fuera de combate. El tercero saltó a un bosque de hediondillas, donde lo acosó el perro, y desde donde nos dirigía miradas no muy dulces por cierto.

El perro ladraba sin cesar muy cerca del felino y ninguno podía disparar por temor de herir al Yaqui.

Don Ramón Parra hubo al fin de disparar sobre la fiera, pero con tan mala puntería que sólo perforó la piel del animal sobre el dorso, por lo que el tigre, dando unos saltos

enormes, se acercó tanto a Sotelo que el poeta caborquense no lo hubiera contado, a no ser por el perro que, enfurecido ya, mordió fuertemente una corva del felino. El tigre se olvidó de Sotelo para arrojarse decididamente sobre el perro. Entonces sonó otra detonación, era Roque Santos a sólo tres pasos de la fiera, disparó pero sin efecto alguno.

Roque estaba nervioso. Otra detonación se escuchó y esta vez tocaba el turno al Chileno. Pero el tigre sólo trató de morderse un ijar donde había sido herido. En ese momento el perro se retiró aullando dolosamente, pues el tigre lo había alcanzado con sus zarpas.

Los momentos eran preciosos y había que terminar aquella fiesta de alguna manera. Convenimos en una descarga general, y así, sólo de esa manera, pudimos coronar la obra: la piel del felino quedó convertida en una criba.

El poeta Sotelo, ya repuesto del susto y tomando aquella jugarreta como una broma, cantó como sigue:

“¡Caramba! Aqueste susto
no doy ni por mil pesos;
del miedo los excesos
jamás igual sentí...”

Y quizá, en las fechas en que escribo este libro, estuviera cantando, a no ser por Manuel Parra y don José Salazar padre que nos llamaron a todos para despellizar aquellos tres enormes animales.

—¡Qué mejores colchones vamos a tener! —exclamaba Gil Samaniego extendiendo sobre la arena aquellas hermosas pieles de un amarillo vivísimo, rayado a líneas negras bastante anchas.

Ya contábamos con algunas de aquellas pieles así como con varias de las de león por lo que la carga se asentaba más. Las cabezas fueron abandonadas muy a pesar de las protestas de Gil Samaniego que todo quería llevarse para donar al Museo. ¡Pobre Ramón!

Después nos acercamos al promontorio de lava de que hemos hablado, y pudimos ver claramente que allí había una abertura bastante amplia y profunda que comunicaba con la galería subterránea que habíamos abandonado para tomar el camino de la superficie. Los tigres eran los mismos que nos impidieron el paso subterráneo y que habiendo salido a la superficie por aquella comunicación, nos atacaban allí fuera.

Cargando con todo, emprendimos la interrumpida marcha con rumbo S. 12° O. hacia La Soda. Ya casi al ponerse el sol, desde la cima de una pequeña elevación de lavas, divisamos a lo lejos las guas del Golfo de California precisamente en la parte que

pensábamos tocar en el trayecto. Se acordó pasar allí la noche, lo que hicimos sin novedad. Al día siguiente, ya como a las catorce horas del día, llegamos a La Soda, y por lo tanto, a la orilla del mar.

Efectivamente, allí salía el camino subterráneo que habíamos abandonado en las inmediaciones de la Tinaja del Cuervo. El rumbo no indicaba otra cosa, y todas las paredes y abovedado de aquella gruta eran como de vidrio negro. La conmoción terrestre y la erupción de los grandes volcanes había llegado hasta allí, quizá más lejos aún, pasando por bajo las aguas del Golfo hasta llegar a las costa orientales de la Baja California.

En efecto, según la autorizada opinión de los ingenieros Blázquez y Larios, allí abunda la sustancia llamada soda, en cantidades que sólo caben en la fábula. De explotarse esa substancia, se hallaría una verdadera fuente de riqueza. ¡Qué lástima que esos hacinamientos de soda permanezcan ignorados para lo sonorenses, amantes de las grandes empresas!

Parados sobre una eminencia, distinguimos, a una distancia de unos cuarenta kilómetros aproximadamente, la espaciosa y serena Bahía de Addair o Rocky Point, rodeada casi de piedras negras eruptivas.

¡Aquel era un espectáculo magnífico, soberbio!

Ramón Gil Samaniego y los dos ingenieros tomaron buenas porciones de aquella soda para someterla a un análisis. El propio Gil Samaniego se encontró en aquel lugar un verdadero banco de ostiones y al dar la voz de alarma todo el cuerpo expedicionario se dedicó a saborear ostiones crudos, cuyas conchas abríamos con sólo acercarlas al fuego que previamente habíamos encendido. El camarón, la almeja, el cangrejo o jaiba y el ostión que por allí tanto abundan allí fueron saboreados por el grupo de excursionistas. Carrasco echaba de menos el tequila Sauza, Gil Samaniego el Bacanora; Roque Santos el Cola de Gallo, el Chileno el margallate, así, cada quien se acordaba de su licor favorito. Allí nos dimos el gran atracón de la temporada.

El poeta Sotelo las echó todas, pues no cabía de contento. El panorama que teníamos, la vista no era para experimentar alguna otra sensación.

—¡Aquí sí que hacen falta los versos! —exclamó Carrasco dirigiéndose a Sotelo, quien sin esperar segunda instancia, en tono de Mi bemol espetó lo que sigue:

“Al encontrarme en tan hermosa playa
el susto de los tigres he olvidado,
el gozo y el placer he vislumbrado,
y al juzgarme feliz, mi ser no calla.

De cangrejos, de almejas y de ostiones
 se ven nuestros estómagos repletos,
 ya veremos más tarde los aprietos
 de tripas al sentir retorcijones.
 Mientras tanto, olvidemos el hastío
 que nos causó el sendero fatigoso,
 y admiremos el sitio tan hermoso
 al que canta esta vez el numen mío!"

Ramón Gil Samaniego interrumpió con un aplauso, y en una de las innumerables contorsiones y piruetas que efectuó para saludar la ocurrencia de Adalberto, cayó sobre la arena de la playa como si hubiera tropezado con algún objeto. Así había sido en efecto. Observando el sitio pudimos ver que Ramón había tropezado con un hueso saliente, pero un hueso de un tamaño colosal. Se desenterró cuidadosamente y comprobamos que era una costilla de ballena.

Continuamos la excavación por distintos rumbos en aquel mismo lugar, bajo la dirección de los ingenieros, y unas tres horas más tarde, un esqueleto completo de ballena había sido descubierto.

Quizá aquel cetáceo visitó aquellos lugares durante las altas mareas y allí quedó varado, como vulgarmente se dice.

Se volvió a cubrir de arena el esqueleto de aquel coloso de los mares; Ramón Gil Samaniego se encargó de marcar bien aquel sitio con la idea de volver por mar después y cargar con el esqueleto gigantesco a fin de enriquecer la colección del Museo de Zoología.

En aquellos lugares abunda también la concha perla, según opinión de ingenieros, quienes se encontraron sobre las arenas de la playa algunas conchas de esa especie. La pesca allí es abundantísima, especialmente la de totoaba, mero, cabría, róbalo, lisa del mar, entre otras. Por su parte, la caguama y la tortuga de carey no se dan a desear.

También existen algunas salinas pero lo más importante de todo, según el resultado de detenidas observaciones, es la extrema abundancia de soda.

Desde la hora de nuestra llegada soplaban un noroeste que nos molestaba sin cesar por lo que nos vimos obligados, ya bastante tarde, a buscar abrigo contra el viento en los cerros inmediatos. Allí pasamos la noche sin novedad alguna y gran parte del siguiente día fue ocupada por los ingenieros en hacer detenidas observaciones y anotaciones en sus libros de memorias.

Casi todos los demás expedicionarios nos ocupamos en la caza de aves marinas, entre

las cuales anotamos la garza blanca y la paloma, el pelícano o alcatraz, la gaviota, la tijereta y otras, más. Gil Samaniego, especialista en preparar y disecar toda especie de bichos, reservó un ejemplar de cada ave de las citadas para disecarlas y donarlas al Museo.

Al día siguiente, muy de mañana y con nuestra carga aumentada considerablemente, la emprendimos con rumbo a la Bahía de Addair, que distaba de allí sólo unos catorce o diecisésis kilómetros con rumbo aproximado al Sureste. Los ingenieros desistieron de ir a La Choya. La distancia se recorrió en sólo tres horas y media. Arribamos a la Bahía de Addair sin novedad, salvo las numerosas partidas de antílopes o berrendos, únicos pobladores de aquellas soledades.

A Ramón Gil Samaniego y a Manuel Parra se les iban los ojos, al observar tanto animal, pero tenían que conformarse en virtud de la absoluta prohibición del Gobierno Federal para matar esos animales. Don Ramón Sotelo, don Ramón Parra y Francisco Bedoya hacían comentarios sobre aquellos lugares, asegurando que en su vida habían visto otros sitios más hermosos que aquellos.

En efecto, aquellos parajes son encantadores. La naturaleza prodigó en aquella pacífica y espaciosa bahía, todos sus encantos. Establecimos nuestro campamento provisional casi en las orillas del agua, y nos dedicamos a la pescar para matar el tiempo y saborear el pescado fresco que tanto nos gustó.

Otros de nuestros compañeros se ocuparon de cazar zorras y coyotes que allí abundan en cantidades que sólo caben en la fábula. Entre tanto, los ingenieros anotaron que la Bahía Addair, se sitúa a los 31° latitud Norte y 114° longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

Que espaciosa, perfectamente abrigada y con bastante profundidad para dar cabida a buques de gran calado presenta la bahía. La lava de los volcanes llegó hasta allí pues pueden apreciarse grandes promontorios de roca eruptiva que por el Sureste circundan buena parte de la bahía, que resultaría un puerto magnífico. Algo así como un malecón de rocas ennegrecidas se interna en una gran parte de la Bahía, quizás como un kilómetro o más si se por lo que puedo afirmar que de ahí viene el nombre de Rocky Point.

He dicho que la pesca es abundantísima pues hay variedades infinitas de pescado, siendo también no escaso el tigre de los mares, como ha dado en llamarse al tiburón. Innumerables aves marinas habitan en aquellos lugares, de una variedad que no es para describirse.

No dejó de llamarnos la atención unos gritos de auxilio lanzados por Ramón Gil Samaniego y Roque Santos quienes, apropiados de una fuerte piola y grande anzuelo,

ostentando llamativa carnada habían arrojado el extremo del largo cordel a una profundidad en donde se veían casi a flor de agua peces de tamaño gigantesco.

Algún animal marino picó, como dicen los pescadores y no pudieron Gil Samaniego ni Roque jalar la piola, aquellos pobres pescadores eran arrastrados por un tiburón de tamaño colosal.

—¡Sulten el mecate! ¡No jalen! —les gritaba Carrasco— ¡No quieran detenerlo porque los echa al mar!.

Pero Ramón y Roque no estaban dispuestos a perder el mecate ni el anzuelo, y se esforzaban por jalar la delgada piola que les quemaba las manos. Un fuerte tirón del animal marino fue suficiente para que aquel par de compañeros fuera a dar al agua. Sus cuerpos se perdieron bajo el líquido elemento, pero a poco los vimos salir y ganar las peñas inmediatas. Por supuesto que salieron bien bañados, sin el mecate y sin el anzuelo.

Todos nos echamos a reír al ver el desenlace de aquel drama. Otros pescadores llevaron al campamento buena provisión de pescado chico como lisa de mar y curvina que saboreamos con placer. Dos días permanecimos en la Bahía de Addair, gozando a nuestras anchas ante aquellos horizontes magníficos. Al tercer día, emprendimos decididos el camino de regreso a Sonoya, como lo veremos en el capítulo final.



Vista de la playa arenosa en 1975 en las afueras del pueblo pesquero Puerto Peñasco, Sonora, cerca de la ubicación donde el grupo de Esquer supuestamente concluyó su expedición y regresó hacia Sonoyta. Al momento de esta publicación, esta playa cuenta ya con construcciones de condominios verticales. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico).

CAPÍTULO XII

EL REGRESO

Los ingenieros determinaron, antes de regresar, levantar un mapa a la ligera de la región a partir de nuestra salida de Sonoyta, lo que nos llevó un par de días más.

Cuando esta labor hubo terminado, la emprendimos de regreso tomando el camino que de la Bahía de Addair traza la amplia y recta brecha que dejó abierta una compañía ferrocarrilera que intentó un ramal de Ajo, Arizona a Rocky Point.

Recuerdo que ese día solo pudimos avanzar unos veinte kilómetros, deteniéndonos a descansar en las inmediaciones de uno de los pozos que allí dejó abiertos la antedicha empresa ferrocarrilera.

Un trípode de maderos indica el lugar donde se halla el pozo de sólo diez pulgadas de circunferencia, con una profundidad que se estima en varios centenares de pies, sirviendo de ademe un tubo vertical del mismo diámetro y longitud. Del trípode pende una pequeña garrucha, de donde se desliza un cubo alargado, atado de un cordel interminable. Con grandes esfuerzos sacamos agua potable suficiente, lo que nos sirvió de maravilla, dado que nuestra provisión de ese líquido estaba ya para concluir.

A las seis de la mañana del día siguiente, reanudamos la marcha. A las doce del día nos incorporamos en El Batamote con el resto de los expedicionarios que allí nos esperaban impacientes; salieron a recibirnos, Rafaelito y Nacho Alegría, quienes saludaron a Roque Santos y al poeta Adalberto Sotelo.

Aunque la llegada a aquel lugar fue muy temprano, se acordó pasar allí el resto del día para dedicarnos a descansar de tantas y tan largas caminatas a pie, y cambiar impresiones con motivo de nuestro regreso a Sonoyta.

Nacho Alegría estaba contentísimo con sus riquezas, al igual que los demás y todos abrigamos grandes proyectos para el porvenir. Roque Santos y Rafael Vega no cesaban de hablar sobre las cosas de actualidad y charlaban más que los loros de las Islas Marías.

Ramón Gil Samaniego, los dos ingenieros, don José Salazar y Manuel Parra, se estaban poniendo de acuerdo para volver un mes más tarde por los lugares recorridos, trayendo dos o tres carros y bestias suficientes para cargar con todos los objetos que hubo necesidad de abandonar por lo pesado y numeroso que eran. Por lo general, todos deseábamos volver por aquellos lugares, mejor preparados para una expedición larga y para disponer del tiempo que quisiéramos para detenernos en los lugares más importantes.

Recuerdo bien que los ingenieros Blázquez y Larios, no cesaron de trabajar; escribían constantemente no sé qué anotaciones en sus libros de apuntes, suplicándonos que los dejáramos solos y no les interrumpiéramos en sus trabajos. El inquieto Gil Samaniego y Roque Santos, seguidos de Rafaelito, el Chileno y Manuel Parra, todos armados de rifles, salieron de caza aquella tarde, regresando al ponerse el sol con cinco hermosos jabalíes, que arrojaron en la arena al llegar al campamento. Nacho Alegría y don Abelardo López se encargaron de desollar aquellos animales y de preparar la nueva porovisión carne.

Todos estábamos muy atentos viendo la destreza de aquellos dos hombres de hierro, incansables para el trabajo. Por supuesto que aquellos momentos fueron aprovechados por Adalberto Sotelo para hacer una de las suyas. Para que el lector pueda darse una idea de la fecundidad del poeta, bástale saber que con sólo pulsar la lira, nos espetó lo siguiente:

“Cuando me hallo del monte en la espesura
de la caza entregado al gran placer,
allí termina toda mi amargura,
allí acaba mi pena la más dura,
se va mi padecer.

Ahí de buros me encuentro una manada
por la senda que llego yo a cruzar;
ya no estoy con el alma sosegada,
y quisiera con bala despiadada
con todos acabar!

Si son jabalíes los que miro
por el campo que cruzo, peor les va,
casi siempre al codillo y les tiro;
pues cazando estos bichos, yo deliro
como nadie, quizá!

Los puercos, los coyotes, los venados,
ante mi rifle doblan la cerviz,
los he visto con ojos apagados,
verdes, rojizos, blancos o azulados
y sangre en la nariz!

Causa placer la caza; yo aseguro
que al monte acudo de la calmó en pos,
allí termina el padecer más duro
y experimento un bienestar tan puro
¡cuál bendición de Dios! “.

—¡Viva Caborca! ¡Viva el poeta Sotelo! —exclamó entusiasmado Reyes Carrasco.

—¡Viva! —exclamaron también contagiados Nacho Alegría y Abelardo López.

Ramón Gil Samaniego y los ingenieros acudieron presurosos a estrechar la mano de Adalberto por aquella improvisación, felicitándolo calurosamente.

Rafaelito pidió copia a Sotelo de aquella improvisación, pero... no pudo darla, porque la dijo a como le fluyeron los vocablos y nada pudo conservar en la memoria. Tras ese canto, vino otro y después otro y otro más, de suerte que Nacho Alegría y don Abelardo López desellejaron los animales oyendo los cantos de Adalberto Sotelo. Llegó por fin la noche, y con ella los nuevos cantos y chistes de toda la expedición...

¿Quién iba a estar silencio un sólo instante entre aquella gente que hablaba hasta por los codos? Astorga era el que sobresalía en eso de inventar mentiras de las más ingeniosas.

Serían las veinticuatro horas cuando, cansados de tanto hablar y reír, nos quedamos dormidos. Viejos y jóvenes, todos éramos iguales para eso de chistes y bromas del mejor gusto.

El obligado café cargado, hábilmente preparado esta vez por don Antonio López, fue saboreado por todos a la salida del sol; luego se sirvió el desayuno: solomillos, y patas de jabalí, ricamente sazonadas por Carrasco.

A las ocho de la mañana se reanudó por fin la marcha y a las doce estábamos ya en las inmediaciones de Los Pocitos. Roque Santos, Adalberto Sotelo, Rafael Vega y Regino Celaya, se separaron desde la salida, para ir en busca de los fotingos que habían abandonado cuando se incorporaron al grupo de expedicionarios. Como a las 18 horas del día se nos alcanzaron. Como era hora muy avanzada determinamos pasar allí aquella noche para emprenderla de nuevo al siguiente día por la mañana. Así se hizo. Dado que por aquellos lugares abunda el buro, especie de ciervo más grande que el venado cola blanca, Rafael y Santos dispusieron salir un momento de caza.

No tardamos en oír como cinco detonaciones. Dado que aquella “fiesta” era muy cerca de donde nos encontrábamos, nos encaminamos a ver de qué se trataba. Distinguimos a los dos cazadores que se divertían de lo lindo haciendo fuego sobre un buro que, parado

de firme sobre una pequeña eminencia, los desafiaba. Ninguno de aquel par de cazadores podía hacer blanco en el animal. Reyes Carrasco disparó sobre el cuadrúpedo desde una distancia no menor de cuatrocientos metros, y todos vimos que el buro, dando un salto, azotó sobre el suelo herido de muerte.

—¡Magnífico tiro! —exclamó el ingeniero Blázquez—, felicitando a Reyes.

El animal fue traído al campamento en medio de la admiración general. Su tamaño era fuera de lo común, y ostentaba en su cabeza gran encornadura con varias ramificaciones, por lo que Gil Samaniego se encargó de recogerla y de prepararla para el Museo Zoológico Nacional.

La carne del buro en ciertas épocas del año es buena y apetitosa, pero no siempre es de sabor agradable como la del antílope o berrendo. Abunda también en partidas aunque no tan numerosas, y son perseguidos por los pápagos. En ocasiones, como en los días de San Juan, por ejemplo, salen al campo ocho o diez indígenas pápagos a caballo y es rigor que han de coger a lazo un buro para matarlo el día de la fiesta y gustar del guacabaqui, después de pasar una noche de un baile original lleno de contorsiones y ceremonias.

En el campamento, el buro fue preparado en barbacoa por Roque Santos, y al día siguiente nos sirvió para el desayuno.

La partida se llevó a cabo a las ocho horas del nuevo día, caminando sin novedad alguna hasta llegar a Agua Dulce, donde determinamos descansar un par de horas para tomar alimento y dar un poco de descanso a los animales de carga y de silla .

Nacho Alegría no hallaba qué hacer con sus burros cargados de oro. Igual cosa nos sucedía a todos, inclusive a don Ramón Sotelo, don José Salazar padre y don Ramón Parra. Bedoya casi no hablaba, pues venía muy impresionado de la expedición. Luego de aquel pequeño sesteo reanudamos la marcha. Casi a la puesta del sol llegamos a Quitovaquita, a veinte kilómetros de Sonoyta.

Allí hicimos campo de nuevo para pasar la noche y emprender la marcha al siguiente día para llegar al punto de donde habíamos partido. En Quitovaquita hicimos por último un hacinamiento, una verdadera montaña con todo lo que habíamos recogido; los ingenieros y Gil Samaniego, auxiliados por algunos expedicionarios, se ocuparon de clasificar tanto objeto y rocas de distinta naturaleza.

Aquel último trabajo, por cierto, se prolongó por mucho tiempo. Allí había huesos de animales antídiluvianos, esqueletos de frailes, arcos, flechas, molcajetes, piedras de una variedad infinita, piel de todos los animales cazados, desde el tigre rayado hasta el jabalí, momias, y todo cuanto pueda imaginarse; la mayor parte recogida por Ramón Gil Samaniego para donar a los Museos Nacionales. ¡Pobre Ramón!

Había además una cantidad de sacos de lona hinchados a reventar de oro en polvo y monedas antiguas de oro y plata, un crucifijo de tamaño natural del que se había apropiado Nacho Alegría tras encontrarlo en la Misión de los Cuatro Evangelistas, como anotamos, en las inmediaciones de El Pinacate.

Todos nos encontrábamos sumamente complacidos de los resultados obtenidos en aquella expedición y recuerdo que allí mismo juramos volver con nuevos compañeros y disponer de más tiempo, para lo cual nos prepararíamos debidamente.

Nuestro trabajo de clasificación bajo la hábil dirección de los ingenieros Larios y Blázquez se prolongó por muchas horas y al día siguiente, a la salida del astro rey, la emprendimos para Sonoyta. A medio día llegamos a la ruinosa hacienda de Santo Domingo, donde determinamos descansar un poco.

El ingeniero Blázquez nos habló allí de la siguiente manera:

—¡Señores! Tanto mi compañero Larios como yo estamos sumamente agradecidos con ustedes y no hallamos la manera de manifestarlo de un modo efectivo. Este viaje nos ha familiarizado pues hemos pasado días muy gratos y felices; buenos, muy buenos sustos hemos llevado ya en las entrañas mismas de los grandes volcanes, cuanto en la superficie de la tierra. Como es natural, deseamos volver más despacio, disponer de más tiempo, para emprender otra expedición con nuevos elementos, con nuevos bríos y entonces sí que se llevarán a cabo descubrimientos importantísimos, que harán luz sobre sucesos acaecidos en edades muy remotas que hoy por hoy permanecen ignorados. Nosotros nunca nos imaginamos lo importantísimo que son estos lugares para los hombres amantes del estudio y de la observación y estamos admirados sobremanera de los descubrimientos llevados a cabo por todos nosotros.

Nuestro mayor deseo es volver nuevamente, como ya he dicho, y como ustedes nos han hecho el honor de acompañarnos en nuestras aventuras por estos apartados lugares que ya hemos dejado atrás, quisiera oír de ustedes una promesa, una protesta solemne de que nos acompañarán de nuevo muy pronto.

—¿Qué opinan ustedes?

—¡Que iremos con ustedes hasta el fin del mundo! —exclamó Reyes Carrasco, dando un fuerte abrazo a cada uno de los ingenieros. Aquellos abrazos fueron como la señal de aprobación del nuevo viaje que se anunciaba ahí, en la Hacienda de Santo Domingo, a unos ocho kilómetros de Sonoyta.

—¡Señores ingenieros! —exclamó a su vez Manuel Parra—, vuelvan ustedes cuando les parezca conveniente, que nosotros, hablando por la generalidad, estaremos listos a la hora que sea.

Los ingenieros se mostraban complacidos con el resultado de la nueva iniciativa para llevar a cabo otra expedición y, en verdad, a nosotros también nos agradaba el viajecito ya que en el primero nos había ido tan bien. Además, estábamos ya tan acostumbrados a ver y tratar diariamente a los ingenieros que, familiarizados con el trato, sentíamos por ellos hasta cariño si se quiere. El noventa por ciento de los mexicanos somos así.

Mucho después del medio día, así como a las quince horas, emprendimos la caminata con rumbo al punto terminal que, como hemos dicho, solo distaba unos ocho kilómetros. Los profesionistas y Gil Samaniego veían, al flanco izquierdo y por ambas márgenes del pequeño río, los campos en cultivo alimentados por diminutas y defectuosas acequias provenientes de las tomas principales, por una y otra banda del Little River.

El ingeniero Larios dio algunos consejos a los labradores que nos acompañaban, y le habló también sobre el cultivo del secano. Por fin y ya muy tarde, casi a la puesta del sol, la comitiva llegó a las primeras casas del pueblo. Un verdadero batallón de mujeres salió a nuestro encuentro ¡Pobres viejas! También ellas, guiadas por su instinto de curiosidad, querían ver todo, todo cuanto traíamos.

Se escucharon palabras de bienvenida y cada una de aquellas mujeres, oía de su marido, de su hermano, de su hijo, el relato de nuestras aventuras.

Bajo el álamo grande de la calle principal, se formó un numeroso grupo de hombres y mujeres. El amplio salón, contiguo a la cantina "Sonoya", fue facilitado por su propietario, señor Jáquez para depositar los innumerables objetos que traíamos. Religiosamente, ambos ingenieros procedieron a hacer un reparto equitativo de los valores metálicos encontrados, entre todos los expedicionarios. Luego se despidieron gozosos y se retiraron a sus hogares. Los ingenieros se alojaron en una casa inmediata que gustoso facilitó el Chileno Jáquez.

Después de un descanso de dos días, aprovechado por los ingenieros y Ramón Gil Samaniego en establecer una nueva clasificación de objetos y de reempacarlos con sumo cuidado, eficazmente auxiliados por acomedidos vecinos del lugar, los profesionistas se dedicaron a dar cumplimiento a la comisión que los había traído a Sonoya. Lo mismo hizo Ramón Gil Samaniego, Procurador de Pueblos en el Estado de Sonora.

Diez días después, los ingenieros resolvieron satisfactoriamente los asuntos de terrenos de la tribu de indios pápagos, pobladores de la región. Entonces, los profesionistas dispusieron su salida hacia la ciudad de Hermosillo, capital del estado, para dar cuenta del resultado de su comisión. En tres carros regulares fueron colocados los objetos hallados en las cavernas y volcanes de El Pinacate y un día muy de mañana, después de las promesas de amistad y de que pronto, muy pronto nos volveríamos a ver, los vecinos de

Sonoya vimos partir a los dos ingenieros y a Gil Samaniego por el polvoso camino de Caborca, con rumbo a la capital del estado.

Nacho Alegría, don Ramón Parra, don Abelardo López y el Chileno los acompañaron hasta la hermosa ciudad de Hermosillo. ¿Volverán? ¿Tendremos el gusto de acompañarlos de nuevo en otra expedición? ¿Cuándo se verificará ésta? Las respuestas que exigen esas preguntas quizá las demos en buen tiempo pues en el pueblo de Sonoya es esperada con ansia la llegada de los ingenieros Larios y Blázquez y del inseparable Ramón Gil Samaniego quienes, al decir adiós, nos prometieron regresar al principiar el año de 1928.



William K. Hartmann
May 1993

Mirando hacia el oeste desde el campamento de la familia Sykes, cerca del cráter de Sykes. Godfrey Sykes, miembro de la expedición de MacDougal y Hornaday "heredó" este campamento a sus descendientes de Tucson, quienes esporádicamente aún visitan los Pinacates. Las brillantes dunas del Gran Desierto pueden verse a la distancia. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 1993).

PRÓLOGO DE ADALBERTO SOTELO, 1928

La rareza de los libros de lectura amena, es tan marcada en nuestros tiempos de novedades científicas y políticas, que al salir a luz uno como el presente, no solamente se presenta al espíritu la oportunidad de tomar un descanso en su lectura sin otro fin que sea el de sustraerlo de la brega diaria, sino que a esto va agregada la enseñanza de la observación del autor arrancó de los misterios que impasibles perduran en el escenario de esos desiertos de arena y lava donde se desarrollan los acontecimientos de la expedición.

En las actividades de la vida moderna, nuestras energías y nuestras facultades son absorvidas en los inmensos campos de Comercio, la Mecánica y la Política; las exigencias de nuestra vida reclaman constantemente de nosotros lo más preciado de la vida: la Salud, y en esos vastos horizontes de Ciencias y Actividad nos sentimos a veces succumbir por la asfixia de su presión, invocando un momento de relación con la Naturaleza. La tendencia de libertad, expansión y dominio, en la acepción más pura de la palabra, existirá siempre, en estado latente en el hombre, no importa cual fuere su condición social, su época y su civilización; allá en el campo abierto, bajo los rayos del sol y respirando oxígeno a todo pulmón, es donde el Rey de la Creación va consciente de su fuerza formidable: la Inteligencia; donde cada estrella y cada grano de arena le hablan de una existencia inmortal perpetuada en una vibración infinita: donde las desigualdades de la vida social ceden su lugar a la afinidad universal. Es por esto que la lectura de un libro como *Campos de Fuego*, escrito en un pueblecito, Sonoyta, del Estado de Sonora, pueblito que como centinela avanzando guarda los misterios del desierto del Distrito de Altar, nos releva, siquiera por un momento, de las preocupaciones de nuestra vida moderna, invitándonos a recorrer en asombro tras de asombro, esos mares de arenas y esas moles de lava, que guardan todavía una historia no narrada donde la Geología y la Arqueología son las primeras protagonistas; donde las huellas de razas desaparecidas de animales y de hombres son los eslabones de una cadena cuyo principio se pierde en la noche de los tiempos.

El autor de *Campos de Fuego*, don Gumersindo Esquer, apreciabilísimo amigo mío, revela en su historia el carácter del amigo afectuoso, del hombre observador y del sensible poeta. La iniciación de su libro no es otra cosa, en mi concepto, que la iniciación también

de una era de adelanto para esta olvidada región del Distrito de Altar, a la que el autor ha venido dedicando desde hace varios años, toda la energía y buena intención de que es capaz. Los que conocemos a Esquer, los que le hemos visto de cerca luchar a brazo partido con la pobreza, llevando como escudo una honradez intachable, podemos creer que la única recompensa a sus afanes será desviar la atención de los centros ricos y poblados hacia esta región, emporio de riquezas naturales inexploradas aún, a cuyo interés se aduna la severa belleza de sus volcanes, la austeridad de sus desiertos y el valioso tesoro de sus puertos naturales sobre el litoral del Golfo de California.

Campos de Fuego, primer libro que se escribe de este género en la región del Distrito de Altar, será sin duda el precursor de nuevas orientaciones comerciales y científicas; y pues que su autor al escribirlo solo tuvo presente la recompensa del cumplimiento de un deber sagrado, como lo es el de hacer Patria, no solamente verá coronados sus esfuerzos, sino que también la admiración y la gratitud llevarán una ofrenda a su recuerdo.

Adalberto Sotelo

Caborca, Sonora
13 de enero de 1928



Irwin (de 62 años, en la derecha) y Julian Hayden (de 33 años), Riverside, California, 1944. Fotografía cortesía de Steve Hayden

NOTAS DE LA TRADUCCIÓN AL INGLÉS COMENTARIOS DE IRWIN HAYDEN, 1964

Cuando hice la traducción de su original en español a inglés, me tomé *Campos de Fuego* al pie de la letra, tal como lo había descrito Adalberto Sotelo en su prólogo. Conforme progresó la traducción, me fui interesando más en él, no sólo por su valor literario y por la belleza de su lenguaje, sino también por la evidente veracidad de lo descrito. Sin embargo, llegó un momento en el que no pude creer lo que leía. Fue entonces que percibí el significado de la aseveración en el título del libro de Esquer: “una breve narración histórico-fantástica,” o, en lenguaje llano, que la narración estaba compuesta por hecho y ficción, verdad y fantasía. Esto cambió mi actitud hacia el libro, pero no destruyó del todo la ilusión de credibilidad que había generado en mí.

En mayo de 1964, acompañé a mi hijo Julián D. Hayden de Tucson, Arizona, a Caborca, en el estado de Sonora, México, para entrevistar a otro miembro de la expedición narrada por Esquer, Don Regino Celaya. Se dice que otro miembro, Don Ramón Gil Samaniego, aún vive, pero no sabemos dónde se encuentra.

Aprendimos mucho del señor Celaya. La narración de Esquer era una broma, de principio a fin. Se basaba en un viaje de dos días al área de El Pinacate que realizaron un puñado de hombres, incluido Don Regino. Este viaje se hizo bajo sugerencia de un hombre de Phoenix, Arizona, el señor Roque Santos, quien quería inspeccionar una cueva donde se incendiaba un depósito de guano. Cazaron a un borrego de montaña durante el viaje. Esquer no fue parte de ese grupo.

Sí fue, sin embargo, enteramente bien intencionada, la forma en la que el autor gentilmente parodió a su grupo de amigos y compinches, atribuyéndoles actos de heroísmo, extraordinarias proezas de fortaleza, ingenio, valentía, y de vez en cuando, poniendo a uno o más de ellos en una circunstancia absurda.

Es evidente que Esquer se deleitaba de nombrar a sus amigos, una y otra vez; entre ellos estaban Rafaelito, Manuel Parra, Regino Celaya, el “terrible” Nacho Alegría, Reyes C. Carrasco, “El Chileno” y por último, si bien no menos importante, Ramón Gil Samaniego, cuyo nombre aparece en repetidas ocasiones, como si a el autor le encantara su rítmica. Parece no haber razón para dudar que todos los hombres que son nombrados en el libro vivieron y eran conocidos de Esquer. Celaya conocía a la mayoría de ellos, pero nunca

había oído hablar de los dos “profesionales,” los ingenieros Blásquez y Larios, los “líderes científicos”, respetados y amados por los miembros de la expedición que nunca sucedió.

El señor Celaya dijo que supuestamente Esquer había construido esta narración de cuentos que él había escuchado en las cantinas de Sonoyta, ninguno de los cuales, de acuerdo con Celaya, eran de excusiones suficientemente grandes como para contener a más de un par de hombres a la vez, y definitivamente ninguna sobre el grupo descrito en el primer capítulo.

¿Quién y qué era Gumerindo Esquer, el autor de esta ficción tan difícil de no creer? Lo habíamos escuchado descrito como el “abuelo de todas las mentiras”; Sotelo lo describe en su prólogo como un digno amigo, un hombre cortés, un ávido observador y un poeta del sentimiento. Su libro, en mi opinión, verifica este último atributo. De Celaya aprendemos que Esquer fue probablemente un indio Mayo; que fue un hombre quien realizó largos recorridos a pie, evitando los vehículos a motor y otros medios de transporte; que era muy listo con la aritmética y enseñó en una escuela (Adalberto Sotelo, autor del prólogo, era director de la escuela); que era gentil, amable, amigable. En agosto de 1940 se le encontró muerto bajo la sombra de un árbol a menos de un kilómetro de la que era entonces casa del señor Celaya. Había alcanzado la edad de alrededor de setenta años. En el ala de su sombrero (el sombrero puede ser visto en Caborca) se encontró un mensaje explicando que se estaba muriendo de sed y que nadie debía ser culpado.

Irwin Hayden,
Tucson, Arizona
25 de mayo de 1964

LAS MÚLTIPLES EDICIONES Y TRADUCCIONES AL INGLÉS DE CAMPOS DE FUEGO

Conforme comenzamos a trabajar en el proyecto de republicar el libro de Gumersindo Esquer, *Campos de Fuego*, con una nueva edición de español y una edición en inglés, nos dimos cuenta de que había ciertos problemas por resolver. Gumersindo Esquer escribió su manuscrito original en español, al parecer entre 1926 y 1928. Hasta donde nosotros sabemos, el paradero actual del manuscrito (si es que aún existe) es desconocido. En 1928, el libro se publicó en español en Hermosillo, Sonora, por la casa editorial e imprenta “El Modelo”, en una económica edición de bolsillo, la cual incluía muchos errores, ortografía desigual y páginas blancas desperdigadas que parecían tener textos faltantes, pero eran sólo errores de impresión. La primera edición puede ser encontrada en la Biblioteca de Colecciones Especiales de la Universidad de Arizona. En una segunda edición publicada en 1985, también en español, el texto es idéntico a la edición de 1928. Sin embargo, tiene una portada diferente (una fotografía aérea en blanco y negro del complejo volcánico de El Pinacate tomada por el geógrafo y fotógrafo Peter Kresan) y que fue publicada por la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE). Adicionalmente, contenía un prólogo por la delegación sonorense de SEDUE, notando que *Campos de Fuego* presentaba las experiencias personales del autor en la región de El Pinacate, y por lo tanto, era relevante para la creación de la Reserva de la Biosfera El Pinacate. Una tercera edición en español fue publicada en 2013 en Hermosillo por el Instituto Sonorense de Cultura, con una fotografía aérea a color en la portada, también del complejo volcánico de El Pinacate.

En 1964 el arqueólogo Irwin Hayden realizó una traducción informal al inglés de la publicación de 1928. Parece que lo hizo por su propia cuenta y para familiarizarse de mejor manera con la región a la cual su hijo Julián le había cobrado tanto afecto. A pesar de estar extremadamente bien hecha, contenía diferentes infortunios, incluyendo erratas, frases faltantes, así como algunas traducciones imprecisas. Además, ciertos pasajes, con palabras desconocidas o a las que podemos referirnos como “sonorismos”, habían quedado sin traducir. Los “sonorismos” que fueron clarificados para los lectores en inglés, incluyen totoaba “tambor o algo que croa” [un tipo de pez del Golfo de California], cina (cactus sinita), cibiri (un tipo de cactus cholla), guacabaqui [un estofado hecho con carne de venado de los O’odham] y chamizo (*Ambrosia dumosa*), entre otros.

Julián Hayden, hijo de Irwin, nos hizo llegar una copia de la traducción de su padre cuando Bill Hartmann estaba trabajando en su libro de 1989 “*Desert Heart: Chronicles of the Sonoran Desert*”, sobre la región de El Pinacate. Para nuestro proyecto necesitábamos una versión digital. En 2017, nuestra amiga y colega, Elaine Owens, utilizó el método de reconocimiento de óptico caracteres a partir de una fotocopia escaneada, a lo cual le siguió un proceso de corrección, para crear otra “edición” del libro de Esquer, con algunas malinterpretaciones a consecuencia de la a veces poco legible copia de Hayden y demás inevitables errores tipográficos.

Para limpiar lo más posible de este accidentado historial, revisé y comparé las tres versiones (la publicación en español, la traducción al inglés de Irwin Hayden y la versión digital de Owens de la versión de Hayden). Utilicé mis conocimientos del español, consulté varios textos y, en algunos casos, consulté con mis colegas hispanohablantes, Richard Flint, Jesús García, Kathleen Kimball y David Yetman. Para clarificar los nombres de peces, consulté con el biólogo marino Phil Hastings. Juntos aclaramos casi todas las traducciones incorrectas, la falta de traducción de los “sonorismos” y demás erratas.

El libro original en español está escrito de manera encantadora, en un estilo un tanto arcaico y divertido de leer, pero que en ocasiones es imposible de traducir directamente. Espero haber logrado retener su tono fantástico, con su alegre y despreocupada actitud, mezclado con una adelantada ética de conservación que surge en los capítulos finales. Me responsabilizo por los errores que queden de esta enrevesada trayectoria del libro de Esquer.

Gayle Harrison Hartmann

Tucson, Arizona

Mayo 27 de 2018



Fotografía de Gumersindo Esquer circa 1920 (de alrededor de 44 años). Cortesía de Stella Cardoza, sobrina nieta de Gumersindo. Stella Cardoza es la nieta de Guadalupe Esquer, la hermana menor de Gumersindo quien aparece en la fotografía familiar.

GUMERSINDO ESQUER DE SONOYTA: UN JULIO VERNE MEXICANO SIGUIENDO LOS PASOS DE WILLIAM HORNADAY¹

William K. Hartmann, Gayle Harrison Hartmann y
Guillermo Munro Palacio

El pueblo nativo de Sonoyta, Sonora, fue registrado por primera vez por los europeos cuando el Padre Eusebio Kino lo visitó en 1698. En 1700 escribió: “Esta ranchería... es lo mejor que hay en esta costa, de tierras fértiles, con sus acequias para buenas sementeras y con agua que corre todo el año y con buenos pastos para ganado, con todo lo necesario para una muy buena población” (Kino 1924, 2:255). Kino tenía razón. Sonoyta es buen lugar para vivir.

En 1920 Sonoyta era un pueblo próspero, lleno de habitantes ocupados y optimistas, un oasis en el desierto sobre el río Sonoyta. Esta fue la Sonoyta del escritor, poeta, maestro, cazador y explorador Gumersindo Esquer, uno de los más coloridos y a la vez menos conocidos personajes del noroeste de Sonora, el Viejo Oeste en aquellos tiempos. Él escribió con entusiasmo sobre su pequeño pueblo en la primera página de su novela de 1928, *Campos de fuego*.

Sonoyta no es otra cosa que un oasis en el centro del desierto, donde es digna de verse y de admirarse la hermosa cinta de plata del pequeño pero inagotable río que por el lado norte atraviesa la población de este a oeste hasta perderse sus aguas en los infranqueables médanos de arena que existen en la parte oriental de la abrupta serranía de el Pinacate.

... El clima, debido a no sé qué fenómenos meteorológicos, es variadísimo, siendo extremado el calor en el verano y excesivo el frío en el invierno, con bruscos cambios de temperatura en las dos estaciones intermedias.

Cuando va crecido, *El Little River*, como nombran los norteamericanos al pequeño río, fecunda con sus linfas los terrenos planos que existen en sus dos márgenes, donde cualquiera puede observar los pequeños sembrados de maíz, trigo, frijol, vides, higueras, granados; la mirada se deleita con los hermosos panoramas de aquellos campos cubiertos de verdura.²

Sonoyta y los exploradores

Las exploraciones científicas inspiraron a la Sonoyta floreciente de inicios del siglo XX. Ya para 1887 el geógrafo francés Alphonse Pinart visitó el área. Habiendo navegado a vela desde San Francisco, visitó Caborca y Sonoyta, exploró el Pinacate e ilustró misiones y escurrimientos de lava. El recuento de sus viajes fue publicado en 1880 en la publicación francesa *Bulletin de la Société de Géographie* (Pinart 1880). Enigmáticamente, Pinart menciona que alrededor de Batamote, en la ladera sureste del Pinacate al sur de Sonoyta, escuchó el rumor del descubrimiento de unas ruinas de tiempos de los españoles de lo que se presumía era una misión o iglesia, además de otras estructuras. Como veremos, este es el tipo de historias que pudieron haber influenciado a Esquer, cuarenta años después.

La publicación de Pinart, sobre geología y folclor, probablemente ayudaron a inspirar también a la más famosa expedición de 1907, cuando el considerable grupo de MacDougal-Hornaday-Sykes pasó a través de Sonoyta, con el colorido oficial de seguridad local, Jeff Milton, como guía. A partir de entonces, otros ciudadanos de interés que pasaron por el área, como Alberto Celaya y Hia C'ed O'odham Quéléle, fungieron como guías para exploradores del Pinacate como Carl Lumholtz y Julian Hayden. El grupo de MacDougal de 1907 describió diversas especies de grandes animales como el borrego cimarrón y el antílope americano de la región. Recolectaron especímenes, descubrieron y nombraron profundos cráteres, fotografiaron cactus y serpientes de cascabel. Hornaday, quien se dedicó primariamente a su labor como director de un zoológico y escritor de viajes, publicó un presuntuoso libro sobre las aventuras de la expedición en 1908. Rebozante del optimismo y entusiasmo que se vivía con el cambio de siglo en Estados Unidos, el libro *Fogatas en el desierto y lava (Camp-Fires on Desert and Lava)* de Hornaday describe increíbles vistas de lava y “primeros” ascensos a espectaculares cráteres (visitados con certeza previamente por los nativos americanos). Una de las experiencias más sorprendentes recuenta la odisea del infatigable colega de MacDougal, Godfrey Sykes, quien abandonó el campamento sin acompañantes un día a la una de la tarde. Sin decirle a nadie, realizó una caminata de casi 70 kilómetros (de acuerdo a su podómetro) a través de las dunas del Gran Desierto, donde no había caminos trazados, para llegar a la costa a calibrar su barómetro a nivel del mar. Regresó hasta la una y media de la madrugada. Sykes fue fotografiado parado de cabeza después del ascenso a la punta del Pinacate, Jeff Milton fue fotografiado con una serpiente de cascabel en su bolsa de dormir y todos se la pasaron de lo mejor.

Lumholtz, un naturalista noruego, pasó por Sonoyta en 1909 y publicó su libro, un tanto más sobrio, sobre la exploración de 1912. Ambos libros, *Fogatas en el desierto y lava* y *El México desconocido*, escritos con tan sólo cuatro años de diferencia, inspiraron nuevo interés en las entonces poco conocidos rasgos naturales e históricos de esta aislada área del desierto. Ambos libros contenían nuevos mapas. Sonoyta empezó a ganar atención. En pocas décadas, una carretera norte-sur a Puerto Peñasco traería nuevos comercios y turismo.

El curioso libro de Esquer: *Campos de fuego*

La expedición de MacDougal y el creciente interés por las maravillas del Pinacate inspiró algo más en los años veinte la explosión de una creatividad literaria poco conocida fuera de Sonora. De la nada, aparentemente, llegó un libro en español muy intrigante, el cual narraba un asombroso relato sobre una desconocida pero increíble expedición mexicana a la región del Pinacate. Fue una expedición que descubrió tesoros históricos locales, una tumba de tiempos de los españoles y una misión perdida, todo aquello con el entorno del maravilloso mundo del Pinacate de oscuros volcanes y dunas bañadas por el sol. El libro, titulado *Campos de fuego*, fue escrito por Gumersindo Esquer, un desconocido maestro de escuela.

El libro de Esquer nunca cobró popularidad. Originalmente publicado en español por El Modelo de Hermosillo, Sonora, fue impreso en formato pequeño y pasta blanda con una ingeniosa portada. No estamos seguros de qué tamaño fue la edición. El libro, fuera de circulación hace mucho tiempo, está disponible en la sección de colecciones especiales de la biblioteca de la Universidad de Arizona (Esquer, 1928).

El libro se volvió casi una leyenda entre el pequeño grupo de científicos, exploradores y aficionados al desierto que se había insertado en el Pinacate a mediados de siglo. Dos de nosotros (WKH y GHH) supimos de él por Julian Hayden a principios de los setenta. Como resultado de ello, el recuento de Esquer fue descrito en *Desert Heart* (Hartmann, 1989).

Parece que Esquer escribió el manuscrito entre 1926 y 1928. El extraordinario relato se lee como una versión de un universo paralelo al de *Fogatas en el desierto y lava* de Hornaday, hasta incluso por su título, *Campos de fuego*. El texto narra un viaje de campamento fatídico organizado por un grupo de afables amantes de la naturaleza de Sonoyta que buscaba explorar el corazón oculto del muy cercano Pinacate. Esquer narra su relato en primera persona. Los protagonistas de la historia planean su aventura

con humor masculino pendenciero desde dentro de un bar en Sonoyta. Comienzan su odisea —que durará un mes— a caballo, tres carretas y una docena de mulas. Bien armados, el grupo dispara sin conciencia ecológica alguna a la mayoría de los animales que se cruzan en su camino. Tan sólo en los primeros días, afirman, acaban con dos pumas, catorce berrendos, varias jabalinas y un borrego cimarrón, cuya cabeza conservan como trofeo. (No parecían estar muy preocupados por sólo tomar lo que podían utilizar; la expedición de MacDougal-Hornaday de 1907, también conformada por ávidos cazadores, recolectó especies para museos.) En un guiño hacia la personalidad de Godfrey Sykes y su barómetro, Esquer nos cuenta de dos eruditos “ingenieros” de la expedición que realizaron diversas mediciones barométricas de las altitudes a lo largo de la ruta y se queja de que ellos también querían medir cada roca que se encontraban.

Eventualmente llegan al primero de los volcanes del Pinacate, Cerro Colorado. “¡Salud! ¡Salud, tres veces, Atalaya del Desierto! ¡Salud, mudo testigo de horribles cataclismos!” exclama al entusiasmado narrador. Al siguiente día atraviesan dos kilómetros de desierto y muchos kilómetros más de lava, tras lo cual encuentran una región sumergida, con un radio de un kilómetro, y al centro de ella hallan una cueva de lava. Asomándose la cueva, se atraviesan con un hallazgo tremendo: La cueva contenía no sólo ofrendas indígenas (tal como realmente se encontraron en la cueva de I’itoi cerca de la cima del Pinacate). Sino también figuras de bronce de Cristo, pinturas al óleo religiosas y una tumba que parecía ser de uno de los primeros sacerdotes españoles. Los materiales están viejos e incrustados en guano de murciélagos.

¡La emoción del lector moderno va en aumento! ¿Por qué no hemos oído hablar de este hallazgo? Tan sólo hemos llegado al capítulo 3 de doce capítulos... ¿qué más nos espera? Los descubrimientos se vuelven más sorprendentes con cada página. Pronto, el afable grupo ha encontrado huesos de mastodonte. (De nuevo, este es un elemento realista: partes de esqueletos de numerosos mamuts han sido encontrados en proceso de erosión en los arroyos y las laderas del desierto de Sonora, la cual era una tierra mucho más temperada hacia el final de la última era del hielo. Incluso la expedición de Coronado de 1540, en algún lugar de las montañas del sureste de Arizona, se topó con lo que parece haber sido un gigante colmillo de mamut.) Para el capítulo 8, el grupo de Esquer ha canibalizado la tela de sus carpas a modo de convertirlas en paracaídas para descender a un profundo cráter, descubriendo ahí un tesoro de monedas de oro y plata enterradas. Después, se topan con las ruinas de una ciudad protuberante entre las lavas del Pinacate, donde fue enterrada durante alguna antigua erupción —por no mencionar su hallazgo

de una misión perdida del Padre Kino— enterrada en las dunas movedizas del Gran Desierto, con todo y sus campanas (un hallazgo que hace eco al persistente rumor mencionado antes de al menos una misión perdida de tiempos de Kino).

Esquer cuenta esta historia con absoluta seriedad, ¡pero todo el libro resulta ser una fábula desenfadada, una parodia de ciencia ficción de un viaje de algunos de los amigos de Esquer en la región de las cercanías de Sonoyta, basado en parte en el libro “Fogatas en el desierto y lava”! Sin embargo, para cualquiera que haya estado ahí, es parcialmente creíble que tales maravillas hayan sido perdidas en las arenas movedizas y lavas de antaño. Estos elementos están ensamblados ingeniosamente con fragmentos de historias reales de Sonora y Arizona y de viejas leyendas.

El misterioso libro de Esquer fue traducido de manera independiente alrededor de 1964 por el arqueólogo Irwin Hayden, padre del famoso explorador y arqueólogo del Pinacate, Julian Hayden. Esta traducción, un manuscrito escrito a máquina, permaneció sin publicarse hasta ahora. En su prefacio, Irwin Hayden, comparte su reacción inicial al libro, haciendo eco a la experiencia de muchos otros aficionados e investigadores del desierto angloamericanos cuando leyeron las primeras páginas del salvaje relato de Esquer: “¿Esto es en serio?” Y para el final del libro, la pregunta se ve transformada en: “¿Quién fue ese sujeto, Gumersindo Esquer?”

¿Quién fue Gumersindo Esquer?

Esquer fue el Julio Verne mexicano y un hombre renacentista del Sonora del Viejo Oeste. Su libro sigue el estilo de Verne, escritor de unas décadas atrás, al iniciar con geografía real y un grupo de exploradores plausible, y llevándolos posteriormente hacia una aventura fantástica. ¿Pero qué condujo a este desconocido residente de Sonoyta a realizar tal esfuerzo literario?

De acuerdo a un bosquejo biográfico de Alonso Vidal en el libro *Poesía Sonorense contemporánea, 1930-1985*, Esquer nació en 1879. Sin embargo, en 2018 recibimos un record bautismal de Esquer, enviado por su sobrina nieta Stella Cardoza, está fechado el 13 de febrero de 1877. El bautismo se realiza generalmente dos meses después del nacimiento, indicando que Esquer nació en diciembre de 1876. Stella Cardoza también recolectó que Esquer dijo había nacido en Promotorios, un pequeño pueblo cerca de Álamos, en el sur de Sonora, y mencionó que él se casó en diciembre de 1896. Un documento fronterizo de Esquer fechado junio de 1924 señala que estaba casado y que el nombre de su esposa era Petra. Una investigación del gobierno mexicano sobre

su defunción está fechado en septiembre de 1933 indica que murió alrededor de agosto de 1933 a la edad de 56 años. (Estos documentos fueron proporcionados por la señora Cardoza en 2018). Irwin Hayden, en su prefacio de 1964 a “Campos de fuego,” dice que Regino Celaya, quien conoció a Esquer, le dijo a los Hayden que Esquer era “probablemente un indio Mayo,” y que era “un hombre que realizó largas travesías a pie, evitando carros motorizados.” Cualquiera que sean sus raíces Mayo, creció en una familia europeizada. Nosotros recibimos información sobre la familia de Esquer posteriormente a la publicación de *Desert Heart* cuando uno de nosotros (WKH) recibió una carta escrita a mano, fechada el catorce de octubre de 1992, de Steven Figueroa de Victorville en California. Figueroa explicaba que Esquer era su tío abuelo y nos envió una fotografía familiar fechada alrededor de la década de 1890. Añadía que su primo había rastreado el origen de las familias Esquer y Figueroa en España hasta los años 1500. Ahora sabemos que la prima es Stella Cardoza.

Esquer mostró inclinaciones poéticas tempranas. Vidal aseguraba que Esquer había sido influenciado cuando era joven por el poeta Juan de Dios Peza, 27 años más grande, quien fue popular durante la década de 1890. Peza era conocido por tener un amplio círculo de amigos en el mundo literario de Sonora y Vidal asumía que Esquer era uno de ellos. Después de que el volumen final de poesía de Peza fuera publicado en 1900, Esquer (de alrededor de 22 años de edad, de acuerdo a Vidal), escribió un lamento de que la voz de su poeta favorito había sucumbido al silencio, diciendo en parte:

Tus “canciones de casa” dejan impresiones
En el alma, palabra por palabra;
No te sorprendas poeta, no es nuevo para mí
Cuando mi ser sufre, mi conciencia se abre³.

Vidal nota que cierta aflicción interna parece brotar de muchos de los versos de Esquer y sus poemas muestran un interés por el ambiguo poder de las palabras. Vidal también comenta que “Gumersindo Esquer es recordado sobre todo por su espíritu aventurero.... Él fue, en cierto sentido, un innovador, quien descifró su propio camino de vida. Era bucólico, romántico, modernista, siempre encontrando su propio estilo.”

Como nunca dio a conocerse, Esquer parece haber ganado su sustento primariamente como maestro. Vidal reporta que estudió Educación y fue maestro de varias generaciones de escuelas en Navojoa, Santa Cruz, La Casita, el área de Nogales y Santa Ana, entre otras comunidades. Debió haber deambulado libremente a través del norte de Sonora, pero

parece haberse instalado en Sonoyta, donde se sabe fue un maestro hasta los años veinte.

Hemos encontrado recientemente un fascinante artículo que describe la larga y colorida historia de la familia Esquer. Resulta que los ancestros vascos de Gumersindo emigraron de Cádiz, España a Veracruz, México en 1694. Los miembros de la familia tuvieron diferentes puestos en la frontera de Sinaloa y Sonora en los años 1700, viéndose involucrados en episodios de rebeliones Yaqui (Yoeme) y Pima (O'odham). Si Gumersindo estuvo consciente de las aventuras de sus ancestros, podría explicar por qué se conmovió, siendo apenas un humilde maestro en Sonoyta, un pequeño asentamiento del Lejano Oeste, a escribir poesía y confeccionar esta historia de aventuras con alusiones históricas que ahora tienen en sus manos (Cardoza 2013–2015).

En 1985, uno de nosotros (GMP) entrevistó al residente de Sonoyta, Domingo Quiroz, quien conocía a Esquer y nos brindó una nueva perspectiva sobre su vida durante los avivados años veinte de Sonoyta. De acuerdo a Quiroz, Esquer era considerado en el pueblo como un excéntrico, una especie de disparatado sujeto, “siempre desaliñado y desarreglado. Vivía en una casa ahí ¡y tenía cuarenta o cincuenta gatos! Era un gran cazador, Gumersindo. Realmente le gustaba cazar cimarrones. Salía a pie, pero no iba muy lejos de Sonoyta.”

Quiroz, Esquer y sus amigos estaban siempre listos para la aventura. Esquer, con ayuda de otros, ensambló un carro de varias partes donadas —chasis, motor, ruedas— y se fue de viaje a Puerto Peñasco en 1927 antes de que hubiera casi habitantes ahí. Llamaron al coche “El pájaro azul.” El carro funcionaba mejor que sus armas. La pistola hecha en casa que había armado Esquer, y que se había llevado de cacería, falló al disparar, sorprendiendo a Quiroz, quien pensaba que Esquer era capaz de construir cualquier cosa, incluso algo tan complicado como un arma de fuego.

¿Y cómo lograba Esquer su sustento durante sus años de Sonoyta? Quiroz recuerda que por algún tiempo había trabajado como oficial de migración en el cruce de la frontera. Después fungió como comisario, oficial elegido públicamente para representar al pueblo; y finalmente, se convirtió en maestro del O'odham en Sonoyta. En aquel tiempo, las familias O'odham, llamadas entonces Papagos, vivían alrededor de Sonoyta, tal como lo habían hecho por cientos, sino es que miles, de años. A pesar de sus vínculos a la región desde tiempos inmemoriales, eran vistos como ciudadanos de segunda clase y no asistían a la escuela en la que estudiaban los ciudadanos mexicanos. Un hombre de negocios local de origen chino, sin embargo, donó un pedazo de su propiedad para que se convirtiera en una “Escuela Papago.” Fue Gumersindo Esquer quien se asignó como maestro. En palabras de Quiroz, “Esquer era el maestro rural para los Papagos. Hacía todo, todo lo que se

requería para la escuela, desde herrajes, herramientas, cepillos de carpintero y todo aquello para que los Papagos pudieran trabajar con herrajes; todo lo que se necesitara de esto y aquello, incluso les enseñó cómo curar jamones. Les enseñó todo. ¡Era muy inteligente!"

La amplia gama de habilidades de Esquer alimentó su creatividad. Vidal remarcaba que Esquer tenía una facilidad inusual para la escritura. En una vena similar, Quiroz recontó que Esquer le decía: "Oye, Quiroz, ¿quieres un poema? ¡Te escribo uno!" Componía entonces uno ahí mismo, sobre cualquier tema que se le sugiriera.

No satisfecho como maestro y poeta, Gumersindo Esquer era también pintor. Una de sus pinturas (¿de los años 30?) retrataba la "Sonoya del año 2000." Mostraba un tren y una carretera pasando por Sonoya desde California hasta Peñasco. "Esquer, mi padre, mi tío y mi abuelo, todos pensaron que Sonoya se convertiría en una muy grande e importante intersección," dijo Quiroz. Durante mucho tiempo, la pintura supuestamente estuvo colgada en un bar de Sonoya, después fue cambiando de dueño y eventualmente se perdió. Supuestamente, Esquer también hizo pinturas de la misión de Caborca y de las ruinas de la misión de San Marcelo, ubicada en el monte que mira hacia Sonoya.

Gumersindo Esquer fue también un ferviente amante de la naturaleza, de acuerdo a nuestras fuentes. Vidal comenta que, "Esquer fue siempre un nómada fascinado por la naturaleza." También podría ser llamado un naturalista, aunque difícilmente fue un naturalista al estilo de los investigadores y escritores de la costa este como MacDougal o Hornaday. Más bien, era un producto hecho en casa al estilo Sonora, una especie de mezcla entre un fanático entusiasta de las armas y del campo traviesa del siglo veintiuno y un sensible poeta sonorense. Según las muy floridas frases de Vidal: "Se tragaba el Gran Desierto de Altar [la extensa región desértica del noroeste de Sonora]. Estaba obsesionado con él, embrujado por una absoluta hipnosis; completamente absorto por su misterio.... Cuando podía, se escapaba a sus montes y senderos, a veces con amigos y a veces solo. Con Adalberto [Sotelo, el amigo de Esquer que se convirtió en rector de la Universidad de Sonora] realizó largas excursiones. Viajaron juntos en varias aventuras por el Gran Desierto de Altar." Confirmando esta visión, Quiroz contó cómo Esquer y Alberto Celaya (después sería guía de Julian Hayden y daría su nombre a un prominente cráter del Pinacate) solían viajar "por todas partes."

Las raíces de *Campos de fuego*

En 1928, Sotelo escribió el prólogo de *Campos de fuego* en el cual llama a Esquer "apreciableísimo amigo mío... amigo afectuoso... hombre observador y... sensible poeta." El



Un joven Gumersindo Esquer y su familia extendida, circa 1890, con identificaciones escritas a mano. (Fotografía cortesía de Steven Figueroa, sobrino nieto de Esquer, 1992. Retoque en Photoshop por WKH.)

endoso de Sotelo hacia el libro va creciendo en niveles de retórica, tal vez concluyendo un tanto irónicamente:

“[El] libro no es otra cosa, en mi concepto, que la iniciación también de una era de adelanto para esta olvidada región del Distrito de Altar, a la que el autor ha venido dedicando desde hace varios años toda la energía y buena intención de que es capaz. Los que conocemos a Esquer, los que lo hemos visto de cerca luchar a brazo partido con la pobreza, llevando como escudo una honradez intachable, podemos

creer que la única recompensa a sus afanes será desviar la atención de los centros ricos y poblados hacia esta región, emporio de riquezas naturales inexploradas aún, a cuyo interés se aduna la severa belleza de sus volcanes, la austeridad de sus desiertos y el valioso tesoro de sus puertos naturales sobre el litoral del Golfo de California.

Campos de fuego, primer libro que se escribe de este género en la región del Distrito de Altar, será sin duda el precursor de nuevas orientaciones comerciales y científicas; y pues que su autor al escribirlo sólo tuvo presente la recompensa del cumplimiento de un deber sagrado, como lo es el de hacer Patria, no solamente verá coronados sus esfuerzos, sino que también la admiración y la gratitud llevarán una ofrenda a su recuerdo.”

De acuerdo con Quiroz, Esquer admiraba especialmente a El Pinacate. De esa incomparable región volcánica solía decir: “¡Que vengan los hombres de ciencia!” En esto, fue profético. En las décadas de los cincuenta y sesenta, los geólogos estadounidenses llegaron a estudiar y datar los escurreimientos de lava. Los astronautas del Apollo entrenaron ahí en los sesenta para obtener conocimiento de primera mano sobre lavas y cráteres, para que pudieran estar preparados con lo que pudieran encontrar en la superficie lunar. Y más adelante, llegó una nueva generación de naturalistas mexicanos. En 1993 el Pinacate se convirtió en una reserva de la biosfera con el nombre oficial de La Reserva de la Biosfera El Pinacate y El Gran Desierto de Altar.

¿Qué pistas nos arroja *Campos de fuego* sobre la familiaridad de Esquer con El Pinacate y sus amigos de Sonoyta? Contiene descripciones reconocibles de muchos de los distintivos específicos de El Pinacate. En algunos casos nos ofrece nombres, pero otros permanecen sin nombrar. Usualmente hay cierto embellecimiento de sus características para lograr un efecto dramático. Como se mencionó anteriormente, el mítico grupo de Esquer llegó primero a Cerro Colorado, descrito por nombre, aunque Esquer hace que el ascenso al borde y el descenso hacia el fondo (que en realidad son tan sólo paseos de media hora) suenen a esfuerzos que llevan todo un día. Salen hacia los escurreimientos de lava al suroeste, donde se topan con una profunda caverna donde se encuentran el esqueleto de un sacerdote español y otros artefactos. Entonces, tras cruzar a una región no especificada (donde está enterrado el padre español), llegan a la Tinaja de los Papagos, descrita con bastante exactitud. A partir de ahí, van hacia donde parece ser el cráter Sykes (el cual es ciertamente el cráter grande más cercano), pero su nombre angloamericano,

otorgado por la expedición de MacDougal-Hornaday-Sykes veinte años atrás, no es mencionado. El cráter permanece sin ser nombrado. También visitan las “crestas enterradas,” conocida ahora como el la Sierrita Enterrada, en el Gran Desierto (donde se describió la apócrifa misión perdida de los cuatro evangelistas así como el cofre de los doblones españoles.) Un ascenso a la cumbre de El Pinacate también es descrita, aunque Esquer no utiliza los nombres angloamericanos del Pico del Pinacate y Pico de Carnegie asignados a los conos de ceniza de la cima. Una enorme cueva de lava encontrada en las cercanías puede o puede no ser la cueva de “I’itoi,” descrita por Lumholtz. La Tinaja Cuervo es nombrada y descrita brevemente. Esquer después enlista lecturas de su compás que parecen ser razonablemente precisas en ciertos casos, pero no en otros. Menciona a un “pobre talador” que se encuentran en Cerro Colorado, que podrían referirse a los encuentros amistosos con taladores descritos por Julian Hayden en los cincuenta, y que nosotros mismos vivimos (WKH y GHH) en los sesenta y setenta.

Esquer parece estar fascinado con los tubos de lava, exagerando sumamente sus tamaños. Los tubos de lava típicos de El Pinacate son de uno o dos metros de altura y de hasta un par de decenas de metros de largo. Cuando los imprudentes aventureros bajan en paracaídas a la versión de Esquer del cráter de Sykes con muros escarpados, parece que aún no han hecho planes sobre cómo salir. Después de haber explorado el fondo, accidentalmente se encuentran con un tubo de lava que los lleva a una salida afuera de la orilla del cráter. ¡Éste es uno de los tubos más cortos de Esquer! Otros llevan mucho más adentro de El Pinacate, posiblemente bajo el Gran Desierto llegando hasta el mar. ¡Los exploradores pasan considerable tiempo discutiendo si tomar rutas por subterráneas o sobre la superficie!

El contenido geológico y geográfico del libro en general comprueba que muchas de las características de El Pinacate eran bien conocidas para la comunidad de Sonoyta alrededor de 1926 y 1928. Las perceptivas descripciones, aún si exageradas, nos hacen creer que Esquer visitó al menos algunos de los sitios, especialmente Cerro Colorado, Tinaja de Papagos y cráter de Sykes, y tal vez la cima. No podemos comprobar, sin embargo, que Esquer no haya tomado sus descripciones de alguno de los distintivos de otros quienes hayan estado ahí. El hecho de que no utilizara los nombres ni de los mapas de Hornaday o Lumholtz sugiere que Esquer no estaba trabajando con copias de esos libros en su escritorio (ni tampoco sabemos si podía leer en inglés). Por otro lado, los muchos paralelos con la estructura de la expedición de MacDougal (carretas, científicos, mediciones barométricas, recolección de especímenes de animales para museos, serpientes de cascabel en bolsas para dormir, el título del libro y una similar ruta,

sugieren considerablemente que fue inspirado por esa expedición y posiblemente por el mismo libro de Hornaday. Parece probable que Esquer conociera personas en el área de Sonoyta que hayan ayudado a guiar a MacDougal en 1907 o Lumholtz a finales de 1909 y al inicio de 1910 y no podemos descartar que algunas de sus descripciones puedan haber surgido de conversaciones sobre las expediciones, más que de los libros resultantes.

Tenemos una mejor idea, pero aún así tan solo parcial, sobre el génesis en específico del libro de Esquer. ¿Cuál fue su motivación por escribirlo? Vidal sostiene que simplemente fue el resultado de los viajes al desierto de Esquer con Adalberto Sotelo y que *ellos* escribieron el libro *Campos de fuego*. El uso del plural de Vidal es intrigante – es la única indicación que tenemos de que Sotelo haya ayudado a narrar el cuento. Tal y como fuera recontado posteriormente por Irwin Hayden en el prefacio de su traducción de *Campos de fuego*, y confirmado por su hijo Julian Hayden (1987, comunicación personal), ambos Haydens discutieron el libro con Don Regino Celaya de Sonoyta, quien de acuerdo al relato de Esquer había sido un miembro de la supuesta expedición. También buscaron a otro miembro aún con vida de la expedición original, Don Ramón Gil Samaniego, pero su paradero permaneció desconocido. Celaya les dio una versión ligeramente variada del génesis del libro. La historia de Esquer estaba inspirada (¡pero tan sólo vagamente!) por un viaje real. Como Irwin Hayden comenta en su prefacio a la traducción de *Campos de fuego*,

Aprendimos mucho del Señor Celaya. La historia de Esquer fue una broma, de inicio a fin. Se basó en un viaje de dos días a El Pinacate conformado por un grupo de hombres, incluyendo a Don Regino. Este viaje se hizo por sugerencia de un hombre de Phoenix, Arizona, el Señor Roque Santos, quien quería inspeccionar la cueva donde se incendiaba un depósito de guano.

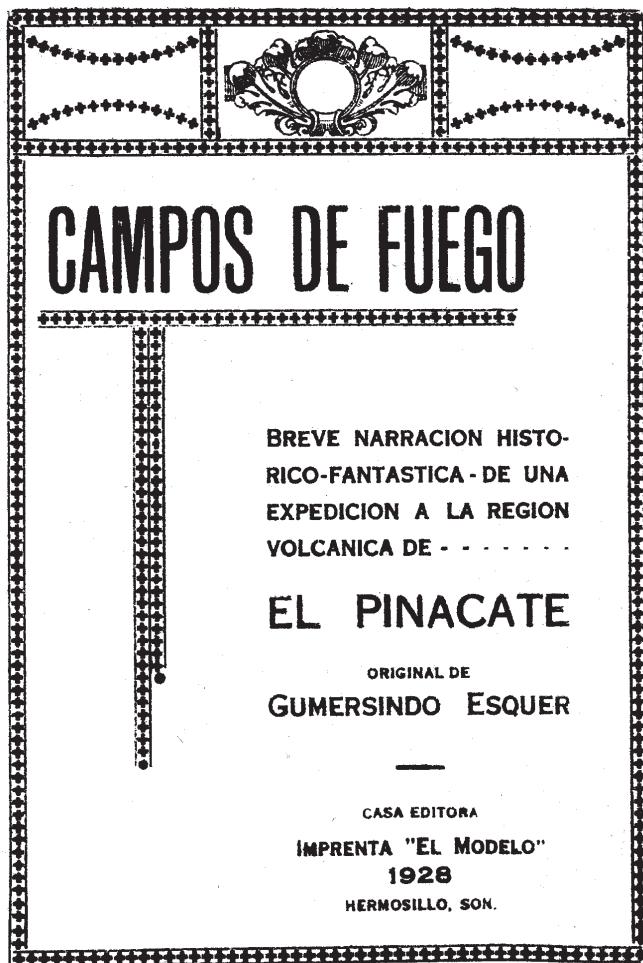
La cueva en llamas no tiene un gran rol dentro del libro, aunque Santos sí se aparece en El Pinacate a la mitad de la historia. Lo que nos parece más interesante sobre la cueva en llamas es el eco a una curiosa observación del explorador francés Alphonse Pinart durante su exploración de 1878 a El Pinacate. Pinart, un geógrafo profesional, dijo que en las lavas del sur de El Pinacate había encontrado uno de varios conos secundarios, “aún con actividad parcial. La apertura de este pequeño cráter está lleno de cenizas sulfurosas y tibias; en uno de los lados hay una cueva desde donde escapan abundantemente vapores muy sulfurosos.” Adentro de esta cueva también encontró ofrendas indígenas (Pinart, 1880, citado en Hartmann, 1989: 175). Esta historia es sorprendente por dos

motivos. Primero, este recuento de Pinart es la única mención de actividad de fumarolas en El Pinacate y nunca se ha confirmado o clarificado. Segundo, el descubrimiento pudo haber sido el punto de origen a rumores locales, o tal vez incluso algo que leyó Esquer, que pudiera haber inspirado sus propios relatos de cuevas volcánicas y entierros. Julian Hayden sugirió a uno de nosotros (Hartmann, 1989:176) que la fuente de la descripción de Pinart de gases sulfurosos pudo haber sido el guano incendiándose dentro de una de las cuevas. Hayden recuerda que el ya envejecido Alberto Celaya, en Sonoya, contaba historias de cómo sus tíos habían explorado un tubo de lava en esta parte de El Pinacate; se encontraron antorchas indígenas dentro, y los Celayas las encendieron para explorar los recovecos de las cuevas. Uno de ellos al parecer se había caído, y de acuerdo con la historia, dio inicio a un fuego que ardió durante algunos años.

El arqueólogo Paul Ezell (1991) apoya esta versión. En 1951, condujo una entrevista con Alberto Celaya, quien describió guano incendiándose en una cueva de lava. Ezell, de hecho, pudo haber sido la fuente de la historia de Hayden. En la transcripción de la entrevista, Ezell asegura que “El padre de Celaya le había dicho que como en 1880 una gran cueva en El Pinacate, la cual tenía un depósito de guano, se incendió de algún modo y ardió durante un año entero, generando humo y algunas personas pensaron que el volcán estaba haciendo erupción.” En todo caso, es posible que la fecha de Celaya estuviera errada por un par de años y que la cueva en llamas fuera la visitada por Pinart en 1878, o al menos que el humo de la cueva haya circulado a través de los tubos de lava y lavas porosas y fuera detectable desde el tubo que Pinart visitó.

La historia en sí de la cueva humeante de Pinart, sin mencionar su recuento de una misión o ruinas, levanta preguntas sobre los orígenes del folclor sobre fabulosos hallazgos y fenómenos dentro de El Pinacate. En su prefacio, Irwin Hayden hace notar que “Lo habíamos escuchado [a Esquer] descrito como el “abuelo de todas las mentiras” y al mismo tiempo como un hombre digno y refinado. Pero es probable que muchas de las historias consideradas como relatos del desierto no hayan sido del todo inventadas, sino más bien que evolucionaron en una especie de juego del teléfono descompuesto, entre recuentos y exageraciones de observaciones verídicas (interpretadas correcta o incorrectamente por el observador original). Esquer utilizó y embelleció dichas historias.

Los Haydens concluyeron de su conversación con Celaya que todos los personajes de la “expedición” de Esquer eran amigos suyos reales, con excepción de los dos “ingenieros” profesionales, descritos en el libro como los “líderes científicos” del grupo. Celaya dijo que el viaje de dos días había cobrado a un borrego de la montaña; y había acarreado una gran cosecha de historias. Celaya apoyó la visión de que Esquer había creado su libro no



Portada de "Campos de fuego," publicada en español en 1928 en Hermosillo, Sonora.

sólo de sus propias proezas y aquellas de sus amigos, sino de la fanfarronería de sus amigos. En palabras de Celaya, recontadas por Hayden, "Esquer... construyó su relato de muchas historias ensalzadas que escuchó en las cantinas de Sonoyta."

De hecho, Esquer comienza precisamente con una escena así:

En una cantina situada en la calle principal del pueblo... se hallaba un grupo de gente contando chistes y anécdotas la noche del 10 de octubre de 1926. Aquello era un mentidero, como se dice vulgarmente. Como todo el grupo estaba *arrancado*, nadie se acordaba de tomar cerveza helada, tequila, vino de higos o granadas, ni otra clase de venenos que se expenden en esta clase de establecimientos; todos se limitaban a contar charras, entiéndase mentiras, en las que todos querían sobresalir.

Combinando los diversos recuentos de Domingo Quiroz, Alonso Vidal e Irwin Hayden, concluimos, entonces, que Esquer desarrolló *Campos de fuego* al mezclando las aventuras de sus amigos con su propio conocimiento, así como inspirándose en el libro de Hornaday y en leyendas históricas locales de la región, donde todas sus páginas manifestaban el disparatado ímpetu de Esquer por vivir. *Campos de fuego* entonces nos otorga un legado único de los primeros tiempos de El Pinacate, un compendio ficcional de la mística de El Pinacate y una parodia del sonorense bonachón hacia los visitantes académicos del mundo externo, especialmente del grupo de MacDougal.

Tal vez *Campos de fuego* tenga otro legado, puede que haya mantenido vivo el encanto de las leyendas del desierto sonorense. Un ejemplo fue el novelista estadounidense, Robert Duncan quien (bajo su nombre de pluma James

Hall Roberts) escribió su propia novela sobre un fabuloso descubrimiento en el desierto de Sonora. El título de su libro *The Burning Sky*, también aludiendo al fuego, cuenta con héroes de Tucson que descubren la última aldea superviviente de los Hohokam, en la sierra Growler al norte de El Pinacate. Duncan, en posteriores entrevistas sobre sus propias fuentes, recontó haber escuchado (alrededor de finales de los cincuenta) “trabajadores de construcción hablando sobre la aldea perdida que todavía existía en el malpaís... alrededor de una vieja iglesia, su campanario podía verse a veces brillando a kilómetros de distancia sobre una cama de lava.” El relato suena a un nieto de la imaginación de Esquer de 1928, descendiente a su vez, tal vez, del recuento más legítimo de Pinart de 1880 sobre las ruinas de la misión ubicadas en Batamote.

Gumersindo Esquer: Una apreciación

Gumersindo Esquer es un ejemplo de un brillante y creativo espíritu casi perdido, no por culpa propia, en el desierto rural fuera de la cultura popular del siglo XX. Si hubiera nacido en el Nueva York de los años treinta, en el Paris de 1890 o en el Atenas del 200 antes de cristo, habríamos oído mucho más de él.

Fue tan colorido y original en su muerte como lo fue en vida. Vidal escribió: “Todos sabíamos de el [último] viaje que realizó sin ir acompañado. No prestó atención a las advertencias. No regresó.”

Uno de nosotros (GMP) obtuvo una narración más detallada de Domingo Quiroz. Aludiendo al antiguo vínculo entre genio y locura, Munro preguntó: “Esquer estaba medio loco, ¿no es así? ¿Es por ello que murió?”

“Sí,” respondió Quiroz, “estaba loco, ¡así como todos los Quirozes! No tenía un automóvil. Iba a recolectar su paga a Sásabe o Magdalena, ahí es donde pagaban a los maestros rurales. Murió por un salario de porquería... tres pesos al día le pagaban.... Se fue a pie; era más cerca si cruzaba por el desierto, y nunca lo sabría, pero murió muy cerca del agua. Escribió su propio epitafio en su sombrero mientras moría en agonía:

Aquí murió Gumersindo Esquer, maestro rural de Sonoyta.”

En su prefacio a *Campos de fuego*, Irwin Hayden declaró que la inscripción en el sombrero contenía esa frase con el propósito de mostrar que Esquer moría de sed y que nadie debería ser culpado. Esquer fue encontrado bajo la sombra de un árbol, a menos de un par de kilómetros de la casa de su amigo, el señor Regino Celaya.

El “Señor Contreras de Caborca me dijo una vez que él tenía el sombrero de Esquer con esa inscripción,” dijo Quiroz. El relato de Irwin Hayden dice que el sombrero fue preservado en un museo de Caborca, pero no lo hemos podido corroborar.

Como se mencionó anteriormente, el fantástico libro de Esquer jugó un importante papel en la evolución de la Reserva de la Biosfera El Pinacate. En 1985 su libro fue reimpresso en México bajo el mandato del Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), en conexión con el establecimiento de la Reserva. Una fotografía aérea del cráter El Elegante por el fotógrafo y geólogo de Arizona, Peter Kresan, ilustra la portada. Esta edición contiene además un prefacio notando que,

“El interés particular de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología de reimprimir este interesante trabajo de Gumersindo Esquer es el impulsar y promover una conducta conservacionista con motivo de la creación y operación de la Reserva de la Biósfera El Pinacate.”

El prefacio continúa notando que este libro nos permitirá comprender algunas de las tradiciones históricas documentadas de la región de El Pinacate por medio de experiencias personales del autor hacia el inicio del siglo pasado. Cierto, las más vívidas experiencias en el libro fueron inventadas, pero al mismo tiempo, nacieron del entramado cultural del área.

Diversas características geográficas de El Pinacate, tales como cráteres, conos de ceniza, escurreimientos de lava, cuevas de lava, han sido nombradas por exploradores de la región. El tiempo ha llegado para otorgar a alguna prominencia adecuada el nombre de Gumersindo Esquer, un maestro poco conocido, soñador, explorador y alma artística, quien, sin haberse nunca hecho famoso, dejó su marca entre las leyendas de los confines de El Pinacate.

¹Impreso originalmente en *Journal of the Southwest* 49, 2 (Verano 2007): 305-321. Reimpreso con permiso del editor. Realizamos actualizaciones menores en esta reimpresión en español.

²Un recuerdo del Sonoya de Esquer fue incluido por uno de nosotros en la novela premiada “Las voces vienen del mar,” publicada en español en Sonora en 1992. En esta novela multigeneracional de la costa sonorense, las escenas se basan en entrevistas con habitantes locales. Un personaje de la actualidad le hace una pregunta histórica a una habitante anciana, quien afirma sobre la prosa de Esquer:

“¿De qué otras cosas te acuerdas [de Sonoya] Rosalía?”

“Del pueblo. Para nosotros era casi un paraíso. [En Puerto Libertad] no había nada. Tan sólo el mar de frente, y atrás, el inmenso desierto hasta donde alcanzara la vista.... Pero en Sonoya nos encontrábamos rodeados por álamos y palmeras. Por todos lados había higos, granadas, uvas y naranjas. Todo el pueblo era un enorme huerto.... Estaba la acequia que corría detrás de cada casa, un pequeño río repleto de pequeños peces.”

³Todas las traducciones de Esquer al inglés por Irwin Hayden. Todas las traducciones de Vidal por los autores.

SOBRE LOS AUTORES

En su libro de 1989 sobre el Pinacate, “Desert Heart: Chronicles of the Sonoran Desert”, William K. Hartmann escribió sobre Gumersido Esquer y su libro *Campos de Fuego*.

Gayle Harrison Hartmann, también de Tucson, tiene un experiencia en arqueología, edición científica y trabajo de conservación y a fungido como editora de *Kiva: The Journal of Southwestern Anthropology and History*. Ella es una investigadora asociada del Museo del estado de Arizona de la Universidad de Arizona.

Guillermo Munro Palacio es un escritor, fotógrafo y editor así como cronista de Puerto Peñasco, Sonora.

REFERENCIAS

Cardoza, Stella, 2013–2015, A Basque Family in New Spain: The Migrations and Adventures of the Esquer Family. *Southwestern Research Center Revista* Vol. 47–49, No. 174: 19–37.

Esquer, Gumersindo. 1928. *Campos de fuego: Breve narración histórico-fantástica de una expedición a la región volcánica de El Pinacate*. Hermosillo, Sonora: Talleres Linotipográficos El Modelo. Reimpreso 1985 por SEDUE (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología) y 2013 por el Instituto Sonorense de Hermosillo, Sonora.

Ezell, Paul H. 1991. Los Areneños -- Interview con Alberto Celaya [1951]. Páginas 400-407 en *Spanish Borderlands Sourcebooks: Ethnology of Northwest Mexico*, 6. Randall H. McGuire, editor. New York: Garland Publishing.

Hartmann, William K. 1989. *Desert Heart: Chronicles of the Sonoran Desert*. Tucson: Fisher Books.

Hayden, Irwin, trans. 1969[.] “Fields of Fire: A Brief and Fantastic History of an Expedition into the Volcanic Regions of the Pinacate.” Manuscrito en posesión de William y Gayle Hartmann.

Kino, Eusebio Francisco, S.J. 1924. The History or Treatise upon the Celestial Favors Experienced in the New Conversions of the Unknown North America. Publicado como *Kino's Historical Memoir of Pimería Alta*, traducido y editado por H.E. Bolton. Berkeley: University of California Press.

Munro, Guillermo. 1992. *Las voces vienen del mar*. Hermosillo, Sonora: Instituto Sonorense de Cultura.

Pinart, Alphonse. 1880. Voyage en Sonora. *Bulletin de la Société de Géographie*, Ser. VI, 20:193-244.

Traducción al inglés por Dominique Spaute y William K. Hartmann. Manuscrito en posesión de William y Gayle Hartmann.

Roberts, James Hall. 1966. *The Burning Sky*. New York: Morrow.

Vidal, Alonso. 1985. *Poesía sonorense contemporánea 1930-1985*. Hermosillo: Gobierno del estado de Sonora.



Vista del Pico Pinacate visto desde el campamento de la caleta roja en un día nublado. Puede verse el incienso en flor. (Creación in situ por William K. Hartmann sobre acrílico, 2004).

ACERCA DEL ARTISTA

William K. Hartmann es científico planetario y vive en Tucson, Arizona. También el autor de obras científicas, literarias y artísticas, y es pintor de paisajes y escenas planetarias. Ganó el primero lugar del Premio de Carl Sagan de la Sociedad Astronómica de América por dar conferencias al público y escribir artículos y libros para lectores del público en general. Ganó asimismo el Premio Lucien Rudaux de la Asociación Internacional de Artistas Astronómicas por sus aportaciones al arte astronómico. Sus pinturas han sido exhibidas en exposiciones en Moscú, Suiza, Hawái y en el Air and Space Museum del museo Smithsonian en Washington, D.C. Ha acampado y pintado con frecuencia en el Pinacate desde los principios de los años sesenta.

Proceedings of the Desert Laboratory on Tumamoc Hill, University of Arizona

La publicación *Proceedings of the Desert Laboratory* continua descubriendo las biomas del desierto. Su enfoque es el los dominios áridos del mundo, especialmente en la región del Desierto Sonorense, incluyendo los hábitats marinos y terrestres. La publicación está disponible a todo el público y es revisado por pares. Conectándose con las raíces del Laboratorio Botánico del Desierto de la institución Carnegie en Tumamoc Hill. El *Proceedings of the Desert Laboratory*, de la Universidad de Arizona es monográfico y conciso. Todas las propuestas son bienvenidas de disciplinas sociales, biológicas y de ciencias naturales, las cuales pueden enviarse al Dr. Benjamin T. Wilder at bwilder@email.arizona.edu.

CONTRIBUCIONES:

1. Richard Stephen Felger, Susan Davis Carnahan, José Jesús Sánchez-Escalante. Oasis at the Desert Edge: Flora of Cañón del Nacapule, Sonora, Mexico
2. Gumersindo Esquer. Campos de Fuego: Breve narración histórico-fantástica de una expedición a la región volcánica de El Pinacate, Distrito de Altar, Sonora

Campos de fuego de Gumersindo Esquer
se terminó de imprimir en junio de 2019
en los talleres de

La edición en español estuvo a cargo de la Universidad de Arizona
y el Instituto Sonorense de Cultura.